



AÑO III.

NÚM. XXIX.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—
MAYO—1891
—

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

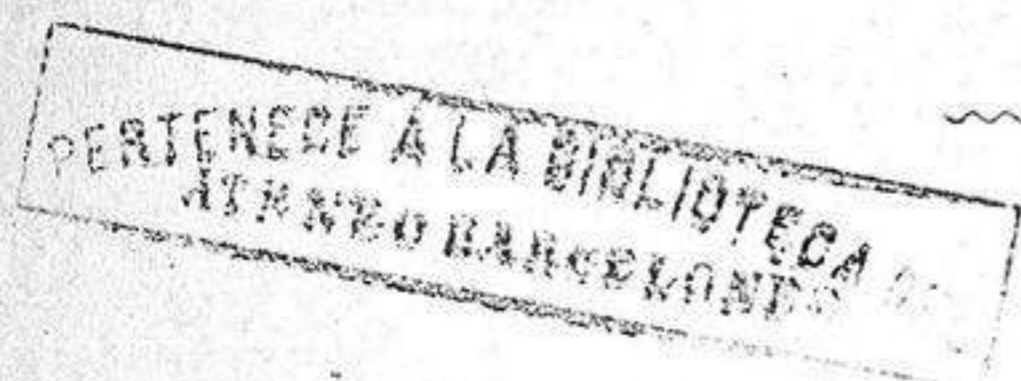
—
1891

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es
indispensable el permiso del Director de
LA ESPAÑA MODERNA.*

Sección Española.

LA ANTIGUA CIVILIZACION

DE LAS ISLAS FILIPINAS



II

RELIGIÓN, SACERDOCIO Y SACRIFICIOS.

AUNQUE los filipinos tenían conocimiento confuso de un primer Ser hacedor de todas las cosas, á quien designaban con el nombre de *Bathalang meicápal*, puede decirse que en las prácticas, sea por exceso de respeto ó por otras causas que no hemos podido averiguar, no se dirigían al Supremo Hacedor, sino á los genios tutelares, á quienes atribuían la divinidad y ofrecían sus sacrificios; profesaban el sabeismo y el fetichismo, tributando adoración al sol, á la luna, al arco iris, á los animales, á las aves, á las plantas y hasta á los peñascos. Del culto tributado á las aves es prueba el nombre de *bathala*, que daban á un pájaro azulado del tamaño del abejaruco, y el que rendían á una especie de cuervo, al cual llamaban *maylupa*, considerándole señor de la tierra, como los antiguos hicieron con Ceres y Pan; á las dos aves tributaban honores divinos. Por terror y miedo veneraban y regalaban al cocodrilo, llamado vulgarmente caimán, aunque no lo sea; le titulaban abuelo *mono*; partían con él la comida en los frecuentes é inevi-

tables encuentros que tenían en sus navegaciones con ese temible reptil, y se cuenta de una sacerdotisa que llegó á domesticar uno de esos saurios, al que alimentaba y ungía. Los árboles añosos y copudos, las puntas y peñascos que, avanzando por las aguas, eran causa de corrientes más ó menos peligrosas para sus ligeras canoas, todo sitio de peligro, era objeto de veneración, y, á su paso por junto á él, dejaban depositadas ofrendas de viandas, ó disparaban contra él sus flechas, como haciéndole salvos.

Además, tenían muchos *ídolos*, que labraban de oro, marfil, hueso, madera y ópalo. Llamábanlos en tagalo *anito*, y en visaya *dinata*. Su número era excesivo, á consecuencia del poder tutelar y limitado que les atribuían. Había *anito* de los campos y de los sembrados, de las lluvias y de la mar, de los cocoteros, de los niños recién nacidos, de los niños durante el período de la lactancia, y había otros *anitos*, especie de dioses lares, protectores de las familias, que procedían de sus antepasados: eran santos canonizados.

Aparte de los que canonizaban á la hora de la muerte para hacerles menos duro el paso fatal, y de los cuales algo se dirá en su lugar, concedían los honores de la apotheosis á cuantos morían á cuchillo ó eran devorados por los cocodrilos: en su honor se inmolaban algunos esclavos al dedicarles las exequias fúnebres, y se creía que subían al paraíso por el arco iris, al cual llaman *balangao*.

Antes de declarar cuál era el paraíso ó cielo, en el cual creían los antiguos filipinos, ya que es indudable que tenían la creencia de otra vida, parécenos oportuno decir alguna cosa de su *cosmogonía*, infantil á todas luces, pero que conviene conocer para formar concepto completo de la civilización antigua de ese pueblo que es hoy

mismo un pueblo singular y digno de estudio. Los principios del mundo, ó, mejor dicho, de la tierra, según ellos, aparte del supremo Hacedor, ó *Bathalang meicápal*, fueron el cielo, el agua y un milano. He aquí cómo explican la geogenia. Había sólo cielo y agua, y el milano volaba y volaba y no encontraba dónde descansar. Ocurriósele enemistar el cielo con el agua, y aunque no se explica cómo, se afirma que consiguió engrescar de tal manera á esos dos elementos, que rompieron el fuego y se despedazaban en sangrienta lucha. Cansóse á su vez el cielo de las rebeliones del agua como el milano de volar, y lanzó sobre ella enormes peñascos é islas con el fin de sujetarla para que no se alzase á mayores : de esos peñascos y de esas islas resultó la tierra, sobre la cual pudo el milano descansar.

El origen del hombre lo explicaban de la siguiente manera : Estaba el milano descansando á la orilla del mar, mientras que dos bombones de caña bambú, que flotaban sobre las aguas, impelidos por las olas, fueron sin respeto ni consideración ninguna á tropezar contra las piernas del ave de rapiña. No lo llevó ésta á bien ; sintióse ofendida en su dignidad, airóse, y la emprendió á picotazos contra los dos pedazos de caña hasta henderlos, saliendo del primer bombón un hombre, y del otro una mujer. La unidad y la monogenesia del género humano es clara, como iremos viendo. El hombre requirió de amores á la mujer ; pero ésta, delicada y pudorosa, negábase á tomarlo por marido, fundada en que eran hermanos. El parentesco no aparece claro, pero ello debió pasar así. Intervinieron los peces, acudieron las aves, y esforzéronse en vencer la obstinación de la mujer, asegurándole que había dispensa para que se casase con su hermano de caña, ya que no de útero : nada bastó para

doblar la constancia de aquella Eva. Acudióse, por fin, á Dios, quien manifestó, por medio de un terremoto, que debían casarse, y se casaron, y tuvieron muchos hijos.

De esos hijos descende todo el linaje humano, cuya dispersión por el mundo y su división ó clasificación en razas tuvo lugar á consecuencia de una pequeña discordia de familia. Habíanse, como se ha dicho, multiplicado los hijos, quienes vivían ociosos é indolentes en la casa paterna, cosa que no agradaba á su común padre. Á fin de dispersarlos y de obligarlos á consagrarse al trabajo, simuló un día, de acuerdo con su esposa, hallarse muy irritado con las travesuras de los mozuelos; y tomando un palo, los aventó de su presencia. Para comprender la grandeza del enojo, siquiera fuera éste simulado, es preciso tener en cuenta que los indios no atacan ni castigan de esa manera á sus hijos. El caso fué que aquellos jóvenes que tan alegres vivían en el paraíso primitivo de la casa de sus padres, aterrorizados por el enojo del autor de sus días, y no pudiendo soportar su ira, corrieron á esconderse de su presencia; y lo hicieron, unos en la recámara de la casa, y de éstos descenden los *maguinoos*, ó principales; otros se salieron sencillamente de casa, y son los padres de los hombres libres, *jimauna*; refugiáronse otros en la cocina y en los bajos del hogar, de ellos descenden los esclavos; y finalmente los que se ahuyentaron de la casa paterna, sin regresar jamás á ella, son los ascendientes de los pueblos lejanos.

Establecida tan extraña hipótesis, no ofrece dificultad el génesis de los demás animales. Los monos proceden de otro bombón de caña bambú, contiguo al que produjo al hombre, y por eso tienen con nosotros ciertas semejanzas exteriores; los demás animales salieron de bombones ó tubos más separados; lo único que no se expresa

es si algún milano rompió esas cañas, ó, por el contrario, si los mismos fetos se abrieron paso, como hacen los pollos al través del cascarón, dentro del cual se incubaron.

Metempsícosis. Al paraíso ó felicidad de ultra tumba precedía una serie de encarnaciones que depuraba las almas, aligerándolas cada vez más de la materia, hasta el punto de quedar el cuerpo reducido al tamaño de una pequeñísima hormiga. Teatro de esas emigraciones y encarnaciones sucesivas eran ciento cincuenta islas, á las cuales aportaban las almas de los finados. En ellas los muertos reían y cantaban en perpetua juventud, pues los viejos dejaban los años en este valle de expiación de su vida primera. Había en tan famosas islas árboles hermosos siempre cargados de sazonados frutos, y sujetos á la tierra por cadenas de oro, que hacían las veces de raíces. De oro eran también las joyas, las telas (*isines*), las campanas, los pendientes ó zarcillos (*panicas*) y demás enseres y útiles necesarios á la vida. De arroz limpio estaban formadas las playas de sus mares; y hasta había un mar de leche para alimento de niños; otro de *linogao*, ó sea de arroz cocido con leche ó con grasa, para las personas mayores; y, por fin, otro mar de sangre, en cuyas orillas se criaban las plantas cuyas flores tienen pétalos encarnados, como las alteas, malvaviscos (*jacorongas*), etc. Nada de cuanto podía contribuir á la satisfacción de los rudimentarios gustos de aquellos isleños faltaba en tan original paraíso, porque existían islas cubiertas de huesos para alimentar el fuego del hogar, y para suministrar cráneos, en los cuales se cocía la morisqueta.

En consonancia con estas ideas, ó en desacuerdo con ellas, ya que no es de esperar que se encuentre lógica

ni trabazón racional entre los dispersos restos de una primera revelación que ha sufrido tantos naufragios, conservaban los antiguos filipinos alguna reminiscencia del pecado original, y de las penas y de la felicidad futuras que eran la sanción de la vida presente. Los hombres, decían, mueren, porque allá en el principio desobedecieron y ofendieron á *Laón*, que es el primero de los dioses ; tenía este dios un hermosísimo pez, que constituía sus delicias, y los hombres lo mataron. Había, además, un árbol de fruto sabroso ; los hombres sacudieron ese árbol, haciendo caer sus frutos grandes y pequeños ; por eso mueren los hombres en todas las edades.

Culto. Semejantes los antiguos filipinos á otros pueblos idólatras, á los partos y á los persas, carecían de templos capaces de albergar en su recinto al común de un pueblo ó á los individuos de un *barangay* ; tampoco tenían días festivos señalados, en los cuales se consagraban en común á las prácticas religiosas. Solían, sin embargo, tener á la entrada de sus pueblos, y aun contiguos á las casas, pequeños humilladeros ó aposentos consagrados al *anito*, y destinados á ofrecerle sacrificios. En estos mismos oratorios depositaban ofrendas de viandas para que descansasen y se refocilasen las almas de los finados en el viaje de tres días que separaba la muerte de la reencarnación que la seguía. Los sacrificios más solemnes y más concurridos tenían lugar en los bosques, y eran debidos á la iniciativa y á la devoción particular, que, á consecuencia de un beneficio ó en vista de un peligro, convidaba á los parientes y á los amigos y llevaba un sacerdote de su elección. En unas andas de caña se colocaba el *anito* ó ídolo, formado generalmente de madera blanda y de fácil talla, y ante él se ponían unos braserillos con sahumeros, algunos platos con

panes de sagú, ó con otras frutas ó viandas, ó se ofrecía el sacrificio que la devoción inspiraba.

Sacerdocio. Los sacerdotes del culto idolátrico de Filipinas eran conocidos entre los tagalos con el nombre de *catolónan*, y entre los visayas con el de *babailán*. Más que de las funciones del culto vivían estos miserables de los emolumentos que les proporcionaban los embustes de una medicina soñada, y la práctica de la evocación de los muertos. Tosco era sobremanera el arte de curar de esos impostores, reducido por lo común á la extracción imaginaria de algunas piedrecitas, hojas ó cañitas, que llevaban cuidadosamente ocultas, para fingir que las habían sacado de la parte dolorida, y quitado, por consiguiente, la causa de la enfermedad. Como la naturaleza del indio es sumamente dócil á cualquiera reacción ligeramente provocada, y los indios son crédulos por una parte, y además agradecidos, esos embaucadores, que nada sabían de medicina, gozaban entre los antiguos filipinos de un prestigio indiscutible. La evocación de los muertos la fingían unas veces alucinando á los espectadores con el chisporroteo que produce la combustión de la almendra del anacardo, llamado en Filipinas *casuy*, y otras veces la conseguían, como se consigue hoy, por la intervención del demonio. Y el secreto de todos esos embustes se transmitía por herencia ó se vendía al mejor postor, dedicándose cada cual al oficio de sacerdote ó de sacerdotisa, como pudiera dedicarse á hacer redes ó á tejer sinamay.

Sacrificios. Ya hemos dicho que se hacían en los oratorios particulares, en los oratorios de los pueblos y en los bosques. Su objeto era casi siempre el conocimiento de lo por venir, especialmente el desenlace de una enfermedad grave ó el éxito de determinada empresa. He

aquí un ejemplo que, como todo cuanto venimos exponiendo, tomamos fielmente del código que nos sirve de guía. Si una enfermedad se prolongaba, era llegado el caso de consultar á los *anitos* y de ofrecerles sacrificios. Al efecto se comenzaba por levantar una casa nueva, relativamente espaciosa, y capaz para la ceremonia sagrada. La empresa no era costosa ni larga, pues recordarán nuestros lectores que todas las casas de los indios, *bájay*, estaban formadas de cañas de bambú, atadas con bejucos, y techadas con hojas de palma, materiales que aún hoy abundan en aquella lujuriosa vegetación. Hecha la casa, á ella era trasladado el enfermo; se llamaba á la *catolona*, y se preparaba la víctima, que estaba en relación con la fortuna de los oferentes; algunas veces se inmolaban hasta tres esclavos; otras veces sólo se sacrificaba una tortuga de mar. Disponíase, además, el mejor cerdo de la piara, y todo ello se colocaba junto al lecho del enfermo, reducido á una esterita ó petate extendido sobre el suelo. La misma estancia se llenaba de mesitas cubiertas de viandas, en relación unas y otras con el número de convidados. La *catolona*, bailando, sacrificaba la víctima, fuese ésta un hombre ó un animal, y con la sangre caliente rociaba al enfermo y á los más distinguidos de los circunstantes, todo al son de un no interrumpido tañer de campanillas de cobre, bastantes para matar con su ruido al paciente. Limpiaba luego la víctima, ó la pelaba, según los casos, y ocupando el primer puesto entre los convidados á aquel ridículo aquelarre, y mascullando sus ensalmos á presencia de todos, examinaba las entrañas ó asaduras de la víctima, ni más ni menos que como los arúspices romanos; entraba en convulsión, real ó fingida, haciendo grotescas contorsiones y arrojando por la boca espuma.

rajos, para anunciar seguidamente la sentencia de muerte ó la próxima mejoría del pobre enfermo.

Si el presagio era de salud, se armaba una orgía de todos los diablos, arrojándose los presentes sobre las viandas y sobre las bebidas, y entregándose al baile, y celebrando con cánticos las proezas de los antepasados del enfermo y de su familia, hasta que caían al suelo ebrios y fatigados.

No cambiaba mucho el fondo de la orgía, aunque el presagio fuese de muerte; los cánticos eran entonces en loor del enfermo, á quien fascinaban y emborrachaban á fuerza de alabanzas y de adulaciones, intentando persuadirle de que los dioses le sacaban de este mundo para elevarle á la dignidad de *anito*. Se encomendaban á su intercesión, hacíanle olvidarse del trance que le amenazaba á fuerza de lisonjas; y hasta los mismos parientes, satisfechos ante la perspectiva de contar entre los *anitos* á un miembro de la familia, olvidábanse del luto que les amenazaba, é invitaban á los asistentes á comer, beber, cantar y bailar. Para fin de fiesta, la *catolona*, á parte de la víctima, que era suya de derecho, recibía ofrendas de oro ó de alimentos de mano de cuantos habían tomado parte en el sacrificio y en la fiesta.

Los sacrificios que se ofrecían antes de emprender la guerra ó acometer otra acción cualquiera que ofreciera riesgo, se cumplían con un rito semejante.

Algo diferentes eran los que por vanidad, ostentación ó agradecimiento disponían los principales ó *maguinoos*, y consagraban á la divinidad que llamaban el gran Dios, sin darle nombre especial, ni hallarse más instruidos sobre sus atributos y perfecciones. Levantábase para ese fin una tienda junto á la casa del principal; junto á la tienda empavesada de telas de brillantes colores y cubierta de

frondosos ramos, reuníanse á la hora convenida los convidados á la fiesta. La moza más fachendosa, mejor parecida y más bailarina era invitada por la *catolona* á dar al puerco la lanzada mortal. En seguida se repartía la carne de la víctima, y aunque se comían otros puercos más y otras viandas, y sobre todo se bebía y se bailaba al son de su primitiva música, la carne sacrificada era la más apetecida y como el bocado de ceremonia.

Agüeros. Si bien existían en menor número de los que conocemos en otros pueblos tenidos por más cultos, no deben pasarse en silencio, ya que son como el reverso de las ideas religiosas, aunque tratándose de pueblos bárbaros é idólatras, bien puede decirse que todo anda al revés. He aquí los principales agüeros ó supersticiones de aquellos isleños, de los cuales nos legaron noticias los historiadores de la pacificación y reducción de las Islas Filipinas.

En las casas de los pescadores no se hablaba de las redes nuevas hasta haberlas probado en la pesca y experimentado que hacían lance; ni en la casa del cazador se hacía mérito de los perros recién comprados hasta que hubieran hecho presa en las piezas de caza. La mujer que estaba en cinta no podía cortarse el cabello, pues se tenía por cosa averiguada que, si lo hacía, la criatura venía calva al mundo. Daban muchísima importancia á los sueños; los creían avisos del cielo, y se inquietaban por conocer su significación. Para navegar con felicidad no era permitido llevar en la embarcación animales ni aves de tierra, ni aun nombrarlos, así como viajando por tierra no habían de mentarse las cosas que pertenecían á la mar. Ya se apuntó más arriba la curiosidad de esas pobres gentes por rasgar el velo que nos oculta lo por venir. Con este objeto, antes de emprender una navegación, impri-

mían á su canoa ó *barangayán* un movimiento de balanceo, y observaban cuidadosamente á qué lado se inclinaba más. Si el balance de la derecha era más fuerte que el de la izquierda, se tenía por buen agüero, y se acometía el viaje; de lo contrario, se desistía de él. En otros lances ó dudas acerca de la resolución que debían de tomar, apelaban á un recurso no menos pueril. Ataban unas cuantas cuerdas á semejanza de unas disciplinas, ponían en los cabos de las mismas colmillos de cerdo ó dientes de cocodrilo, y restregando la otra parte de las cuerdas entre las palmas de las manos, según que se enmarañaban ó no los cabos armados de huesos, inferían la suerte buena ó mala que la fortuna les tenía deparada.

F. R. MARTÍNEZ VIGIL,

de la Orden de Predicadores.

POETAS COLOMBIANOS

Don Miguel Antonio Caro.

(Continuación. 1)

DUDO que haya habido para las Musas apellido más predilecto que el de Caro. Dejo á un lado á Tito Lucrecio Caro, el gran cantor latino de la naturaleza de las cosas, y también al italiano Aníbal Caro, el más eximio traductor italiano de la *Eneida*, para fijarme sólo en los Caros españoles que han alcanzado renombre de poetas, y todavía tropiezo con una lucida pléyade, en la cual sobresalen el famoso anticuario Rodrigo Caro, autor de una de las más valiosas joyas de nuestro Parnaso, D. José Eusebio Caro, padre de nuestro poeta, y el que es objeto de este estudio, D. Miguel Antonio, de cuyos méritos poéticos he de tratar en él largamente.

De más humilde fama como escritores son Francisco Caro de Torres, de la misma familia sevillana á que perteneció el cantor de las *Ruinas de Itálica*, el cual disertó sobre las *colonias españolas de América*, que habían de poblar también sus descendientes; María Caro, poetisa muy alabada en su tiempo; otra poetisa sevillana llamada

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de Octubre de 1889.

doña Ana Caro Mallén de Soto, citada por el Sr. La Barrera en su *Catálogo del teatro español*, y luego D. José Luis Caro, que casó en Cádiz con doña Francisca García de Lara que era asimismo poetisa. De este Caro, y en la propia ciudad de Cádiz, nació D. Francisco Javier Caro (19 de Agosto de 1750); el cual, al decir de D. José María Vergara y Vergara en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, se trasladó á Santafé de Bogotá y ha sido el tronco de los Caros en Nueva Granada, hoy República de Colombia.

No termina aquí este ilustre linaje, antes retoña en el suelo americano con nueva fuerza. De Francisco Javier Caro y Antonio su hermano hay varias composiciones en el *Parnaso Granadino* (Bogotá.—Imprenta de Ancízar—1849), y el primero fué bisabuelo de nuestro D. Miguel Antonio. Poetas fueron asimismo Antonio José, hijo de Francisco Javier, y José Eusebio Caro, abuelo y padre respectivamente del actual representante de tan dilatada dinastía poética, que sólo en Colombia cuenta cuatro generaciones.

Quizá no haya otro país donde la vocación literaria se transmita por herencia de un modo tan constante como en el antiguo virreinato neo-granadino. Hay allí familias enteras que prestan culto á las letras. En España el caso de los dos Moratines, padre é hijo, de los hermanos Argensolas, de la egregia familia de Rivas, en la cual por tradición se hereda, ya que no siempre el genio poético, el amor y el trato de las Musas, suele ser una excepción, ó por lo menos es necesario considerar á la literatura en su conjunto para encontrar muchos. En Colombia no es así; el hijo de literato suele serlo también, como en otras partes siguen los hijos las carreras de médico, abogado ó cualquier otra que hayan abrazado los padres. Y es

este un fenómeno tan notable y tan repetido, que basta él solo para acreditar la justa fama de culta que Bogotá tiene adquirida.

Una cortísima digresión por la literatura contemporánea colombiana probará lo que decimos. Además de la lucida prosapia de los Caros colombianos, que siguió á la de los peninsulares, y conste que no voy á juzgar ahora el valor de todos los escritores que citaré, sino únicamente á consignar un hecho curioso, no me dejarán mentir D. Ruperto S. Gómez, premiado en varios certámenes, y autor de muy diversas obras, y su hijo D. Antonio María Gómez Restiepo, que pulsa también la lira, pero que se señala más como crítico y por su precoz erudición adquirida en muy tempranos años; el malogrado Ricardo Carrasquilla, de cuyas obras poéticas se hicieron tres ediciones en poco tiempo, y su hijo D. Rafael, distinguido crítico y orador sagrado; D. José María Vergara y Vergara, autor de la celebrada *Historia de la literatura en Nueva Granada*, y D. Francisco, poeta como su padre, honra también del sacerdocio colombiano; Medardo Rivas, poeta, novelista, dramático, etc., y su hijo D. José Rivas Groot, uno de los jóvenes más aprovechados de Bogotá, de nervioso y original estilo, crítico profundo, á quien han dado en España merecida nombradía las *Cartas americanas* que le dirigió Valera: Ricardo Silva, cuyos cuadros de costumbres recuerdan con gusto todos los colombianos, y José Asunción Silva, joven aún, que se proponía no ha muchos años publicar en Europa un tomo de sus poesías; el anterior ministro de Instrucción Pública, D. Jesús Casas Rojas, y José Joaquín Casas, que, como su padre, se distingue en la lírica religiosa; y luego, por último, toda una familia entera de literatos, la de Acosta-Samper, formada por el

general D. Joaquín Acosta, preclaro historiador de su patria, por doña Soledad Acosta que heredó de su padre el amor al pasado de su país, la actividad, la ilustración y el alto y generoso espíritu; por el malogrado D. José María Samper, su esposo, cuyo nombre pronuncia aún con respeto toda la América española, valiente polemista político, fecundo escritor polígrafo que ha dejado más de cuarenta volúmenes de historia, viajes, novelas, dramas, poesías, etc., y por doña Bertilde Samper, de la cual el *Parnaso colombiano* de Julio Añez ha reproducido más de una composición.

Y ahora, después de tan larga enumeración, todavía echo de ver que el mismo *Parnaso colombiano* trae poesías de tres hijas de Apolo, hermanas las tres, á saber: Dorila, Hortensia y Elmira Antomarchi, y de un matrimonio enamorado, cuya única dote fueron amor y poesía: Mercedes A. de Flórez y Leonidas Flórez, siendo muy de admirar, dice el ilustrado colector de dicho Parnaso, hablando de Mercedes, que ésta ave que nació con la garganta llena de notas haya ido á posarse en un follaje en que todo son trinos, pues la familia de Flórez es familia de poetas. Creo haber apurado casi la materia, aunque es difícil asegurarlo, y no me quedan para mencionar más que al actual presidente de la República, D. Carlos Holguín, apreciable escritor que conocen todos los círculos literarios de Madrid en los que supo captarse generales simpatías, y su hijo el joven Hernando Holguín y Caro, que aunque tiene mucho que aprender de su padre, no podía tampoco dejar de recordar que pertenece á la cultísima familia de los Caros. Su madre doña Margarita es hermana del escritor á quien consagramos estos artículos.

* * *

:

Y para que esto sea verdad, es ocasión ya de que volvamos á él. Habiendo hablado en mi artículo anterior, muy ligeramente, de D. Miguel Antonio Caro bajo otros conceptos, me limitaré ahora á dar una idea de él como poeta original y traductor de obras poéticas, cosa no del todo exenta de dificultades, pues de su inmensa labor poética sólo una mínima parte anda publicada.

Sus disposiciones literarias se manifestaron desde muy temprana edad, cultivadas por su abuelo D. Antonio José Caro, el cual le infundió la pasión por los estudios clásicos. Las lecciones de este ilustrado escritor, aventajado comentador del *Arte Poética* de Horacio y las de los Jesuítas, formaron su gusto, haciendo del joven Caro una especie de Menéndez y Pelayo, portento, en edad temprana, de precocidad, de erudición y de saber latino. Á los quince años había traducido ya á la lengua del Lacio un soneto de su padre á la muerte de Héctor.

En la bien aprovechada y ya larga vida poética del Sr. Caro, pues, como digo, comenzó en edad precoz, el crítico bogotano Sr. Zuleta distingue tres épocas. En la primera colecciona las composiciones de su juventud desde los quince años, y quizá antes, y las publica con el título de *Versos de Miguel A. Caro*; Bogotá, imprenta de Foción Mantilla, 1866. En esta colección figuran como treinta y cinco composiciones, que no son sino una muestra, según se manifiesta en la Advertencia preliminar, de las que llevaba escritas el poeta hasta esa época; de ellas, once traducciones de poetas latinos y griegos, de la Biblia y de algún poeta inglés (1).

No la conozco, tal vez por excesiva modestia del

(1) Miguel A. Caro, poeta, por D. Juan A. Zuleta. *Homenaje de «La Nación»* al Sr. D. Miguel A. Caro el 10 de Noviembre de 1888.—Bogotá: imprenta de *La Nación* 1889.

autor, y sólo la he visto mencionada, entre los críticos españoles, por el Sr. Menéndez y Pelayo en el segundo tomo de su *Horacio en España* (pág. 280). El Sr. Zuleta da de ella en su estudio larga noticia y recomienda como más notables las poesías *El Alma prisionera*, el *Huér-fano peregrino*, delicada elegía que respira toda ella profundo amor filial, la oda á Maximiliano, la dedicada á Polonia y á *Eugenia Bellini*. Los fragmentos que cita es cuanto de ellas he podido saborear, mas son suficientes para declarar las felices disposiciones de su autor, exento en edad juvenil de defectos que suelen afean á muchos otros de más fama poética. Su filiación clásica se ve en ellos manifiesta, y no porque los asuntos lo sean ó se haga intempestivo alarde de alusiones mitológicas, sino por la corrección, la tersura, y ya que no siempre por la sobriedad, por la templanza en las imágenes y en la expresión. Hay, con todo, espontaneidad juvenil, versificación fluida, frase gallarda y apasionada, en mayor grado quizá que en las poesías de épocas sucesivas, aunque el estilo sea menos limado y la construcción menos estudiada.

El fuego, la vehemencia enérgica de la oda dedicada á Maximiliano, es difícil volver á hallarlas en composiciones posteriores. Véase, en prueba de lo que decimos, las siguientes estrofas, llenas de viril y solemne indignación:

•Rompa mi voz el afrentoso encanto
 Con que la maga Libertad me ciñe,
 Para llorar, Emperador, tu muerte,
 Y en rostro echarla á tus verdugos viles.
 Tú mereces el canto del poeta,
 Pues generoso te mostraste y firme;
 Tú de todos las lágrimas mereces,
 Pues desgraciado fuiste.

.....

Cual héroe sucumbiste: heroico amigo
 Te sigue hasta el cadalso, hasta la tumba,
 Y entre el silencio funeral entona
 Himno de amor y gratitud profunda.
 Tú le respondes estrechando el lazo
 Que ya santificó la desventura;
 Las balas lo dividen, y al instante
 La eternidad lo anula.

.....
 ¡Maximiliano! Con serena frente
 Y libre corazón cantarte puedo;
 Nada á los reyes ni á los pueblos pido,
 Nada á los pueblos ni á los reyes debo.
 ¡Sombra ofendida! ¡Venerable sombra!
 ¡Tú, de quien nada espero, nada temo!
 Acepta mi dolor y simpatía,
 ¡Acéptalos sin ceño! »



Cinco años después de estas primicias de su ingenio, daba á luz D. Miguel Antonio Caro, nuevos frutos de él con el significativo título de *Horas de amor*. Era esto en 1871 y en la imprenta de Echevarría, de la ciudad de Bogotá. Para mi desgracia tampoco puedo hablar de las *Horas de Amor* con perfecto conocimiento de causa. Los ejemplares que habrán llegado á España son muy contados y ninguno de ellos ha venido á parar á mis manos. Mas en distintas colecciones poéticas y en revistas ó periódicos colombianos que á menudo recibo, he visto publicadas algunas de las composiciones de esta segunda colección, y sobre ellas se han ejercitado, que yo sepa, ilustres críticos americanos como los Sres. Merchán, Zuleta y D. José Ángel Porras. Este último les consagró un estudio especial el año pasado, para el *Homenaje de la Nación* al Sr. D. Miguel Antonio Caro, y en él declara

ser estas rimas poco conocidas en Colombia, y quizá por esta razón las eligió como objeto preferente de su crítica.

Quien juzgara el tomito *Horas de amor* como una de tantas colecciones de poesías eróticas, se equivocaría por completo. Lo es de toda suerte de inspiraciones nacidas al calor de afectos puros y delicados, entre los cuales descuella, naturalmente, los que despertó en su corazón el amor de alguna mujer, que, como querida sombra, se ve aparecer en sus versos, pero sin mostrar claramente sus contornos. De los extractos numerosos con que amenizan sus estudios los críticos citados, y de alguna que otra composición completa, se me alcanza lo bastante para poder definir el carácter de las *Horas de amor*, especie de soliloquio de un alma enamorada de la naturaleza, de la soledad y de la meditación. Son un continuo *Sursum* del corazón, un cántico repetido de *Noche serena*, una constante aspiración á lo infinito, que elige indistintamente como peldaños para elevarse hasta él el culto puro de la mujer, la lectura del inmenso y nunca descifrado libro de la naturaleza, ó los castos amores de la religión y de la moral. Ese género de poesía idealmente amorosa, sin huella de concupiscencia terrena, todo reflexión, todo calma y nostalgia de otra patria superior, no le conocieron Petrarca, ni Ausías March, ni Garcilaso. El teatro de estas contemplaciones es la naturaleza.

« Naturaleza entera se conjura
 Para unir en su encanto á los que aman,

 Todo lo anima nuestro amante anhelo ;
 Naturaleza toda es nuestro cielo. »

El ejercicio más digno de dos almas enamoradas es leer sus destinos escritos en los cielos, y admirar las per-

fecciones de Dios pintadas en cielos y océanos. Por eso el tipo del amor que canta Caro no es

«La aura sutil que en trémulas congojas
Va robando á los árboles sus flores
Y á las flores sus hojas;
Que agradece con tímido murmullo
Tiernas primicias del fecundo suelo,
Ni las aves de Venus, que en su cielo
Gozosas giran con amante arrullo »;

sino que dice al noble corazón :

«Mas al ímpetu ven de raudas alas,
Animado de excelsos pensamientos,
Al campo de los grandes elementos,
Donde ostenta natura augustas galas
Y solemnes acentos :
Tu vuelo el aire hienda,
Y viendo aquí morir onda tras onda
Cuando la noche sobre el mar descienda,
Ven un genio á esperar que te comprenda
Y una voz digna que á tu amor responda ».

Todos los críticos que han hablado de las *Horas de amor* están conformes en señalar como las más notables las poesías, *A las Aves*, *Las Almas buenas*, *Desengaños*, el *Asilo*, los *Sueños*, etc., y D. José Ángel Porras declara sin ambages que para él las mejores son los *Sueños*, el *Asilo*, las octavas de la *Hora XIV* y las quintillas de la *XXIV*.

De todas esas, la que más conozco es *Sueños*, que por ser una de las mejores vibraciones de la lira de Caro, ha sido muchas veces reproducida. *Sueños* no parece una poesía escrita por un vate de raza meridional, ni es tampoco una meditación romántica en el más vulgar sentido de esta palabra; el metro sí lo es, y también el sentido de

honda melancolía que la inspira. En España tenemos muy pocas de este género, y en América, donde abunda la buena poesía inspirada por el poderoso sentimiento de una naturaleza más rica que la nuestra, no son comunes. Es una especie de contemplación sosegada y embebecida de un pensamiento adormecido por las ondas del río y el brillo de una luz tropical, que quiere interpretar los rumores y ecos de la naturaleza que hasta él llegan, como vagos murmullos y percepciones de lo infinito, y que se asusta si el aire suspende estos rumores, como si sintiera un vacío y la nostalgia de bienes perdidos.

«Mas vuelven los rumores, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.»

El metro traduce admirablemente la indolencia del espíritu que se deja llevar á merced de sus impresiones, y que en su ensimismamiento recoge religiosamente átomos de ideas dispersas é intuiciones luminosas. La vaguedad de la última alegoría y de la frase responde muy bien á la de las voces lejanas que en sueños oye el alma, y la monotonía de los tres versos menores y la repetición de algunos finales, á la del acompasado ritmo de los murmullos de la naturaleza y á la insistencia también monótona del que medita.

«Reclinado sobre hojas macilentas
Que el tronco cercan del anciano aliso,
En tu verde ribera solitaria,
 ¡Oh claro río!,
 Miro los montes,
 Los cielos miro;
Doy suelta al pensamiento, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.»

Si he de creer á D. J. A. Porras, el celebrado crítico Rivas Groot atribuye á esta inspirada composición cierta

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
ATENEORANCHELONE

influencia literaria sobre la generación que compuso *La Lira Nueva*.

Ya para concluir este ligero bosquejo de las *Horas de amor*, no me toca sino reproducir algunas de las preciosas quintillas de la *XXIV*, en que el poeta, como dice el mismo Porras, vuelve á la melancolía de los *Sueños*; mas no con la indolencia propia de aquella sombría soledad que arrullan las aguas corrientes y embalsaman las flores de la orilla. Es una nueva y sentidísima nota del himno de *Excelsior* que entona Caro en todas sus obras poéticas :

«Oigo que de amor patrio se gloria
La humana vanidad. Saber querría
Si es la patria este mísero recinto
Do nacimos acaso. Hay un instinto
Que de otra patria le habla al alma mía.

Y esta patria es país no circunscrito
Á linde injusto, á humano circuito ;
Es aéreo país, región serena,
Cuyo ambiente el contagio no envenena ;
Gózase en un rincón y es infinito.

Esta patria, empezando en lo pasado,
Se extiende al porvenir, país sagrado,
Que adornan bosque ameno y mustia ruina ;
Es la patria de una alma peregrina :
¡Sueño de oro que tanto yo he soñado! »

* * *

Llegamos á la última época de Caro, y con ella al poeta ya conocido en España. Á las escasas ediciones de los primeros versos y de las *Horas de amor*, hechas para el reducido círculo de Bogotá, y quizá para el aún más reducido de sus amigos, suceden otras poesías de mayor aliento, que reproducidas en revistas tan notables como el

Repertorio Colombiano, ó en antologías como la de Ortiz, y, últimamente, la de Julio Añez, van abriéndose cada día paso en más anchos horizontes literarios. Luego, la fama del ilustre filólogo, del escritor castizo, del fundador de la Academia Colombiana, correspondiente de la Española, del traductor de Virgilio, corre por los países de origen español y llega á España, donde es apreciada y puesta en su alto y merecido lugar por los más eminentes literatos del país. Caro es hoy, pues, un escritor, no popular, porque la índole de sus trabajos y de sus mismas poesías le impedirá siempre serlo ; pero sí familiar entre cuantos cultivan las letras, hasta el punto de que la ignorancia de su nombre implica falta de cultura literaria.

Las últimas poesías originales de Caro no han sido todavía publicadas. Más de una vez se me ha quejado su ilustre autor de las dificultades que esto ofrece en Bogotá, ya por falta de estímulo, ya por no estar del todo organizado allí el comercio de librería. Por esto, lo mucho que ha escrito en estos últimos veinte años para periódicos y revistas permanece casi todo inédito, y entre ello las producciones más serias, estudios y comentarios virgilianos, críticos, filológicos y bibliográficos, que formarían varios tomos. Actualmente prepara uno de filología castellana, materia que tiene muchos aficionados en la patria de los Cuervos, Fidel Suárez, Marroquín, Isaza, etc. También está en tratos, para ver si pueden publicarse en Europa próximamente sus obras poéticas, inéditas casi todas, en diez volúmenes, y tengo noticia de que sería en tal caso el ilustre Cuervo, quien dirigiría las publicaciones de su docto amigo. Están dispuestos tres tomos, que contendrán : *Sonetos, Cantilenas, Horas de amor, Elegías, Cantos á la Naturaleza, Musa Militante, Sátiras y Lira Cristiana.*

Entretanto no llegue este día, que todos sus admiradores deseamos, hemos de contentarnos, los que tratamos de dar á conocer cada vez más á Caro en España, con espigar en papeles sueltos y colecciones diversas, que no andan aquí en manos de todos, lo mejor que ha escrito en estos últimos veinte años. Menéndez y Pelayo y Valera me han precedido en esta grata tarea, pero no consagrandó al poeta un estudio detenido, y el primero fijándose sólo en un particular aspecto de su fisonomía literaria. Quedaríame, pues, ancho campo que recorrer, si no temiera abusar de mis lectores y del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Procuraré ser lo más breve posible, y no insistir en lo que otros hayan dicho. Pasan por las mejores composiciones de esta tercer época, *La Gloria*, que tanto gusta á Rivas Groot; *Flecha de oro*, delicado reflejo del *Excelsior* de Longfellow, sin el menor asomo de imitación; la oda al *Tequendama*, el prodigioso salto de Colombia, rival del Niágara, que ha inspirado también á D. José Joaquín Ortiz, á doña Agripina Montes, al doctor Rafael Núñez, y á tantos poetas colombianos; *La Vuelta á la Patria*, obra maestra de inspiración y sentimiento; el *Himno á las estrellas*, que encuentro un tanto frío y difuso, pero que tiene sentidos detalles dignos de Leopardi; la *Elegía á la muerte de Sebastián Ospina*, de la cual dice Zuleta que no tiene rival en la lira española, juicio exagerado y que sólo cito para que se vea el aprecio en que en Colombia se la tiene, y por último, la famosa oda *Á la estatua del Libertador*, timbre y lustre del moderno parnaso neo-granadino, y que merece capítulo aparte.

Valera, con citar y comentar con la amenidad que suele, las preciosas poesías *La Vuelta á la patria*, *La*

Flecha de oro, que transcribe íntegra, y *A la gloria*, de la cual copia algún fragmento, me ahorra en esta ocasión el trabajo de analizarlas de nuevo. Á haberme hallado en su lugar, hubiera preferido trasladar la primera en vez de la segunda. Siento por *La Vuelta á la patria* el mismo entusiasmo que el discretísimo Rivas Groot, aunque no me resuelva á decir como él, que es la mejor poesía de Caro. Tengo, sí, por indudable, que esa poesía íntima, trascendental, pero no personal, ni llorona, esas *reveries* poéticas, son la cuerda de su lira que mejor hace vibrar el escritor bogotano. *La Vuelta á la patria* deja en el espíritu el perfume de una esencia exquisita y delicada, que se aspira pero que no se define. Iba á citar alguna estrofa, pero no supe cuál elegir, porque de hacerlo con una, sería preciso seguir con las demás. Hay en ella, como dice muy bien Valera, más ideas que palabras, y todas tan íntimamente enlazadas, que es evaporar su esencia ó convertirlas en enigma, arrancarlas de la linda urna en que están encerradas. El peregrino, como el héroe de Longfellow, que trepa á la cumbre del Alpe, no halla su patria ya en el valle umbrío *que la paterna casa guarece*. La voz del celeste coro, en la poesía del vate norte-americano, dice al joven que yace inerte en la cima del nevado monte, *Excelsior*; así también la visión de la patria ideal que sólo columbraba en su mente el peregrino, se hace real en las estrofas de Caro, cuando

«Invisible le toca,
Y sus párpados cierra
Ángel piadoso, y la ilusión destierra
Y el dulce sonreír vuelve á su boca».

De la oda *A la estatua del Libertador* dije anteriormente que merecía capítulo aparte, y será ya el último que dedique á las poesías originales de Caro. La moder-

na lírica hispano-americana se muestra orgullosa de haber producido esta composición clásica y el *Canto á la batalla de Junin*, de Olmedo ; pero sin disputa es más simpática, más correcta y menos pedantesca la primera. Es también menos larga (yo quisiera aún que sus extensión no fuera tanta), y por eso su lectura se sostiene sin esfuerzo, mientras la quilométrica oda del pindárico vate americano le requiere, y no ligero.

La oda de Caro está consagrada á la magnífica estatua de Bolívar, obra del escultor italiano Teneranni, que se alza en la espaciosa Plaza Mayor de Bogotá. Los que la han visto dicen ser obra admirable, y el distinguido filólogo y crítico colombiano Marco Fidel Suárez, para ponderar el valor de la oda y de la estatua, afirma que aquella es á la estatua, como la estatua al héroe; triple grandeza en que Bolívar aparece como semidiós, Teneranni como rival de Fidias, y el autor de la oda como émulo de Manzoni. Teneranni no presentó al Libertador de cinco naciones en la transfiguración sublime de su gloria, como el vigoroso poeta Ortiz cuando nos le hace subir á la cumbre del Chimborazo, y derramar la vista abajo y ver salir del abismo los pueblos por él levantados, clamando ebrio de gozo :

«¡Gloria al Señor! ¡He libertado un mundo!»

Teneranni le representó como nuevo Napoleón, abandonado en el destierro, sin más patria que una playa solitaria, ni más rumor del mundo que el de las olas, agobiado por el peso de la más negra ingratitud y hasta quizá arrepentido de su obra. Y Caro, interpretando la sublime elocuencia de aquella imagen muda, le dió la voz solemne del dolor de un héroe inmortal, y la de la melancólica y colectiva compasión de otras generaciones,

que al pasar junto á su lado, sienten con mayor intensidad sus beneficios, y sienten por eso en mayor grado también sus desalientos y tristezas.

La oda resultó escultural y la más bella y exacta traducción que de la estatua podía hacerse, con su noble y abatida apostura; viril y enérgica: solemne en el ritmo de sus estrofas; cincelada con corrección helénica; pausada en su movimiento; arrebatada á veces; con deijos manzonianos y reminiscencias leoninas; pero menos desatada que una oda de Fr. Luis de León, y sin el rápido centelleo de las estancias de Manzoni. Las primeras liras, modeladas bajo la impresión del recuerdo de las glorias de Bolívar, salieron grandiosas y robustas, como un himno de guerra; lo restante de la composición, no inspirada por el recuerdo, sino por la visión directa de la melancólica imagen de Teneranni, es una fúnebre elegía con majestad épica.

El vigor de frase y de pensamiento es de lo que más en esa oda sorprende:

«La soñadora frente
Doblada al peso de misión divina;
.....
La frente creadora,
Que el honor de los Césares desama»;

la majestad cambiante de su rostro, el *de su austero callar, múltiple acento*, son rasgos sublimes dignos de un altísimo poeta.

Teneranni, dice en las primeras estrofas, no conoció la gloria de Bolívar:

«Ni sordos atambores
Oyó, ni en las abiertas capitales
Entrar vió tus banderas tricolores

Bajo lluvia de flores
Y al estruendo de músicas marciales.

.....
No en rasgos de heroísmo,
No en vértigo de triunfos y esplendores
Admiró tu grandeza. Él á ti mismo
Te buscó en el abismo
De recónditas luchas y dolores ».

Véase en otro lugar cómo describe la estatua :

«Inclinando la espada,
Tu brazo triunfador parece inerme ;
Terciado el grave manto, la mirada
En el suelo clavada,
Muda en tus labios la elocuencia duerme.

Mágico á par de Dante,
Teneranni tu vasto pensamiento
Renovó, concentró, y á tu semblante
Dió majestad cambiante,
Y á tu austero callar múltiple acento ».

Nos es imposible continuar citando más fragmentos de esta composición, que es el verdadero *Cinque maggio* de la poesía castellana, y que hasta le recuerda en aquél que comienza :

«En tan solemnes días,
Por la orilla del mar, los pasos lentos,
Y cruzados los brazos cual solías....»,

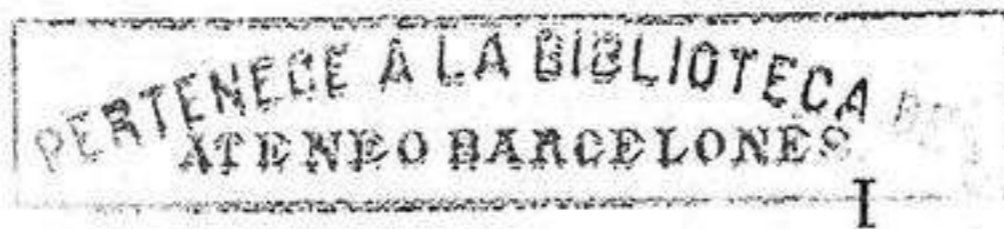
y en el que acaba diciendo :

«Recibes culto
Sublime en tu dolor sin amargura;
De lisonja perjura
Libre por siempre, y de cobarde insulto ».

Comprendo que ante esa oda , publicada con ocasión del Centenario de Bolívar , enmudeciera avergonzada la crítica malévola , que tiene ojos de lince para ver ripios, y corazón de bronce para sentir bellezas. Se le pedía á Caro un milagro para creer en su inspiración poética, y Caro lo hizo.

A. RUBIÓ Y LLUCH.

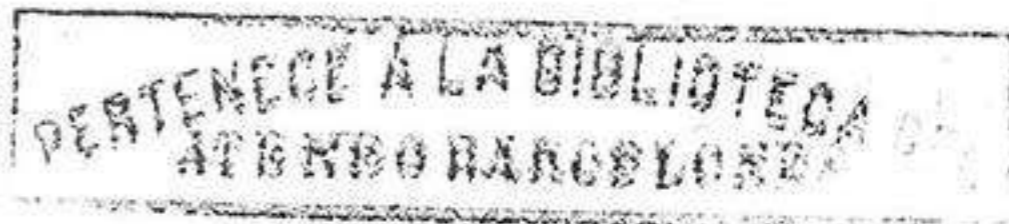
ADÚLTERA



¡Oh vértigo fatal, delirio infausto,
Abominable acción, locura horrenda!
¡Nadie podía concebir tal crimen;
Nadie, al menos por ti, lo concibiera!
Cual las flores que el múrice matiza,
Tierna, gentil y pudorosa y bella,
En la apacible juventud del alma,
De hechizos mil y de virtudes llena,
Del santo hogar que te acogió en su seno
¡La religión, el ángel, el dios eras!
Al más digno mortal de ser amado,
Todo tu amor, toda tu fe primera
Al pie del ara le juraste un día,
Acaso con rubor, más con firmeza,
Y él te estrechó en sus brazos con cariño:
Su libertad, su orgullo, sus creencias,
Del amor en los éxtasis más grandes,
¡Te ofreció en oblación sublime y tierna!...
Y aquel nido de amor de los esposos;
Y aquel lecho nupcial que la pureza
Con sus alas de armiño protegía
Mientras dormía la feliz pareja;
Aquellos dulces ósculos, aquellos
Murmullos de las gratas confidencias;
Los deliquios suaves, las caricias,
Los ruegos, los temores, las promesas,

Del mutuo amor el sentimiento activo,
 La paz del corazón y la conciencia....
 ¡Todo has de recordarlo allá en las horas
 Del profundo dolor, de la tristeza,
 Y el hondo afán de la mujer maldita
 Que no halla disimulo á su vergüenza!
 ¡Ay! ¿Qué fué de tu amor? Fuente de dichas,
 Corrió entre lirios, plácida y risueña,
 Mientras sólo arrastraba ruborosa
 Ricas arenas de oro en sus madejas;
 Mas ¡ay! dejando del deber el cauce,
 Fué á desbordarse entre escarpadas peñas,
 Y fué á mezclar sus aguas á un pantano
 Que se evapora en miasmas que se elevan
 Saturando la atmósfera y la vida
 De palúdicos vicios que amedrentan,
 Causan dolores, á cual más agudos,
 Y desventuras á cual más funestas!

II



¿Qué has hecho de tu honor y el de tus hijos?
 ¿Qué del esposo que, al llorar tu ausencia,
 Une al despecho que su ser taladra,
 Lo inverecundo y negro de su afrenta?
 Del goce material pérfido aroma
 Circula venenoso por tus venas,
 Mientras aquéllos devorando viven
 Tu olvido y el padrón de tus flaquezas!
 Indigna de las dulces emociones
 Que el casto amor en nuestro ser despierta,
 Maldijiste mil veces, á tus solas,
 El sagrado lugar en que ofrecieras
 Fidelidad, teniendo del esposo
 El nombre muchas veces en la lengua
 Para infamarlo, cuando más roían
 Sordos remordimientos tu conciencia,
 Y los recuerdos de tu edén perdido
 Abrevaderos de serpientes eran....
 Frágil beldad que, al elevarse un día
 Como visión santísima del poeta,

Por instinto sabía que al ser madre
 Iba á ceñirse la sin par diadema
 Del ser más digno de respeto santo,
 De la mujer más digna de ser reina;
 Y que, olvidando su sagrada estirpe,
 Su alta misión, su dignidad suprema,
 Se transformó en demonio, siendo un ángel,
 Y siendo virgen, se trocó en ramera....
 ¡Tal fuiste tú! Y hoy llevas en la frente
 Este estigma fatal : « ¡Maldita seas! »

III

Cuanto es penoso cometer un crimen
 Yendo á merced de voluntad ajena,
 Más lo es llevado por impulsos propios
 Á su grado último, á su faz más negra.
 Ante tal espectáculo el abismo
 Lanza un rugido que doquier resuena
 Y al que responden los abismos todos
 Del corazón honrado y la conciencia....
 Inundados de lágrimas tus ojos,
 Detén un solo instante tu carrera,
 Y el tálamo que ingrata abandonaste,
 Árido, triste y sin calor, contempla.
 ¡Ah!, preferible fuera que á tus hijos,
 De aquel infausto enlace pobres prendas,
 Con crueldad inaudita, en sus entrañas,
 Después de la deshonra, el hierro hundieras,
 Y que luego exclamaras, de tus fieros
 Y desviados instintos satisfecha :
 « ¡Oh, venganza ! ¡En tus aras execrables
 Nada que darte en sacrificio queda ! »
 Y no que al mundo, con tu horrendo crimen
 Dejes expuestos á los seres que eran
 Tu orgullo en otro tiempo, cuando nada
 Faltaba á tu virtud y á tu grandeza,
 É infundían respeto tus acciones,
 Admiración tu castidad perfecta,
 Y eras esposa y doblemente madre ;
 Y siendo madre, doblemente buena !

IV

Los besos maternales, las caricias
 De aquel tiempo de glorias verdaderas,
 ¡Todo lo echas de menos y descienes
 Más y más á los goces que no dejan
 Más que constante torcedor perenne
 Que arde como ascua, y que como ascua quema!
 Los más sagrados lazos destrozaste;
 Y, al gozo más brutal de la materia,
 Le han sucedido, en tu afrentosa vida,
 El obsceno reir y la blasfemia;
 Y el mundo que admirara tus encantos
 Y tu virtud de entonces aplaudiera,
 Admiración y aplausos ha cambiado
 Por el sarcasmo que corroe y tuesta,
 Por el insulto que abomina y mancha,
 Por el desprecio que hunde y avergüenza!

V

No ha de borrar tu crimen miserable
 El torrente de lágrimas que aun queda
 Estancado en el fondo de tu alma
 Acallando la voz de tu conciencia:
 No habrá quien te redima en este siglo
 Que analiza el honor como la idea;
 Ni habrá quien diga: « El que se crea impecable,
 Tire entre todos la primera piedra! »
 Que, aunque volviera Dios á humanizarse
 Y poner coto á tu baldón quisiera,
 Todos, con una lluvia de guijarros
 Dirigidos á ti, le respondieran:
 —El torbellino del amor culpable
 La ha llevado, Señor, á la impureza;
 Y, al conservar adúltero el sentido,
 Heraldo de deshonor, de ira ciega,
 Va gritando doquier sin detenerse:
 —« ¡ Maldita la virtud, maldita sea! »

VI

El virus ponzoñoso de la infancia
Ha de correr por tus convulsas venas
Hasta que el hielo del intenso hastío,
Al coagularse, rompa tus arterias.
Y la aridez de la nostalgia horrible
De tu impúdico amor amarillenta;
Con las manos crispadas por el tósigo
De la impotencia vil y la soberbia;
En demencias de goces delirando,
Cactus lleno de hidrófobas culebras,
Gritarás, al morir abandonada:
—«¡ Maldición en la dicha que avergüenza! »
¡ Y ese será tu postrimer lamento !
¡ Esa tu historia.... tu elegía esa !

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

NUEVAS NOTICIAS DEL FILOSOFO OLAVIDE

UN excelente biógrafo peruano, incansable investigador y crítico sagaz, D. J. A. de Lavalle, de quien ligeramente nos hemos ocupado con ocasión de sus monografías *El virrey Abascal* y *Joan de la Torre, uno de los trece de la isla del Gallo*, ha reimpreso en Lima sus *Apuntes sobre la vida y las obras de Don Pablo de Olavide*, con riqueza tal de nuevos datos y pormenores interesantes, que tiene ya su libro grande importancia para nuestra historia y nuestra bibliografía del siglo XVIII. La vida aventurera de aquel personaje, harto conocida en su conjunto novelesco por la autobiografía que, con el título de *El Evangelio en triunfo*, se supone vulgarmente haberle sido impuesta por sentencia inquisitorial, presentaba lagunas y adulteraciones trascendentales, ya por proceder de fuentes extranjeras, ya por haberse desarrollado los sucesos de Olavide en época tan crítica y confusa como la Revolución francesa y el período de gestación de la española de 1808. El mismo D. Antonio Ferrer del Río, en cuya *Historia del reinado de Carlos III* hace el director de las colonias de Sierra Morena el papel culminante que en empresa tan meritoria para nuestra agricultura le corresponde, ignoró muchos pormenores

de su vida, que contribuyen á dar realce á su curiosa personalidad.

Una impresión infantil inspiró esta obra al Sr. Lavalle, impresión desde luego relacionada con el aspecto melodramático del héroe. He aquí cómo la describe en su prólogo:

«Un ejemplar del *Evangelio en triunfo*, adornado de
»preciosas láminas, que cayó en mis manos siendo aún
»muy niño, fué el origen del libro que, con no poco temor
»y desconfianza, someto hoy al juicio público. Esas lámi-
»nas, que representaban á un hombre en diversas esce-
»nas de su vida, que parecíanme muy graves, aunque no
»alcanzaba á comprender toda su importancia, tenían
»para mí un especial atractivo, proveniente quizá del
»misterio que las envolvía, que se traducía en un vivo
»interés por el personaje cuyo retrato, que encabezaba
»la obra, y que antojábaseme fuese el mismo que apare-
»cía después en un singular combate, luego llamando á
»la puerta de un convento, más allá estrechando á dos
»niños en sus brazos, y, por último, expirando entre las
»demostraciones de dolor de las personas que rodeaban
»su lecho.»

Si por ventura se refiriese el Sr. Lavalle á una edición del famoso libro, probablemente francesa, que también nos trae á nosotros recuerdos vagos de nuestra infancia, juraríamos que ha olvidado una de las estampas más curiosas que tenía, aquella que representa el famoso *auti-llo* de la Inquisición de Madrid de 24 de Noviembre de 1778, donde apareció Olavide con la famosa túnica negra y la vela verde apagada de los reos de fe, á oír la tremenda sentencia que le declaraba *hereje positivo y formal, miembro podrido de la religión*.

Por su misma juventud empiezan las aclaraciones del

biógrafo peruano; y no son, por cierto, las menos interesantes, si bien da excesiva importancia á las biografías francesas que suelen llamarle *Olavidés*, y á otros escritores que le han supuesto, ya educado en Alcalá, ya en Madrid. Fuélo verdaderamente en Lima por la Universidad de San Marcos, que erigió Carlos V en 1551; Universidad cuya organización, frutos y progresos desmienten á los historiadores americanos, cuando en las escuelas que para ellos establecimos fundan una de sus diatribas más insolentes contra España.

Ni aun en el siglo pasado, época de transición y de mal gusto en literatura y en todas las disciplinas, fué el genio español tan estéril que no produjese en América y aquí excelentes educadores que conservaban la tradición de nuestros grandes humanistas. Todos los biógrafos americanos se hacen lenguas, por regla general, de la educación recibida por los primeros héroes de su independencia; alguno de éstos, como Andrés Bello, hasta ditirambos ha dedicado á sus maestros españoles, y pasa por ende los términos de lo absurdo acusar á España de abandono en una materia en que sus pecados han sido de otra índole que no debemos consignar aquí; pero que se viene desde luego á los labios recordando que ninguna nación del mundo ha empezado sus obras de colonización por ofrecer á sus colonos abundante pasto espiritual. Sistema generoso y cristiano sin duda alguna; pero contraproducente en el orden político, y, por decirlo mejor, suicida.

Sobre profunda y sólida, la instrucción que Olavide recibiera, fué parte en aquilatar la justicia del claustro universitario de San Marcos; pues como hubiese ganado á los veinte años, en pública oposición, una cátedra de teología, frente á frente, entre otros, con un anciano y

sabio canónigo, la Universidad acordó otorgar la plaza á éste y pedir al Virrey para el joven Olavide otra de Oidor que estaba en la Audiencia vacante. Hízose la demanda en pública manifestación, como hoy diríamos, yendo en cuerpo la Universidad á Palacio, precedida de maceros, entre un lucido concurso de lo más principal de Lima. Transmitió el Virrey, conde de Barrantes, la súplica á Madrid ; y en aquel mismo año, á pesar de su edad, que hoy le inhabilitaría para los altos cargos, obtuvo Olavide los de Oidor del Perú y Auditor general del virreinato. Semejante ejemplo de protección á los hijos sobresalientes de las colonias es un timbre que en vano regatearán á España sus detractores. Tampoco se lo regatea, por cierto, el Sr. Lavalle, cuyo españolismo y religiosidad nos enamoran, antes aprovecha tan oportuna ocasión para encarecer la magnanimidad «de nuestros antiguos Soberanos», que niegan «aliadas la malicia y la ignorancia».

Al terremoto que padeció Lima en 1746, atribuye Ferrer del Ríó el principio de la reputación de Olavide en España ; mas no sería ciertamente por las relaciones oficiales del Virrey, pues nosotros poseemos una que sólo pondera las hazañas de éste y de sus paniaguados, en aquella tremenda noche, reducidas, en verdad, á términos bien exiguos que en vano la adulación agiganta ; pero es cosa frecuente en Indias anticiparse la autoridad á prevenir el juicio público en aquellos casos en que la conciencia se lo pinta adverso. No andaban, por lo visto, muy amistados el Sr. Manso de Velasco, futuro conde de Superunda, recientemente posesionado del virreinato, y el jefe de escuadra, marqués de Ovando, de quien se conserva otra interesantísima y detallada relación del terremoto, inserta en el tomo xvii del *Semanario erudito* de Valladares, y á

burlar esta contingencia se anticipó, sin duda, la relación que tenemos á la vista (1), Al emprender Manso de Velasco la reedificación de la ciudad que había de valerle el título de conde de Superunda (donoso latinismo—sobre las ondas,—*super-undas*), hizo á D. Pablo uno de los comisarios para la obra, lo que prueba su popularidad y la buena reputación que á los veintiún años gozaba. Era, en efecto, según el biógrafo, «de hermosa y simpática figura, »de noble cuna, con raro talento y vasta instrucción, »rico y espléndido en su modo de vivir, lujoso y elegante »en el vestir...., querido de sus iguales é idolatrado por »el pueblo: he aquí á Olavide en 1746».

Entonces fué indudablemente cuando su reputación traspasó los mares, soplada allá por los vientos de la envidia, y aquí por los del filosofismo, que á la muerte de Felipe V empezaba á ver abiertos los horizontes del Gobierno. La literatura libertina que imperó en Francia durante la Regencia y el reinado de Luis XV, de tal ma-

(1) Titúlase *Individual y verdadera relación de la extrema ruina que padeció la ciudad de los Reyes, Lima, capital del reino del Perú, con el horrible temblor de tierra acaecido en ella la noche del 28 de Octubre de 1746, y de la total asolación del presidio y puerto del Callao por la violenta irrupción del mar que ocasionó en aquella bahía* (sic).

Impresa en Lima y por su original de mandato del Excmo. Sr. Virrey; reimpressa en México por la viuda de José Bernardo de Hogal. Año de 1747.

Para los que prácticamente conocemos el Gobierno ultramarino, estas relaciones tienen un valor muy secundario. En el caso actual pueden co-tejarse dos, de autoridades no muy amigas al parecer, lo que amengua notablemente esta del Sr. Manso de Velasco, en la cual sólo se alaba al Virrey y á sus dependientes; al asesor de gobierno, D. Juan Gutiérrez de Arce; á su secretario de cámara, brigadier, D. Diego de Hesles y Campero; á los dos alcaldes ordinarios de la ciudad, D. Fernando Carrillo de Córdoba y D. Ventura Lobaton, que serían probablemente hechuras suyas, y hasta de los oficiales de su guardia hace el Virrey memoria y recomendación indirecta. El marqués de Ovando, en cambio, pondera los padecimientos y servicios de muchos particulares, entre ellos D. Pablo Olavide, como testigo que fué de vista, porque el autor montó á caballo en sintiendo el terremoto, mientras el Virrey pasaba la noche encomendándose á Dios, sin tomar disposiciones ni dejarse ver del pueblo hasta el día siguiente.

nera había penetrado en nuestra sociedad culta, que Ensenada puede considerarse el último ministro español que tuvimos, como Gerardo Lobo (y ese no siempre), el último poeta. Aunque no en tanto grado, bajo ciertos aspectos ocurría en América algo semejante, y Olavide, muy estudioso y muy versado en lenguas vivas y clásicas, sentíase atraído por aquella filosofía que se preparaba á formar la Enciclopedia. Ligerero por temperamento, no poco aturdido de carácter, innovador por su posición, y mimado, en fin, de la fortuna, quiso adelantarse á su tiempo y tropezó desde los primeros pasos, como era de esperar.

Con sumas considerables que entre los escombros de Lima habían aparecido sin dueño, resolvió la autoridad construir una iglesia votiva á Nuestra Señora del Socorro; pero obstinándose Olavide en construir también un teatro, dióse tales trazas, que al cabo de siglo y medio está la iglesia todavía sin concluir en la calle de Malambo, hoy de Piura, mientras el teatro se inauguró á los dos años y ha subsistido hasta el incendio de 1883. No se necesitaba tanto en aquella época para acusar á un hombre de herejía, y en verdad que Olavide la desconoció con obcecación temeraria, eligiendo el teatro para hacer alarde de sus ideas, pues todavía cuarenta años después, en plena Revolución francesa, el fiscal más ilustre que ha tenido la Audiencia de Sevilla, D. Juan Pablo Forner, pasaba no pocas desazones y trabajos por haber hecho á la ciudad quebrantar su voto de no tener comedia y haber escrito una *Loa para la apertura del teatro en Sevilla*.

Acusado, pues, de impiedad y malversación de caudales públicos por sus mismos paisanos, vino Olavide á España entre 1750 y 1752, con tan malos papeles, valién-

donos de esta frase vulgar, que otro biógrafo peruano, el general Mendiburu, citado por Lavalle, confiesa que «no pudo justificarse plenamente; perdió el pleito y con él su empleo y bienes». Larga prisión, aunque teniendo su casa por cárcel, y las penas y consiguientes sinsabores, minaron su salud en términos que los médicos certificaron serle perentorio salir de Madrid. Llévóle á Leganés su buena estrella, donde la opulenta viuda doña Isabel de los Ríos, prendada de los encantos personales del preso, y quizá también de sus novelescas aventuras, le dió su mano y con ella los medios de rehabilitarse en el concepto público. Desgraciadamente no hay datos para contradecir á los biógrafos franceses, que, al llegar á este episodio, exclaman: «Compró su libertad y su inocencia». Hasta la devolución de su empleo le fué ofrecida á Olavide. Más optimista acaso que nosotros el escritor peruano, como para hacer dudosas tales especies, halla natural que se le hubiera devuelto en caso de absolución su plaza en la Audiencia de Lima; pero ¿no pudo renunciar á ella? ¿No es verosímil que tan ventajoso matrimonio le permitiera poner la mira más alta? Su estado de salud debía de ser también harto mísero cuando lo contrajo, pues representaba cincuenta años aunque sólo tenía treinta, y entre las chismeras de Madrid que enviaban á Lima cartas, hoy curiosísimas, citadas por el señor Lavalle, la que sigue podría justificar su escaso deseo de viajes ultramarinos y nuevas aventuras oficiales: «Para recibir por la mañana le sirven juntos, á ella la peluca por ser calva, y á él los dientes: ambos muebles se colgaron á la cabecera de la cama la noche de novios, diciéndose uno al otro que así no se llamarían á engaño».

Corroboran nuestra sospecha de que el matrimonio le permitió alzar el vuelo de sus ambiciones por cima de

la Audiencia del Perú, otras cartas en que se habla de grandes empresas que acometió, sin especificar cuáles fueran, del tren y boato que desplegabá, y de los frecuentes viajes que á Francia hacía, donde llamó la atención de aquella sociedad novelera y pudo relacionarse con los literatos de moda, principalmente con el conde de Buffon y los filósofos Diderot, d'Alembert y el barón de Holbach. El viento de la sofistería entró, pues, á bocanadas en aquella cabeza no muy sólida. Una mujer, francesa por añadidura, y un corresponsal oscuro é iliterato de un personaje del Perú, vieron claramente adónde llegaría Olavide por semejante camino. La marquesa de Créquy, en las memorias de su tiempo, que nos ha dejado con el título de *Souvenirs*, nos pinta el efecto que el matrimonio de Leganés producía en París, y cómo y cuánto lo desdeñaban las gentes graves por sus relaciones con los filósofos, «la peor sociedad posible para los españoles»; y el conde de Villaseñor, escribiendo al oidor de Lima, D. Pedro Bravo de Laguna, le decía: «Olavide se halla en Marsella pasando por sobrino del virrey del Perú y marqués de Olavide, distinguiéndose por el excesivo gasto, y conocido ya por un embustero. He visto cartas originales, en que se pide á una casa francesa aviso de los fondos y nacimiento de este hombre. Temo tenga un *fin trágico*». En este medio tiempo, siguiendo la moda de los filósofos, hizo un viaje á Suiza á visitar á Voltaire, en cuya ocasión le dirigió el arrogante patriarca del filosofismo aquellas palabras tan celebradas, que prueban su desconocimiento de nuestro verdadero estado social: «¡Ojalá hubiera en España cuarenta hombres como vos!» «Desgraciadamente, exclama el Sr. Lavallo, repitiendo una observación de Mesonero Romanos, Voltaire andaba equivocado; pues en

»la corte de Carlos III había, no sólo cuarenta, sino más de ochenta Olavides.» También visitó en los Charmettes la casa que había habitado el autor del *Contrato social* con su famosa Mme. de Warens, si bien me parece apócrifa la inscripción que un siglo después ha logrado el Sr. Lavallo descubrir en sus paredes todavía; pues *Olavide y sus amigos*, en letra como de imprenta, sin fecha ni firma, no parece testimonio bastante de la admiración que Juan Jacobo debía de inspirar á un hombre que se hallaba en el período álgido de su fiebre encicopledista.

Tampoco aclara nuestro biógrafo el misterio de este largo viaje á Francia, siendo fácil sospechar que lo tuvo, y muy hondo y grave, toda vez que se hizo mal esposo y mal español, según él mismo confiesa en el *Evangelio en triunfo*, y que tampoco disminuyeron sus caudales á compás de su despilfarro, pues á su vuelta á Madrid vemos su casa montada á la francesa, bajo el mismo pie de fausto y esplendor. Empréndela ahora con el teatro y la literatura, adonde lleva sus ideas reformistas, traduciendo tragedias de Voltaire, que representan sus comensales en un teatro propio suyo, cuando no encarga á los poetas obras que ponen en música los mejores maestros españoles y extranjeros; y hácese, en fin, núcleo de una sociedad elegante y despreocupada, que pasa la vida en discusiones filosóficas «ó en gozar de placeres infames», frase feliz del *Evangelio en triunfo*. ¿Qué placeres eran estos? ¿Cómo se sostenía vida tan costosa? He aquí dónde la posteridad encuentra un misterio todavía. ¿Fué su casa templo de alguna asociación cuyos secretos fondos manejaba? El conde de Aranda, que ya entonces le protegía, ¿cuándo, cómo y dónde le había conocido? Acaso el diligente Sr. Lavallo está en mejor situación que nosotros para descubrir este enigma, pues

de América nos ha venido la aclaración de otros semejantes relacionados con las sociedades secretas. Recuérdese lo que dijimos en esta misma Revista, con ocasión de un folleto del general argentino Pueyrredon.

Muerto entretanto Fernando VI, y venido de Italia Carlos III, los italianos de su primer gabinete, Grimaldi y Esquilache, provocaban el motín á que dió nombre este último, y que produjo con su caída la elevación del conde de Aranda. Aquí empieza el período exclusivamente político del aventurero peruano. Por si la cuestión de subsistencias había sido una de las causas del motín, se creyó conveniente que el pueblo eligiera un *Personero* que fuese como un centinela económico cerca de las autoridades. Novedad peregrina y que ningún historiador nos revela. Y, sin embargo, en carta autógrafa de Olavide á su tío D. Domingo Antonio de Jáuregui, residente en Lima, carta que posee su actual biógrafo, se dan curiosos pormenores de esta elección popular. El duque de Frías tuvo 76 votos, y D. Pablo 72. Sin duda fué sufragio de segundo grado ó por compromisarios, á menos que en vez de los consumidores, como parece natural, se concediera el voto á los abastecedores de las plazuelas; y, aun así, 148 parece escaso número para el mercado madrileño. Excusóse el duque de Frías por sus achaques, y «el Rey (dice Olavide), á instancias del »*pueblo* y los *electores*, me mandó que aceptase». Triunfo extraño de la influencia francesa en los mismos momentos en que Carlos III la rechazaba más enérgicamente, creyendo obra suya el motín de Esquilache, mientras el gobierno de París, ó sea el duque de Choisseul, echaba el muerto á los jesuítas, que justamente habían apaciguado el tumulto á ruegos del mismo Rey. Aquí tiene el Sr. Lavalle, para la investigación que le hemos reco-

mendado más arriba, un hilo que, si no es el de Ariadna, le quitará todo temor de extraviarse en el Dédalo. El día del motín estaban los jesuítas en Palacio al lado del Rey, y una semana después resuelta su expulsión.

Esto ocurría en la primavera de 1767. En 25 de Junio de aquel año confiesa Olavide en otra carta á su mismo tío andar tan apoderado en la influencia y el gobierno, que Aranda, Campomanes y él eran llamados por el pueblo de Madrid *la trinca*, que por cierto se desbarató muy pronto, por haberle nombrado el rey Asistente de Sevilla, Superintendente de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, Intendente de los cuatro reinos de Andalucía, y Superintendente de todos los bienes de los jesuítas en Andalucía, Extremadura y la Mancha. Con razón escribe á su tío, ébrio de gozo: «Me hallo un personaje tan grande, que después del conde de Aranda y los ministros soy el mayor de España». En efecto: acababa de publicarse con toda solemnidad en once hojas de á folio la *Real cédula de S. M. y señores del Consejo, que contiene la instrucción y fuero de población que se debe observar en las que se formen de nuevo en la Sierra-Morena con naturales y extranjeros católicos*, firmada por Carlos III en 5 de Julio de 1767, y dirigida principalmente á D. Pablo de Olavide, caballero del Orden de Santiago, con todos los demás títulos que su carta familiar expresa. Igualmente expresa la cédula que la instrucción que la acompaña es obra de D. Pedro Rodríguez Campomanes.

El bávaro D. Gaspar Turrieghel había contratado con la corona, en Abril de aquel año, la introducción en nuestro país de 6,000 colonos católicos alemanes y flamencos, bajo condiciones que no son de este lugar ni desconocidas á nadie. Lo que sí por curioso debe ahora consignarse, aunque ya lo hizo Ferrer del Río, es que el

mismo 2 de Abril de 1767 decretó Carlos III, juntamente con el extrañamiento de unos cuatro mil Jesuítas españoles, la admisión de 6,000 colonos extranjeros. Si fué este plan fraguado en los conciliábulos.... filosóficos de París, tenían á la fortuna encadenada debajo de la mesa, porque necesitaron tomar por auxiliares á tres elementos tan raros é inverosímiles como la muerte, para la del buen rey Fernando VI, el pueblo de Madrid, para el motín de Esquilache y la docilidad de Carlos III, que pocos días antes se disputaba á testarudo con el conde de Aranda, y veía clara como la luz en el motín la mano de los franceses. Fortuna, estrella, casualidad ó malicia humana, eres hembra, y como hembra incomprensible.

Fácil es concebir que en los actos de Olavide en las colonias de Sierra-Morena se ocupe ligeramente su biógrafo peruano, por ser harto sabidos, consagrandó mayor atención á su tertulia de Sevilla, donde comenzaba á brillar un joven alcalde de la Cuadra, llamado Jovellanos. D. Cándido Nocedal, que publicó la vida de éste en 1865, no concuerda con las noticias que un su amigo comunica al Sr. Lavalle de haberse escrito entonces *El delincuente honrado* para el teatro que en su propia casa había hecho el Asistente, ni menos con el propósito de los tertuliantes, de hacer representar en el coliseo público las obras que agradaban en el casero. Coadyuvan á desmentir todas estas especies, no sólo el estado de la ciudad en aquella época, dominada por el misticismo, sino los furiosos anatemas fulminados contra Forner muchos años adelante en aquella plaga de folletos que le asestaron el *cura de Mairevilla la Taconera*, el *sacristán de Armencilla*, *Juan Perote*, y otros tales. Á mayor abundamiento, hasta las danzas que salían en la procesión del Corpus acababa de prohibirlas el mismo Carlos III.

Lo ocurrido en realidad fué lo siguiente, que hoy aclara con vivísima luz la *Continuación de los Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, que dejó inédita don Justino Matute y Gaviria, y fué publicada en 1887 en tres magníficos volúmenes por nuestro amigo el senador extremeño duque de T'Serclaes, tan benemérito de la bibliografía española. Desde las predicaciones del P. Ávila en el siglo xvi existía en la capital andaluza un partido enemigo del teatro que en más de una ocasión arrastró al Ayuntamiento á hacer voto de no consentirlo. El Consejo Real había desaprobado este proceder en 1679; pero aun así sólo se consentían marionetas y títeres. Las malas cosechas de los primeros años del siglo xviii, atribuidas desde el púlpito á la corrupción de costumbres, completaron el eclipse de Talía hasta que en 1766 un cambio de situación económica permitió á ciertos teatrillos provisionales representar óperas y zarzuelas, que Madrid había puesto de moda. Tanto agradaron, que en las mismas iglesias se introdujo la tal moda, aunque sin permitir el Ayuntamiento construcción de escenario público. Sólo hubo uno provisional en San Juan de Aznalfarache. Real orden de 7 de Julio del 67 llevó Olavide para forzar al hispalense concejo; pero la empresa era temeraria y tuvo que contentarse con hacer un teatrillo de madera en la calle de San Eloy, con puertas al dormitorio de San Pablo. Proyectaba otro magnífico, y aun llegó á publicar el reglamento; pero no pudo ejecutarlo por las mudanzas de su fortuna. Todavía en 1794 tuvo que imponerse el Consejo al ayuntamiento de Sevilla, y entonces se autorizó la apertura de un coliseo provisional en la calle de la Muela con la *Loa*, de Forner, y la comedia *El maestro de Alejandro*.

Conocidas son las acusaciones que se hacían á D. Pa-

:

blo, no sólo por su manejo administrativo en las obras de Sierra Morena, sino por el abandono en que tenía los asuntos religiosos, y aun por la mala semilla que entre los colonos sembraba personalmente con sus discursos.

Tampoco era ejemplar su conducta privada. El diligente escritor francés M. Morel Fatio, en la segunda serie de sus *Etudes sur l'Espagne* (1890), tejida con una curiosa correspondencia familiar entre el conde de Fernán Núñez y el príncipe Salm-Salm, que arroja vivísima luz sobre las costumbres y el estado social del siglo XVIII, censura, con razón, al biógrafo peruano Sr. Lavalle, por haber descuidado en sus investigaciones este punto interesante. «Aunque su mujer se había sacrificado por él, dice el ilustre profesor de la Escuela de Diplomática francesa, la trataba con el mayor desprecio, obligándola á vivir con cierta doña Gracia, que era su querida, cosa hasta entonces nunca vista en Madrid, gastando con ella los caudales de su pobre esposa abandonada.» Apresurémonos á decir que el Sr. Menéndez y Pelayo concede á Olavide una hija del mismo nombre, fundado en aquella oda sáfica de Jovellanos que lleva por título *Á la muerte de doña Engracia Olavide*.

Pudiera parecer sospechosa la noticia de M. Morel Fatio por la fuente alemana donde la ha bebido, si Fernán Núñez, testimonio tan desapasionado, como vulgar noticiero, al regresar un viaje á la Carolina en 1768, no escribiese á Salm-Salm en 1.º de Diciembre desde Córdoba: «No tengo otra cosa que decirte, sólo haber malparido la Gracia Olavide en la Parrilla, y quedar su marido bien malo de tabardillo, y aliviado Olavide que estuvo antes apretado.»

Ahora bien, el matrimonio de D. Pablo con la viuda Ríos se verificó en 1755, y doña Engracia no podía por

ende ser hija legítima del filósofo peruano. Todos los datos que contiene la composición de Jovellanos dan á este hecho color de certidumbre casi absoluta.

Va, en primer lugar, dirigida al capitán D. José de Alava, marido de doña Engracia, coincidiendo con la carta de Fernán Núñez, que nos la pinta casada, para lo cual había de tener lo menos quince años, si otros datos de la misma oda no le atribuyesen mayor edad todavía, como en efecto sucede. *Filis*, que así la llama, era mujer muy hecha, de notable instrucción, y dejaba un hijo (*Fabio*), circunstancia que implica dos partos por lo menos, aun suponiendo su muerte consecuencia del mismo aborto de que habla Fernán Núñez. Comienza el poeta pintando al suelo beaciense envuelto en luto por la pérdida de *Filis*

«De la más bella y adorable ninfa»,

consumada cantadora, por lo visto, puesto que poblaban los amenos carolíneos valles

«Sus peregrinos melodiosos ecos
Dulcisonantes.»

Había asistido con Olavide á la inauguración de los trabajos de las colonias, porque pregunta Jovellanos á su viudo :

«Di, ¿no te acuerdas cuando señalaba
Su blanca mano con devotos signos
Sobre la arena del futuro pueblo
Todo el recinto?

¿Cuando miraba del cimiento humilde
Salir erguido el majestuoso templo,
El ancho foro, y del facundo Elpino
La insigne casa;

Cuando al anciano documentos graves
Daba, y al joven prevenciones blandas,
Y á las matronas y á las pastorcillas
Tantos ejemplos?»

Elpino es indudablemente Olavide, pues otra estrofa concluye así :

«Cuando ayudaba en la civil faena
Al sabio Elpino?»

Podría, en fin, ponerse en duda la existencia del niño llamado Fabio, por los términos mismos de la estrofa siguiente, que casi nos lo pinta hombre, si se justificara que doña Engracia Olavide tenía algún hermano ó deudo muy próximo y querido :

«Huye, y contigo del letal recinto
Súbito arranca al dolorido Fabio,
Que aun la sombra y las cenizas frías
De Fili adora.»

Hace mucha fuerza al espíritu desapasionado el considerar que varón tan probo y grave como el Alcalde del crimen de la Audiencia de Sevilla, votado ya entonces por la fama á tan altos destinos, por mucha amistad que al Asistente profesara, cerrase los ojos á la bastarda condición de aquella mujer, hasta el extremo de apellidar funesto el clima

«Que á la divina, á la inocente Filis
Causó la muerte»,

y considerar sus cenizas afrenta de aquel suelo ingrato de las colonias, sobre el cual lanza todo linaje de imprecaciones :

«Otra vez sea hórrido desierto
De incultas fieras solamente hollado,
Donde de Filis vague solamente
La flébil sombra.»

Pero, por desgracia, aunque se amengüe la alta respetabilidad del autor de *Pan y toros*, hay que inclinarse á lo peor mientras no aparezcan datos que presenten á doña Engracia como hija bastarda de Olavide, que sería lo

menos malo. Recuérdese su propia confesión en *El Evangelio en triunfo*, y volvamos á sus trabajos de Sierra-Morena.

Enemistado con los contratistas que eran ya dos, el bávaro Thurrieghel y un suizo llamado Yauch, que quizá, para disculpar sus propias faltas, revelaban las del director y la empresa, contando con el apoyo de sus naciones respectivas que veían con malos ojos aquella expatriación de sus naturales, no siendo el director ni muy cauto en sus acciones ni muy temperante en sus palabras, y en cambio el negocio tan sumamente delicado que podía abrumar al hombre de más peso, compréndese que excitara todo linaje de pasiones, así malas como buenas, y que se hiciera Olavide blanco de todos los odios políticos y personales que sus amigos inspiraban. Resumiendo los datos de multitud de historiadores y biógrafos, sintetiza el Sr. Lavalle la estupenda labor de D. Pablo del modo siguiente :

«En el espacio de menos de ocho años, de 1767 á 1775,
 » que estuvo al frente de las colonias, desmontó terrenos
 » y desecó pantanos en una larga extensión de territorio
 » que , inhabitable antes, fué después un emporio de riqueza :
 » abrió un ancho camino carretero de un lado á otro de la montaña ,
 » y mil pequeños caminos entre las asperezas de la sierra :
 » hizo florecer la agricultura y la fabricación de paños,
 » sedería y relojes, para lo que llevó dibujantes,
 » tejedores y artífices de Holanda, de Lyon y de Suiza :
 » fundó, como por vía de encantamiento, la ciudad de *Carolina*,
 » que, según Becattini, podía competir en aseó y simetría con la más bella de Holanda :
 » estableció postas y cómodos albergues (*mesones*) en el territorio de las colonias,
 » que algunos fueron abandonados cuando él cayó, como si sobre ellos hubiese también

» pesado el anatema que pesó sobre su fundador : en suma,
» convirtió en rico, próspero, civilizado y poblado con
» más de diez mil familias, un país antes yermo é insalu-
» bre, asilo de fieras y bandidos y terror de los viajeros.»

Los fondos de que dispuso, no menos considerables, pues consistían en las rentas provinciales y las salinas de Jaén, la renta de tabacos de Jaén y Granada y las temporalidades de los Jesuítas, en manos de un hombre espléndido, y á la verdad poco escrupuloso, también podían convertirse fácilmente en arma de dos filos manejada por la murmuración, incontrastable, omnipotente. Agréguese á esto alguna puerilidad de Olavide de las que menos los hombres perdonan cuando excitan su envidia de una parte, y descubren de otra el flaco del enemigo, como pretender que Santa Elena trocase su nombre por el de Aranda del Presidente, Guarromán por Muzquía (en honor al ministro de Hacienda, Muzquiz), Carbonero por Campomanes, y se formará una idea de la anchísima brecha que ofreció á sus émulos para atacar su reputación y destruir su poderío.

Ni tan pomposas adulaciones, ni la decidida protección de Campomanes, bastaron á impedir que el Consejo de Castilla nombrara un visitador para las colonias de Sierra-Morena, lo que equivalía á abrir el expediente administrativo que en nuestros tiempos exige el buen régimen para aquilatar si los actos de un funcionario merecen ser sometidos á los tribunales de justicia. Así lo comprendió Olavide, y algo de contraproducente hubo de hallarse entre sus repetidos memoriales al ministro de Hacienda, cuando á par que en reales órdenes se le tranquilizaba, se triplicaron los inspectores, previniéndoles que examinaran las colonias privadamente sin saber el uno del otro. Siendo uno de ellos el obispo de Jaén, se daba

al negocio el peor de los giros posibles, pues en el terreno religioso y filosófico, D. Pablo no tenía defensa en puridad. Así fué que en vano se pusieron puntales á su prestigio, ratificándole el nombramiento y aun dándole gracias de real orden, y en vano él mismo propuso traer Capuchinos alemanes á las parroquias de Sierra-Morena con mayor congrua que la de los escasos curas españoles que había; estos frailes fueron á la postre su perdición, pues «con la ligereza natural del carácter limeño, de que era » en todo un tipo » según su biógrafo, introdujo en su intimidad al vicario D. Romualdo, suizo de Friburgo, que descompuesto muy pronto con él, acabó por denunciarle á la Inquisición, única cosa que no habían osado sus innumerables enemigos de otra ropa.

Conocidos son los trámites del proceso, los trabajos del P. Eleta, confesor de Carlos III, á quien pusieron de su parte los conjurados contra Olavide, y las debilidades filosóficas que éste demostró, haciendo protestas de religiosidad justamente donde perdía su causa con ellas, pues el ministro Roda, según los peregrinos documentos que el Sr. Menéndez y Pelayo ha publicado en el tomo III de la *Historia de los heterodoxos*, era el mejor servidor que en España tenía aquella secta que con Voltaire por jefe se propuso *aplantar á la infame* (la Iglesia católica). Sucesos posteriores demostraron que Olavide fué quizá en esta ocasión sincero, y sus errores en todas más hijos de la cabeza que del corazón, cosa frecuente; pero no cabe dudar tampoco que desconoció el medio que le rodeaba, y que, descontentando á los sectarios, no acertó á convencer, ni siquiera á ganarse las simpatías de los hombres religiosos. Espectáculo también harto frecuente, y que con su repetición atestigua la ceguedad que el error pone en los espíritus más perspicaces. Un gran rebelde halla

siempre disculpa á los ojos de la filosofía, mientras un disidente meticoloso le inspira desprecio. El filósofo que no se sienta con bríos para fundar escuela, váyase por los caminos trillados, pues sin romper los antiguos moldes, ni á los sabios ni á la sociedad misma es posible darles gusto. La comezón de innovaciones que de suyo engendra la filosofía, disputa eterna de los hombres á que Dios entregó el mundo, es el mayor peligro de esa ciencia inmensa, nunca sondeada con profundidad por el entendimiento sin padecer vacilaciones, cuando no caídas mortales. Ni un gran teólogo ni menos un gran literato fué Lutero, y su audacia y su tenacidad le han hecho grande hombre.

«Yo sería el primero que lo detestara, si se me hiciera »conocer el error», escribía Olavide al ministro Roda *ex abundantia cordis*, según los sucesos demostraron; pero demostrando también á los filósofos el erróneo concepto en que habían tenido al peruano, antes aventurero que reformista, y más especulador que especulativo. Por eso el desenlace de aquel drama á nadie puede sorprender. Tibiamente defendido por sus amigos, la Inquisición le castigó con toda la dureza que ya le era posible usar, teniéndole en sus calabozos desde el día 14 de Noviembre de 1776 hasta el 24 de Noviembre de 1778, que se celebró el famoso *autillo* para leerle la sentencia, adonde salió con el cabello suelto, la famosa vela verde en la mano, sin sambenito ni soga al cuello por respeto á su dignidad de caballero de Santiago. Allí dió señales inequívocas de resignación y arrepentimiento, según el embajador francés, M. Bourgoing, que en su conocido *Tableau de l'Espagne moderne*, escribió un juicio bastante imparcial de estos sucesos, añadiendo que «los ciudadanos de principios »austeros hallaron justo el castigo de *las imprudencias*

» *de Olavide* ». Lo que no se comprende bien es que detrás de textos tan autorizados como éste, siga dando crédito el Sr. Lavalle al vulgo de los escritores, que presenta á D. Pablo como una víctima expiatoria elegida por la Inquisición para amedrentar á los filósofos. El testimonio del príncipe de la Paz, sospechoso en todos los casos, entraña claramente la mejor prueba de que Olavide fué abandonado por sus amigos, pues siendo cómplices suyos en filosofismo Carlos III, Floridablanca, el conde de Aranda, el de Campomanes, O'Reylli, Ricardos, Roda, Ricla, es decir, lo más granado y poderoso de aquel tiempo, según observa justamente el autor de las *Memoorias* que publicó D. Manuel Godoy, ¿cómo la Inquisición, ya tribunal meramente político y completamente degenerado, pudo obtener el apoyo del brazo secular, que obtuvo y blandió sin contemplaciones? ¿Quién sabe? Para ciertos secretos, un siglo de historia es á las veces bien poco. Llegará verosímilmente á ver la luz algún día la sentencia con que otros tribunales más implacables aún y misteriosos debieron de adelantarse á la Inquisición, castigando en Olavide imprudencias de otro género, que las que da á entender el embajador Bourgoing.

¡Tremenda situación psicológica la del recluso en el Colegio de misioneros de Sahagún! *El Evangelio en triunfo* la pinta con matices tan delicados y sinceros, que aquellas páginas hermosas justifican la tesis que acabamos de sostener. El enemigo de los frailes se place en amontonar pruebas de la injusticia de su odio, y da evidentes señales de que ya quedaban en su corazón pocas heces del sofista. Lucha, sin embargo, todavía; rechaza los consuelos que se le prodigan con verdadera fraternidad cristiana; pero habla siempre con ternura y elocuencia del buen eclesiástico á quien tocó por casualidad en

suerte su curación física y moral. También el Sr. Lavalle explica los trances de esta lucha interior con palabras muy hermosas. La delicada salud de D. Pablo y la tolerancia de las autoridades complicaron de un modo fatal aquella situación psicológica. No restableciéndose bien en los Capuchinos de Murcia, se le autorizó á tomar los baños de Busot en Valencia, y después los de Caldas en Cataluña, sin más garantía que su palabra de honor, la cual quebrantó al fin en el otoño de 1780, no sin suponer una licencia que el Inquisidor general había estado muy lejos de concederle. Salto atrás del hombre nuevo á las mañas del hombre viejo. Volvieron los filósofos en París, antes que á rodearle y enaltecerle, á servirse de «aquél » mártir de la intolerancia», para colmar de injurias á España y al gobierno español. Hasta en la Academia francesa recitó Marmontel versos en honor suyo el día que Ducis ocupaba el sillón vacante por la muerte de Voltaire. Pero hay afortunadamente motivos para pensar que Olavide no era ya el mismo, aunque la Inquisición le reclamaba y Carlos III hacía grandes esfuerzos diplomáticos para conseguir su extradición. Viera y Clavijo, que le vió en París en 1781, cuenta que vivía muy retraído de la sociedad, en las interesantes *Cartas* póstumas que cita el Sr. Morel Fatio, y que no son indignas por cierto del diligente historiador de Canarias. Tras esta persecución que le obligó á refugiarse en Tolosa, y más tarde en Ginebra, llegaron al fin para Olavide días de tranquilidad, consiguiendo, juntamente con el permiso para residir en Francia, la devolución de sus bienes confiscados. En el tomo VI de sus *Souvenirs* atribuye esta buena obra la marquesa de Créquy á la influencia del cardenal de Brienne, dato que robustece la sospecha de ser ya el emigrado menos sospechoso á la Iglesia, pues otro obispo,

el de Rhodéz, Mons. Colbert, le había dado antes análoga prueba de protección, facilitando su fuga de Tolosa el mismo día que iba á prenderle el Santo Oficio.

Los relámpagos precursores de la Revolución acabaron de iluminar también el alma de Olavide, como habían iluminado la de Alfieri y tantos hombres eminentes de aquel tiempo, que de buena fe habían creído posible lanzar á la sociedad por nuevos derroteros filosóficos, sin mengua de sus dogmas tradicionales. Al ver que la libertad que tanto amaban se convertía en las furias dominadoras de París, y que Marat y Pelletier destronaban en las iglesias á San Pedro y á San Pablo, según dice el *Evangelio en triunfo* con frase naturalista, hicieron lo que el náufrago, que, por salvar su existencia, arroja al mar sus caudales y sus joyas. Para apreciar mejor en el sacrificio de Olavide lo grande, y en el arrepentimiento lo sincero, tómese en cuenta que la Convención le había decretado un triunfo, dedicándole en ridícula fiesta pagana una corona cívica, y declarándole hijo adoptivo de la República francesa. Acaso aquella grotesca ceremonia fué la última aldabada con que Dios llamó á su corazón. En las *Mémoires ecclesiastiques du XVIII^{me} siècle* ha hallado su biógrafo peruano la agradable noticia de que D. Pablo por aquel tiempo no se contentaba ya con vivir solitario, sino que ejercía una piedad ilustrada, y acusaba públicamente á los filósofos de los horrores de la Revolución. De aquí á la guillotina sólo había un paso, y en efecto, el 16 de Abril de 1794 por la noche fué sacado de su retiro de Meung-sur-Loire á esperar en la cárcel del Departamento el castigo que daba el Terror á todas las virtudes, sus naturales adversarios. Afortunadamente para él, también estaba Abril cerca de Julio, mes famoso llamado entonces Thermidor, en cuyo día 9

aquella orgía de insensatos los ahogó en su propia sangre. Plugo á la Providencia que no quedase incompleto el *Evangelio en triunfo*, principal trabajo que á la sazón le ocupaba, y que concluyó bajo amistoso techo en Chaverny, cerca de Blois. Publicada esta obra por primera vez en Valencia en 1797, aunque se le dió desde luego mucha importancia filosófica y literaria, parécenos que no se ha estudiado bien el alto puesto que le corresponde como iniciadora de la reacción espiritualista y cristiana que en las letras y en la sociedad europea habían de impulsar más tarde con tanta gallardía los de Maistre, los Chateaubriand, los Nicolás, los Balmes y los Donosos. Combatir á la Revolución en pleno Directorio, que todavía se proclamaba con orgullo su hijo legítimo, fué empresa más valiente que combatirla bajo el Consulado ó bajo el Imperio, que vivían y medraban á costa de los excesos revolucionarios, pues si parece fácil hasta cierto punto poner diques al desaguado torrente, sujetarlo cuando corre desbordado con su mayor furia, es empresa que al ingeniero acredita de atrevido y valeroso.

Vamos á concluir. Como siempre acontece en la vida pública, el resto de la de Olavide corrió ya menos brillante y aparatosa desde que pudo pasarla tranquilo y satisfecho. La amistad de Urquijo, que había cultivado en Francia, le ganó la del príncipe de la Paz, á la sazón omnipotente en la desdichada corte de Carlos IV, y con ella los medios de vencer la resistencia de la Inquisición á su indulto, por considerarlo reo prófugo de sus cárceles. No fué poca parte la opinión pública movida por los literatos en facilitar su vuelta á España; pues *El Evangelio en triunfo*, según Bourgoing, había producido entre nosotros «más entusiasmo que indignación habían causado las anteriores aventuras del autor». Un año después

de la publicación de la obra, ó sea en Setiembre de 1798, fué ya autorizado para volver á Madrid y besar la mano al Rey, de quien obtuvo la decorosa pensión de 90,000 reales. Con ellos vivió cinco años en Baeza, dedicado exclusivamente á obras benéficas y literarias, no tan importantes como el *Evangelio*, en verdad, pero acaso más demostrativas de la sinceridad de su arrepentimiento. Sus mismos nombres lo indican: *El Salterio español con los cánticos de Moisés y algunas oraciones de la Iglesia*, y *Poemas cristianos sobre el fin del hombre*. Ambos libros, como se ve, están en verso, por haber caído en su ancianidad en aquella flaqueza que Cervantes, con mucha menos razón, se echaba en cara:

Me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo,

y antes que acrecer amenguan la reputación de D. Pablo Olavide, tejido de flaquezas que encierra muy provechosas lecciones. Á vivir algunos años más, ni aun afrancesado hubiera sido probablemente el hombre que tan bien ayudó á los franceses en su obra demoledora.

V. BARRANTES.

LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

SEGÚN UN RECIENTE LIBRO RUSO (1).

I

I. Preliminares. — II. Costumbres y caracteres del país.
— III. El teatro moderno.

ENTRE las muchas obras escritas por extranjeros sobre asuntos de España, conozco muy pocas que hayan comprendido del país otra cosa que el espíritu exterior, porque quizá ninguna nación europea está en la actualidad tan íntimamente unida con su pasado como la española, y justamente este pasado de España está cubierto por un velo espeso de preocupaciones de toda clase. Parece que á sabiendas se ha abandonado por completo el estudio de la historia; y la página más brillante, la época hispano-árabe, apenas es conocida por algunos datos y fechas sin verdadera importancia, mientras que esta hermosísima civilización morisca tiene hoy aún en las costumbres y el carácter de los españoles huellas tan profundas, que han llegado á ser lo verdaderamente característico y distintivo del país. El sello del

(1) Este artículo, y el que acerca del mismo asunto publicaremos en el próximo número, han sido escritos por el Sr. Bark en lengua castellana.

espíritu soñador del árabe adorando á su Dios en la sublime soledad del desierto, está grabado en las manifestaciones intelectuales y artísticas de la España de hoy. La austera figura de Salmerón recuerda aquellos grandes profetas del monoteísmo severo que acabaron la obra de Mahoma ; la riqueza fantástica de la elocuencia de Castelar nos recuerda al Oriente, y la dulce canción que se desprende de los labios de los enamorados es un eco fiel de aquellos cantares que sonaron en la Bética feliz de los Almohades. España se acuerda de aquella felicidad y poesía como nosotros nos acordamos siempre de nuestro primer amor, aunque hayamos olvidado todo lo demás de aquellos dichosos tiempos de la juventud.

Para los historiadores españoles de hoy no existe aquel glorioso y poético pasado, y sólo viviendo muchos años en el país es posible reconstruirlo poco á poco, y le ocurre entonces á uno que las ruinas reciben animación, las calles y las plazas se llenan de una muchedumbre alegre y festiva, y el pasado se transforma en presente. Sin embargo, la adivinación del vate percibe pronto esta raíz de la España contemporánea, y así se explica que poetas como Washington Irving y otros hayan comprendido admirablemente este país, de tal modo, que la mejor recomendación que podemos hacer de la obra rusa recientemente publicada sobre España consista en asegurar que su autor es también poeta notable—poeta en prosa, en el género que mejor se presta para profundizar los sentimientos y presentar grandes y complicados cuadros sociales, la novela. D. Isaac Paulovsky, que como publicista firma con el pseudónimo Jacowler, ha recogido con adivinación poética los rasgos característicos del país á pesar de haberlo estudiado sólo durante dos años, y es verdaderamente curioso ver la impresión

que España le ha producido. ¿Quién no tendría interés en ver su retrato físico y moral hecho por un retratista de oficio? Y Paulovsky lo es de oficio y ha estudiado las principales naciones de Europa para desarrollar su talento extraordinario de observación.

* * *

Los pueblos de la vieja Europa buscan nuevos ideales, y la olvidada España ha llegado á ser en los últimos años el campo de exploración de alemanes y rusos, para encontrar en el pueblo latino más viril el sentimiento del arte propio á los latinos. Á los últimos les atrae en España al mismo tiempo el carácter realista de su arte. Hablando de la pintura española, exclama Paulovski: « Cosa extraña: los españoles han realizado el ideal de los artistas rusos. El arte ruso es ante todo realista, inspirado por la vida. Como en la literatura Pushkin, Gogol, Turguenef, Tolstoy y Goncharof, así son nuestros pintores Ivanof, Peref y la pléyade de los jóvenes contemporáneos, con su jefe Verechaguin, todos realistas. Por eso la escuela que más puntos de contacto tiene con el carácter ruso, es la flamenca; pero los españoles les superan aún. Estudiando á los españoles Greco, Pantoja, Ribera, y principalmente Velázquez y Murillo, nuestros artistas aprendieron lo mejor, la realidad, el modo de reproducir la verdad en el arte (1) ». La admiración por la

(1) El libro de Paulovsky se compone, como la célebre obra de Henrique Taine sobre Italia, de numerosos capítulos escritos durante el viaje, y las observaciones de carácter general están de este modo repartidas por toda la obra. El objeto de estos artículos es reunir metódicamente los párrafos más significativos, para que el lector reciba una síntesis general, ya que le es imposible leer el voluminoso libro, que forma tres tomos de tamaño ordinario de más de 300 páginas.

pintura española sirve de pretexto al autor para reprochar á la nación su excesivo amor propio, tan criticado por los extranjeros, aunque indispensable para que no pierda la fe en su glorioso porvenir, que justamente los extranjeros reconocen y preconizan á despecho de los pesimismo demasiado frecuentes entre la generación actual.

«Todos los pueblos del mundo, y hasta los chinos mismos, se creen mejores que los otros, y los españoles son en este concepto del todo incorregibles», afirma el ruso, «pues se tienen por el pueblo más fuerte, civilizado y de más talento. Un crítico musical me aseguraba seriamente que todos los motivos de las canciones y óperas italianas estaban tomados de los españoles. ¡Feliz quien tiene fe!.... Sea de ello lo que fuere, todas las clases en España poseen realmente un sentimiento artístico extraordinario. Para convencerse de esto hay que ir al Museo del Prado algún domingo. La muchedumbre que llena los salones sabe elegir justamente las obras celebradas, contemplándolas con religiosa atención. Asistí á una escena curiosísima: ante la Concepción de Murillo estaba un joven soldado; todo su aspecto demostraba atención concentrada, y cuando volví, después de haber recorrido toda la extensa sala, hallé al sencillo hombre del pueblo parado aún ante la obra. Me senté para observarlo, y, en efecto, después de un gran rato, el joven quitóse el kepis y se persignó inclinándose profundamente. Por lo visto, había tomado *en serio* esta Santa Virgen; la ilusión producida en él por el arte era completa. Me diréis que esto sólo demuestra el poderosísimo talento de Murillo: bien; mas para que cualquier aldeano que visita el Museo sepa elegir entre 2,500 cuadros el mejor, es preciso que un pueblo tenga mucha atención y gran amor al arte.»

:

Respecto á la pintura contemporánea, tiene de ella el autor concepto muy favorable; la compara con la francesa y la pone más alta, hablando detalladamente sobre varios cuadros de la Exposición de 1884, «Los amantes de Teruel» y «El Spoliarium» en particular, defendiendo á la vez el paisaje español que, según él, tiene el encanto de lo que los alemanes llaman *Stimmung*, ó sea la poesía en la naturaleza, cosa que falta en el paisaje de los franceses. «Una comparación rápida entre los pintores españoles y franceses demuestra en seguida el abismo que hay entre ambas artes. Los franceses han sido y son aún artistas de decoración; la forma es para ellos todo....; todo su arte queda reducido á la parte técnica. Del medio han hecho el fin, y el arte sufre con ello. Ni la crítica, ni el público exigen otra cosa sino la forma hermosa, y no les importa el contenido.... Todas las composiciones francesas son falsas y teatrales del principio al fin; sólo son buenos los detalles y la ejecución, y esto precisamente aprecia ante todo la crítica y el público. *Que c'est joli! Que c'est bien fait!*.... Al contrario, los pintores españoles, á pesar de que los españoles gustan de ver los monos de los franceses, siguen fieles á su escuela pictórica. Aunque no lo consigan siempre, al menos hacen esfuerzos para que la forma sirva de expresión á la idea como el vestido para dar realce al cuerpo de una mujer hermosa. Los resultados de esta tendencia son muy favorables, los cuadros son sinceros; pintados con pasión, producen un efecto sólido y demuestran que tienen un fin y una idea dominantes.»

Sin entrar en el arduo problema de resolver si España tiene costumbres más democráticas que los demás países, reconozco con el Sr. Paulovsky que en ninguna parte hay tan poca diferencia entre las varias clases de

la sociedad. En ningún país pudiera ocurrir lo que me contaba un ex presidente del Consejo de ministros, cuyo sastre le dijo con toda ingenuidad: «¡Don.... estáis haciendo muy mal vuestro papel!» Figuraos el respeto mudo que en Francia tiene un sastre ante una excelencia semejante y la superioridad de semi-dios que ésta mostraría al sastre, aunque éste hubiera sido su buen amigo en los días de oscuridad. Así le encanta el cuadro animado de nuestros hermosos paseos, y nuestro autor exclama: «Una fila sin interrupción de carruajes aristocráticos llena el centro de la Castellana, y elegantes jinetes sobre nobles caballos andaluces se mezclan con los aristocráticos carruajes. En Madrid se pasean el pueblo y la gente elegante en la misma espléndida alameda: Cánovas del Castillo con el cigarro entre los labios junto á Castelar, y al lado suyo una muchedumbre de aldeanos con los originales trajes de Castilla, escuchando atentamente el canto de un ciego que con voz ronca, y acompañándose en la guitarra, cuenta romances históricos llenos de color y poesía. Todo esto es muy hermoso y original».

Si Madrid, centro oficial relativamente frío y ceremonioso supo cautivar al extranjero, Sevilla, Cádiz, Málaga y Granada le entusiasman. «En Sevilla todo recuerda el amor y las aventuras amorosas. Esta es la patria de D. Juan Tenorio, el cual no fué una figura poética y de mera fantasía, sino hijo de una familia que aún hoy conserva los documentos donde se demuestra que el célebre enamorado era caballero de la corte de Isabel la Católica.» Paulovsky sabe que este capítulo interesa mucho en Rusia, y le dedica largo espacio, acabándolo con unas consideraciones muy atinadas, y por cierto entusiastas, del celeberrimo «Conservatorio de cante y baile flamenco», el café Silverio de Sevilla.

Das ewig Weibliche ziehit uns hinan, y, en efecto, les canta á sus compatriotas una de aquellas coplas que, entonadas con *estilo*, no se olvidan nunca, y de las cuales se acordaba dolorosamente aquel caballero de Bohemia que Jorge Sand pintaba tan magistralmente en la novela *Consuelo*:

«Los ojos de mi morena
 Son lo mismo que mis males:
 Negros como mis fatigas,
 Grandes como mis pesares.
 Anoche soñaba yo
 Que dos negros me mataban;
 Y eran tus hermosos ojos
 Que enojados me miraban.»

Casi me extraña que el hijo del Norte haya sabido escapar al encanto de aquel incomparable país, porque numerosísimos son los bárbaros septentrionales que quedan cautivos para siempre, como les ocurrió á los godos y normandos de la Edad Media. Sin embargo, cuando le vi en París, lo primero que hicimos fué meternos en un café y hablar larga y casi amorosamente de aquella hermosa tierra, y por el acento de la voz reconocí el cariño íntimo que consagra á España y á la nación española.

* * *

Respecto al teatro, les ocurre á los españoles como á aquel marido que se enamoraba de las mujeres más feas, teniendo en su casa una mujer más guapa que todas las de la calle. No digo nada de los siglos pasados, donde los franceses recibieron todo su arte dramático de España; hay que observar el efecto que aún hoy producen las

obras maestras españolas en las escenas de París, Berlín, Viena ó Petersburgo, y al mismo tiempo es preciso considerar el arte dramático en su relación con la vida social y política de una nación para comprender el valor del teatro español. Mientras en Alemania están fundando sociedades para crear teatros populares donde el pueblo encuentra noble distracción y solaz después del trabajo rudo del día, en España ya tenemos el teatro como institución verdaderamente popular, y sólo se trata de facilitar quizá la gran obra de la educación artística del pueblo, abriendo, por parte del Estado ó de los municipios, teatros más espaciosos para que todo el mundo pueda caber en estos templos modernos, imitando á la antigua Grecia, que tan bien comprendió la misión docente del arte escénico.

«Los once teatros y tres circos de Madrid, escribe Paulovsky, están llenos todas las noches. Los empresarios madrileños hacen siempre buenos negocios. En París, al contrario, es regla conocida que una empresa teatral se hunda á los dos ó tres años lo más tarde. Hasta los teatros como la «Grande Opera», «Comédie Française» y «Opera Comique» no pueden existir sin subvención oficial.» Aquí todas las empresas pagan al Gobierno, y á pesar de esto se ponen ricas. Y, sin embargo, los gastos de los teatros son aquí los mismos que en París.» Con razón aplaude el autor la costumbre, especialmente española, de dividir la noche en varias partes, haciendo posible de este modo que las personas ocupadas por las faenas de la casa ó de los negocios puedan pasar una hora en el teatro, uso que merece ser imitado por los teatros de todo el mundo. Y no se diga que por esto sufre el arte dramático, porque la mayoría de los aficionados al teatro busca distracción agradable, y no

tiene bastante energía intelectual para seguir con atención un drama de Schiller ó Shakespeare, cuyos cinco actos absorben toda una noche, y exigen por parte de los espectadores mucha atención. Que estas piezas se queden para los pocos que no tienen que pasar el día trabajando; el teatro por excelencia para las democracias modernas, donde todo el mundo trabaja, debe ser, ante todo, lugar de distracción para inspirar á las masas las nobles armonías del arte, y explicarles el mundo bajo el concepto artístico que encierra en sí la filosofía de la vida más sublime.

Llevar el arte á la vida pesada y ordinaria es una de las grandes misiones del teatro, y las piecitas tan injustamente criticadas por los admiradores de todo lo exótico llenan maravillosamente esta misión. Paulovsky habla con entusiasmo de aquellas piecitas de nuestros teatros populares, donde las alusiones políticas de actualidad aumentan el interés del asunto, y donde reina un talento cómico incomparable por lo natural y.... por lo decente, comparándolo con análogas producciones teatrales de otros países. En el teatro es donde se manifiesta la libertad verdaderamente democrática de las costumbres españolas. En ningún país del mundo—excepto en la antigua Grecia—se consentiría que las primeras autoridades se encuentren ridiculizadas en la escena, como sucede diariamente en España: todos hemos visto al Sr. Sagasta reirse en el palco, de su *alter ego* escénico, y Cánovas no se disgusta cuando en escena exclaman: ¡Cánovas!

Entre los autores dramáticos contemporáneos, admira nuestro autor, ante todo, á Echegaray, Tamayo y Ayala. «Tanto Tamayo como Echegaray, dice, tienen un defecto: son románticos. Tamayo tiene, sobre los

demás autores españoles, la ventaja de ser, además de fino conocedor de los efectos escénicos como sus compañeros, observador de mucha penetración de la vida real, cualidad muy rara en los escritores españoles. Los héroes de Ayala son siempre caracteres cortados de una pieza, llenos de vida, y las situaciones en que Ayala les coloca suelen ser, aunque efectistas, siempre naturales y bien preparadas. Su lenguaje es fácil y gracioso, y hasta sus obras menos perfectas satisfacen al espectador....» «Muy interesante es la manera cómo los actores representan las obras del teatro español, y al observar la manera exagerada y el carácter teatral de los españoles en la vida ordinaria, se extraña uno del arte inteligente y fino de los actores. No hay ni la menor afectación tan común á los mejores actores franceses; todo es sencillo, natural y extraordinariamente bello. La obra es en verso, como casi todas las españolas, pero no se siente monotonía alguna, y sólo se percibe por lo agradable que suena al oído. Para ver á los actores del Teatro Español en toda su fuerza, hay que ir cuando se da *La Esposa del Vengador*, de Echegaray. Este Echegaray es una personalidad bastante curiosa. Ingeniero y matemático de profesión, ha conseguido invenciones, construido ferrocarriles y hasta ha sido ministro de Hacienda bajo la República. Bajo la Restauración, teniendo ya cincuenta años, se puso á escribir dramas, y lo hizo con tanto éxito, que tuvo que dedicarse por completo al teatro. Ahora Echegaray ha inundado literalmente la escena española con sus obras, entre las cuales son las más interesantes *El Gran Galeoto* y *La Esposa del Vengador*.»

El autor ruso acaba su curioso estudio sobre el teatro español, llevando á sus lectores boreales al teatro madri-

leño «Variedades», y les explica lo que es «el célebre canto flamenco», cuya fama se ha extendido hasta Moscou, hasta San Francisco, y afirma que el conocido compositor y ejecutante Rubinstein estuvo entusiasmado de esta música popular, anotando las palabras y el ritmo, y no tardaremos mucho en oír en la Gran Ópera Nacional de San Petersburgo cantar la incomparable estrofa que vale más que lo mejor de Goëthe, Heine, Longfellow ó Musset :

«Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí :
El último de mi madre
Y el primero que te di».

ERNESTO BARK.

CONQUISTA DE GIBRALTAR

«La gran Casa de Guzmán
Tiene las llaves de uno y otro mar.»

ALFONSO DE CASTILLA 1466. (1)

GIBRALTAR, llamado por los árabes Gebel Tarik ó Monte de Tarik, de donde corrupto se llamó Gibraltarik, tomó su nombre del famoso capitán Tarik, que mandó Muza á explorar nuestras costas y se fortificó en él.

Más tarde (tres siglos después) quiso Abdulmumam mudarle el nombre en el de Gibel-alphatah ó Monte de la Victoria, de donde vino Gibel-tharag, monte de la puerta ó entrada á Gibralthar, Giblar-tar y Gibral-thar del verbo árabe thar, que significa partir ó separar, y así Gibraltar, monte partido ó cortado.

El nombre de Gibraltar se extiende al peligroso y famosísimo Estrecho que separa el África de España, al escueto peñón que se llamó primitivamente Monte de Saturno, conocido después por griegos y latinos con el nombre de Calpe, monte cóncavo, escarpado ó cavernoso y á la ciudad que se levanta á su falda.

(1) Lema concedido para sus armas al primer duque de Medinasidonia por el Rey aclamado en Ávila al deponer á Enrique IV.

No es del caso describir á Gibraltar Ciudad, ni á Gibraltar Estrecho ni Monte ; situación, clima, vecindario, castillo, baluartes, murallas ; nada de las antiguas ni modernas magnificencias de la ciudad inexpugnable precisa detallar. No los nombres ni medidas del Estrecho, ni su anchura progresiva, ni sus corrientes é irregularidades ; ni el istmo, ni la cumbre del monte ni sus cuevas y cisterna, no vamos á dirimir tampoco si las columnas de Briares ó de Baco, conocidas después con el famoso nombre de «Columnas de Hércules», eran las Gades ó islas Simplegadas, movibles y ambulantes, que, situadas en el Estrecho, á impulso de las olas y de la fuerza de los vientos chocaban entre sí. Basta consignar en este punto, tras múltiples y controvertidas opiniones, la más verosímil : que á Calpe y Ávila se refirieron las Columnas de Hércules con su famoso «Non plus ultra», como término y límite del mar conocido de los antiguos navegantes.

Luengos siglos fué mirado el peñón con punible indiferencia por los naturales del país. Fenicios, cartagineses, romanos ni godos le poblaron, y así como hay noticia cierta que se establecieron en los países vecinos, con fundamento sólido no puede asegurarse habitado el recinto del monte ; pues los historiadores más dignos de crédito niegan en absoluto que existiese Calpe ni Gibraltar antes de la venida de los moros.

Ben-Hazil (ilustre historiador granadino) afirma que Muza, general de Walid, gobernaba el África habitada en las inmediaciones del Estrecho por los años de 708, y bien que su belicoso espíritu le hiciera concebir el ambicioso designio de conquistar á España, bien que los hijos de Witiza ó el conde D. Julián, injuriado gravemente en su honra (como es general creencia), le invita- sen á la conquista de un país tan rico, abundante y deli-

cioso, no es menos cierto que Tarik, general subordinado de Muza, pasó el Estrecho y aportó á Algeciras el año 90 de la Egira, según Rajes (710) de Jesucristo, pasando seguidamente á Gibraltar, al que fortificó y dió su nombre.

Perdida por los godos la batalla de Guadalete, y arruinado su imperio en España, pudo fijarse definitivamente la población de Gibraltar, tanto con el desembarco de los numerosos ejércitos que, pasando del África, prosiguieron la conquista, cuanto con los colonos que de todos los dominios mahometanos vinieron á establecerse, adquiriendo entonces los montes los nombres de Transductiva Promontoria ó Promontorios del Pasaje.

Engrandecido Gibraltar por su situación, al par que famoso por las pugnas de los reyes moros que aspiraban á poseerle, pocos pueblos presentan una historia más accidentada, pues variando de dueño á proporción que los costas limítrofes mudaron de soberano, pasaba de unos á otros, con muertes casi siempre, estragos y desolaciones.

Seis siglos después, y en poder de los Reyes de Granada, llegaban al pie de sus muros las Haces cristianas, mandando el primer sitio de Gibraltar el capitán más insigne entonces, más aguerrido, más avisado y prudente de las armas de Castilla.

Érase aquel, que joven un día y llamado por sus malos hermanos (que en todas edades los hubo perversos y desconocidos), *hermano de Ganancia*, viéndose maltrecho y honrado entre los suyos y peor galardonado en su patria, desnaturalizándose del Reino, dejó lares ingratos y marchó á tierra extraña, por honra, por fama y por riquezas. Era el vencedor de los Rehalies y de los reyes africanos, Budebús y Almorzada; el conquistador de

Guadafú, Sojulmenza y el reino de Marruecos; el que recibió en Fez la carta y la Corona de su enemigo Alfonso el Sabio, y vino en su socorro, el egregio defensor de Tarifa, en cuyos muros adquirió loor eterno, y un renombre ante todo renombre; el que en el lecho de muerte de Sancho el Bravo recibió el encargo de defender la Andalucía contra las invasiones de Portugal y de Granada, y consiguió mantenerla obediente como su Adelantado mayor y capitán general, durante la minoridad de Fernando el Emplazado, y asegurar su quietud con la prudencia de su gobierno. El que tomó juramento é hizo jurar en Sevilla al infante tutor D. Enrique, que no daría, ni sería en consejo, de dar Tarifa á los moros; el patricio, por último, caballeroso, y honrado que de haber existido en el siglo xviii (perdido Gibraltar y la esperanza de recobrarle) antes que ostentar la mejilla desgarrada por el Leopardo Inglés llevando escrita en ella el «non plus ultra» de las injurias, hubiera gastado sus inmensos tesoros y su indomable esfuerzo en abrir otro Estrecho por tierra española que aislase el Calpino Peñón de sus costas y consumido el resto de sus días en incesantes oraciones al cielo para que lo borrara de los mares.

Años atrás, D. Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno (héroe á quien se encomendó la empresa), conocedor más que otro alguno de las cosas de África, y familiarizado con las costas y la peligrosa navegación del Estrecho, había sido el primero en apreciar su importancia y en denunciar el riesgo que corría el solio castellano y pueblos colindantes, mientras los moros españoles fuesen reforzados fácilmente por considerables masas africanas, cuyo constante pasaje dificultaba y hacía interminable la reconquista.

Adunábase al interés indicado el no menor en Guz-

mán de alejar sus feudos de inquietos y peligrosos enemigos; y aunque la prematura muerte de Sancho el Bravo limitó el plan que propusiera á sola la conquista de Tarifa (1), que facilitó con su dirección y consejos y un adelanto al Rey de cuarenta mil doblas para los gastos del sitio, amenazado Begel y sus almadrabas del Conil y Zahara, instó al rey D. Fernando y le impulsó á la conquista de Algeciras, cuyo cerco se comenzó el 27 de Julio de 1309. Mas los socorros que los sitiados recibían de Gibraltar, y las molestias y dilaciones que ocasionaban al ejército sitiador, decidieron poco después la salida para aquella plaza de D. Alonso Pérez de Guzmán, acompañado de su hijo D. Juan Alonso de Guzmán (el Batallador) (2), de sus yernos D. Luis de la Cerda ó de

(1) Tomóse á Tarifa por consejo y medios facilitados por don Alonso Pérez de Guzmán (Barrantes, cap. XXI, parte II), día de los Dolores Gloriosos (San Mateo) á 21 de Septiembre de 1292, después de un trabajoso asedio que duró dos meses y medio; tocáronse luego grandes dificultades y costos para conservarla, y patrióticamente ofrecióse la Orden de Calatrava, por medio de su Gran Maestre D. Rodrigo Ordóñez, á defenderla por un año, que terminó en 1293. Pensóse y casi decidióse abandonarla por la penuria del erario y divisiones intestinas del reino; y entonces D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, sólo por puro patriotismo y como puesto de honor y de peligro, se ofreció á defenderla por otro año y á subvenir á los crecidos gastos que ocasionaba su conservación; pues la simple Alcaldía de una plaza era ajena á las dignidades de Adelantado mayor de Andalucía (gobernador y capitán general) y á la de Rico Home (grande de España), que poseía D. Alonso, cuyas dignidades estaban vinculadas en su mayoría en aquel tiempo, á los príncipes ó grandes señores enlazados, ó provenientes de la casa Real; así que nuestro D. Alonso tenía alcaides nombrados por él en los castillos de sus ciudades y villas de San Lucar de Barrameda, Puerto de Santa María, Huelva, Medinasidonia, Marchena, Rota, Chipiona, Ayamonte, Chiclana, Lepe, Conil, Begel, Bollullos, el Aljaba, Bolaños, Alaraz, Zafra, Zafrilla, Monteagudo, La Halconera, Santi Ponce, Trebujena, etc.

(N. del A.)

(2) No ha muchos años que, dirigiéndose á unos electores, afirmaba una y otra vez el autor del manifiesto, que D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno no tuvo más hijos que el que le mataron en el cerco de Tarifa: lo mismo se le hace decir á D. Alonso en una obra inédita, titulada *El Instructor de la niñez*, que recientemente ha llegado á nuestras manos; rectificamos equivocaciones tan gráficas, manifestando que de su

España, y D. Fernando Ponce de León, y sus hermanos D. Pedro Núñez de Guzmán, adelantado mayor de Castilla, y D. Alvar Pérez de Guzmán, con las huestes de sus respectivos Estados. Acompañábanle también otros grandes personajes, entre ellos D. Juan Núñez de Lara, y el arzobispo de Sevilla con el concejo y tropas de la ciudad.

Determinó D. Alonso Pérez asediar la plaza por todos lados; y dejando al Arzobispo y D. Juan Núñez en los Arenales y Puerta de Tierra, pasó en barcos á la Isla y subióse al monte que está sobre el castillo; y colocando convenientemente las tropas en las alturas dominantes, comenzó á combatirlo.

Para mejor lograr su propósito, dispuso la construcción de una torre llamada hasta hoy Torre de Don Alon-

matrimonio con doña María Alonso Coronel é Íñiguez de Aguilar (nieta de los señores de Aguilar y Montilla por su línea materna) tuvo el primer señor de Sanlúcar de Barrameda: á más de D. Pedro, que mataron los moros, á D. Juan Alonso de Guzmán el Bueno (el Batallador), cuyo sepulcro aún se conserva en el monasterio de San Isidoro (hoy parroquia de Santi Ponce), que fué segundo señor de Sanlúcar y casó con doña Urraca Álvarez de Osorio y Núñez de Lara, hija única del primer conde de Trastámara, Lemos y Sarriá, y fueron padres de D. Juan Alonso de Guzmán el Bueno, primer conde de Niebla (1369), regente de Castilla y tutor de Enrique III, de quien descienden todos los Guzmanes Buenos; que fué hija mayor del citado D. Alonso Pérez de Guzmán doña Isabel de Guzmán el Bueno, que llevó en dote las villas de Marchena, Ayamonte, Rota y Chipiona, las casas y las aceñas de Jerez y las viñas que allí tuvo su padre, mas las villas de Oliva y Valencia en Extremadura; y, casada con D. Fernando Ponce de León, fueron fundadores de la casa de los duques de Cádiz, y de Arcos en Andalucía; que fué hija segunda de D. Alonso doña Leonor de Guzmán el Bueno y Coronel, que llevó en dote el Puerto de Santa María y Huelva, la dehesa de Villarrasa y Ventosilla en Jerez, y Robaina con sus olivares en Sevilla, quien casó con D. Luis de España, ó de la Cerda (Zurita dice que hasta los hijos de éste no se usó en España el apellido de la Cerda), príncipe de las Fortunas, conde de Clermont y de Telamont, en Francia, biznieto que era de Alonso el Sabio; y fueron sus hijos D. Luis de la Cerda y Guzmán el Bueno, Condestable de Francia; D. Juan de la Cerda y Guzmán el Bueno, señor del Puerto de Santa María; y doña Isabel de la Cerda y Guzmán el Bueno, señora del Puerto de Santa María y Huelva, primera condesa de Medinaceli, por quien se conservó en España el apellido de la Cerda.

so, por este D. Alonso de Guzmán (no como equivocadamente creen algunos por el Onceno de Castilla), donde, no sólo se defendiera de los moros ayudando á la natural aspereza del paraje, sino que hizo poner en ellos dos ingenios, con los cuales lanzaba gruesos peñascos contra la Calahorra y contra el castillo y la Barcina, que es la parte principal de la población, destruyendo casas y torres, en términos que los moros no se atrevieron á presentarse, porque por esta parte todo lo asolaban los ingenios.

Opusieron, no obstante, algunos reparos al esfuerzo de los cristianos por la parte de tierra; pero fué tanto el denuedo con que combatieron D. Alonso y los suyos, que los sitiados no pudieron sufrir más, y entregaron la villa y castillo, poco después de un mes de comenzar el cerco, á condición, como se ejecutó, de salir libremente y ser transportados al África.

D. Alonso despachó aviso seguidamente al rey Don Fernando para que viniese á recibir la plaza, que hacía seiscientos años que estaba en poder de los moros, y llegado el Rey, dió gracias á Dios por la merced de haber reducido á su dominio tan importante ciudad (1), y mandó labrar una torre encima del recuesto de la villa, y una atarazana desde la villa hasta el mar (dice el cronista), porque estuviesen las galeras en salvo, y dejándola bien abastecida y pertrechada, se vino con D. Alonso y los otros Ricos-Homes para Algeciras.

(1) En 7 de Julio de 1469 el rey D. Enrique IV expidió en Córdoba el privilegio de donación de Gibraltar en favor del duque de Medinasidonia, conde de Niebla, y dice así:

« Habiendo respecto á los grandes y señalados servicios que vos Don » Enrique de Guzmán el Bueno, duque de Medinasidonia, conde de Nie- » bla, mi primo, é del mi Consejo é vuestros antecesores avedes fecho é » ficieron á los Reyes de gloriosa memoria, mis projenitores, é á mí... » é ansi mismo aviendo memoria cómo D. Enrique de Guzmán, mi tío,

Con objeto de favorecer el asedio, y que Gibraltar fuese más poblada y tuviese más mantenimientos y sembrar y coger en sus términos, se hacía preciso ahuyentar y arredrar los moros vecinos, esencialmente los de Gausin y Benarrabá, cuyos habitantes, grandes tiradores de ballesta, hacían mucho daño en los caminantes que iban del Real de Algeciras, por lo que se dispuso que D. Alonso Pérez de Guzmán saliese á dar una batida. Verificólo el 15 de Setiembre con la gente que creyó necesaria, y habiéndose internado en aquellas sierras, que son ásperas y se andan mal á caballo, los moros ballesteros molestaban bastante desde los puertos, y juntándose mayor número para dificultar un paso, cerró con ellos D. Alonso y los derrotó, persiguiéndolos largo trecho; y tanto se internó y adelantó de los suyos, que los moros le dieron dos ó tres saetazos y le hirieron mortalmente, cesando entonces el alcance.

Tal fué el glorioso fin del primer conquistador de Gibraltar D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, primer señor y poblador de San Lúcar de Barrameda y de las ciudades de Huelva, Medinasidonia, Puerto de Santa María y Marchena.

Si verdaderamente descansa la vida donde con honra fenece, y es honra de las armas morir en ellas, y grandeza y fama perdurable del hombre, correspondió la muerte del egregio fundador de la gran casa de Medina-

»conde de Niebla, vuestro abuelo, siguiendo la fidelidad é propósito,
 »de sus projenitores é descendientes de la *Estirpe Real*, donde él venía,
 »é fué con todas sus gentes é caballeros á cercar á Gibraltar, la cual
 »entonces poseían los moros, é por la ganar é reducir al servicio de
 »Dios nuestro Señor, la cercó é combatió é fué muerto en el combate,
 »él é muchos caballeros é criados suyos é de la casa suya....»

Después los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, crearon marqués de Gibraltar á dicho duque, D. Enrique de Guzmán el Bueno, en Sevilla á 30 de Septiembre de 1477: la ciudad no se incorporó á la Corona hasta 1505.

sidonia á sus virtudes y relevantes cualidades, y á su vida laureada y heroica. «Sin desviarse jamás de la senda de la justicia (dice Quintana), en un período de rapacidad y de barbarie, supo, á fuerza de hazañas y de méritos propios, legar á sus hijos fama imperecedera, y un renombre que lleva el sello del más acendrado patriotismo.»

Mármol y otros historiadores asignan esta conquista y la muerte de D. Alonso al año de 1310; pero Ebú Alcatif, tomo II, pág. 211, entre otros escritores árabes, y el español Barrantes, afirman con algunos más que fué el de 1309; basta para comprobar de parte de quien está la razón, citar literalmente la siguiente nota escrita por don Juan Alonso de Guzmán, segundo señor de San Lúcar, que Morales inserta en sus Ilustraciones al linaje de Guzmán, y vió Barrantes en un privilegio de la casa de Niebla, dice así:

«Nazquió D. Alonso Perez de Guzman, mio señor y
 » padre, segon en las escrituras yo fallé, dia de San Ie-
 » fonso, a 24 de Janero, era de mil docientos e noventa y
 » quatro años (1256), e finó despues que ganó a Gibraltar
 » en la cerca de Algeciras con el vertuoso Señor Rey Don
 » Fernando en la hacienda que obo con los moros, vier-
 » nes 19 de Setiembre, era de mil trecientos e noventa e
 » siete años (1309).»

La inscripción del sepulcro de D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, sita en la iglesia del monasterio de San Isidoro ó San Isidro del Campo (Santi Ponce, Sevilla), que fundó y dotó el antedicho, dice literalmente:

«Aqui yace D. Alonso Perez de Guzman, que Dios
 » perdone, que fue bienaventurado, é que pugnó siem-
 » pre en servir a Dios y a los Reyes, é fue con el muy no-
 » ble Rey D. Fernando a la cerca de Algeciras, e estando

:

» en esta cerca fue a ganar a Gibraltar, e despues que la
» gano entró en cabalgada con los moros, e mataronlo en
» ella viernes 19. de Setiembre, era de 1347» (que fué el
año del Señor de 1309); con lo que queda definitivamente
fijado el año, y que D. Alonso Pérez de Guzmán fué el
conquistador de la plaza.

JOSÉ DE GUZMÁN EL BUENO Y PADILLA.

PUNTUACIÓN (1)

CONTESTACIÓN Á UNA CARTA.

Señora : perdone usted
Mi ruda descortesía,
Como yo le perdoné
Las faltas de ortografía
Que en su epístola encontré.
¡Señora, usted me ha ofendido!
¿Por qué conmigo se enfada
Y me insulta de corrido,
Todo seguido, seguido,
Sin punto, coma, ni nada?
Su falta de puntuación
Yo no me atrevo á tachar;
Que, en justa compensación,
Tiene usted una intención
De un toro de Colmenar.
Dice usted que yo pequé
De *atrebido*, y me encocora
Tamaño insulto, ¿está usted?
¡Soy *atrebido* con *b*!
¡Eso es muy *grave*, señora!
¿Cuál ha sido mi pecado?
¡No turbe usted mi reposo!
¿Es quizás que he asegurado

(1) Del precioso libro *Todo en broma*, que con Prólogo de Picón, intermedio de Estremera y Epílogo de Ramos Carrión, acaba de publicar Vital Aza.

Que su marido es dichoso
Desde que se ha divorciado?

Pues si esa la causa fué,
Y eso, señora, es lo grave,
Debo asegurar á usted
Que todo el mundo lo sabe
Lo mismo que yo lo sé.

¡Sólo un mes vivieron juntos!
Y ya que con malas artes
Me habla usted de otros asuntos,
Señora, vamos por partes.
Primeramente: (*Dos puntos*).

Digo que, primeramente,
—No me ando con paliativos,—
Su marido es muy decente,
Y, en cambio, dice la gente
Que usted.... (*Puntos suspensivos*).

No dudo de que se encuentre
Sin su esposo en un edén.
¿Quién ha de dudarle? ¿Quién?
Pero él, al dejarla (*entre*
paréntesis), ¡hizo bien!

Dicen que es rico, y no quiero
Pensar en que por dinero
Se casó usted. ¡Quiá! ¡Ni en broma!
Fué el amor; pero.... (este pero
Debe llevar *punto y coma*).

Mas, ya que atrevido he sido,
Contésteme usted al instante.
Sólo franqueza le pido.
Usted nunca le ha querido,
¿No es verdad? (*Interrogante*).

¿Qué es infame mi opinión?
¿Que usted ha querido á ese hombre
Con todo su corazón?
Permita usted que me asombre,
¡Oh, señora! (*Admiración*).

Tráteme usted bien ó mal,
Me consta que en este asunto
Es usted la criminal....
Pero, en fin, hagamos punto,
Es decir (*punto final*).

EPITAFIOS

I

«El pobre cesante Juan
Descansa en este rincón;
El mundo, con necio afán,
Por negarle siempre el pan,
No le ha dado pan-teón.»

II

«Aquí yace Luis Torrente,
Hombre activo, de tal modo,
Que por ser activo en todo,
¡Hasta murió de repente!»

III

«Descansa bajo esta losa
La que fué con sus virtudes
Buena madre y fiel esposa.»
(Lo de madre no lo dudes;
Lo de fiel... es otra cosa.)

IV

«El político Blas Pinos
Duerme el sueño de la muerte.»
(No habléis aquí de destinos,
Que es fácil que se despierte.)

V

«Aquí yace un diputado
Que de emoción se murió,
Porque al ser interpelado
Se vió el pobre precisado
Á contestar *sí ó no.*»

VI

«Al morir de fiebre aguda
Halló el banquero Cernuda
Descanso á sus agonías.»
(Su desconsolada viuda....
Se casó á los pocos días.)

VII

«Descansa aquí después de mil cogidas,
Y casi todas ellas con fortuna,
El torero Pascual (alias) *Cienvidas*.
¡Siempre le acompañó la media luna!
¡Jamás la gloria le importó un ardite!
¡Era muy viejo y se murió en la *cuna*....
De un toro de Laffite!»

VIII

«¡Adiós, único bien que el alma adora!
¡Adiós, mi dulce amor! ¡Esposa mía!
¡Ay! ¡La parca traidora
Me roba para siempre la alegría!....»
(Nota: El esposo, autor de esta elegía,
Mató de una paliza á su señora.
¡Fíese usted ahora!....)

VITAL AZA.

CRÓNICA INTERNACIONAL



Los problemas sociales. — Sus relaciones con los problemas teológicos. — Orígenes del mal. — El 1.º de Mayo. — Relación de los principales sucesos acaecidos en Europa este día. — Esperanzas de que habrá de transformarse el trabajo moderno como se transformó el trabajo antiguo. — Respeto indispensable á la propiedad. — Estado de Alemania. — Discursos cabalísticos del Emperador Guillermo. — Sentido trascendental de sus fechas. — Lutero y la Dieta de Worms. — Importunidad completa de tal evocación. — Estado precario de la paz europea. — Conflictos. — Conclusión.

I

EL problema social nos ha traído inquietos durante los últimos días de Abril y los primeros de Mayo. La semana en que renacen las flores al beso del primer calor primaveral, resurgen también las llagas al hálito del dolor humano. Este problema de las desgracias y deficiencias sociales aseméjase mucho al problema de los orígenes del mal. Ninguna teogonía, ninguna concordará jamás la existencia de un Dios todo amor con la existencia de un mal inextirpable y eterno. Por eso las mayores y más acerbas reconvenciones al Criador de las criaturas contenidas en los escritos bíblicos, provienen del choque trágico entre las virtudes múltiples de Job y el asqueroso estercolero donde se pudre, devorado por

todas las larvas de parásitos que genera el mal naturalmente. Del mal, y sólo del mal, dogmas tan trascendentales como la humana responsabilidad, como el libre albedrío, como la vida perdurable, como la culpa original y primera. Por el mal solamente, la Encarnación del Hijo en las entrañas de una Virgen, y su muerte sobre los maderos de una Cruz. Del mal, y únicamente del mal, se origina la redención cristiana. Y así no puede maravillarnos que un tan excelso escritor como San Agustín, de africano estro, creyendo imposible la redención traída por Cristo sin el pecado cometido por Adán, alabe á éste y le bendiga en palabras ardientes, á causa del esplendor readquirido en las cumbres del Calvario por la humanidad caída y deslustrada en las puertas del Paraíso. La contradicción entre los horrores del mal humano y la providencia del bien supremo explica la perennidad del dualismo pérsico hasta en el seno de nuestra Edad Media. Por esta coexistencia, el que Satanás iguale muchas veces á Dios en las tradiciones y leyendas pías de nuestros monasterios. Por esta coexistencia, la comunicación de los vivos con los muertos y el culto á la muerte. Pero todos estos dogmas consoladores y todas estas creencias piadosas, el humo que sube de los altares y la oración que se irradia de los espíritus, las oblaciones y los holocaustos expiatorios, cuanto han ideado las religiones y hasta las ciencias todas para explicar cómo y por qué Dios y el mal coinciden, jamás resolverá esta perdurable antinomia, comprensible tan sólo allá en los misterios de una fe sobrenatural y revelada. Pues lo que dicen las ciencias teológicas de los orígenes del mal, dícenlo á su vez las ciencias sociológicas del problema social. Pueden sus términos dulcificarse por los adelantos del trabajo todo ; pero no pueden eludirse ni eliminarse en manera

ninguna. Jamás, jamás, jamás encontraréis el hombre sin su pecado, el paraíso sin su mancha, el espíritu sin su error, el trabajo sin su esfuerzo, el día sin sus noches, el amor sin sus recelos, ¡ay!, la vida sin su dolor y sin su muerte. Pues mientras haya mundo, la pereza, la imprevisión, el descuido, el vicio, traerán los consiguientes naufragios de innumerables infelices en profundos océanos de lágrimas y sangre. Mientras haya mundo y humanidad reinarán sobre nosotros fatalidades mecánicas y fisiológicas del todo inevitables. Junto á la fluidez de Cicerón y Demóstenes el mudo, junto al oído de Mozart el sordo, junto á los ojos de Velázquez el ciego, junto á los dedos de Fidias el manco, junto á la voz de Rubini el afónico, junto á la fuerza de Hércules el anémico, junto á la riqueza de Rostchild el miserable. Y muchos entre tamaños males, provienen del nacimiento y de la cuna, cuando no del atavismo y de la herencia. Levantad los brazos al cielo, si os encontráis enfermo de por vida, para preguntarle qué delito cometisteis, no ya naciendo, como decía nuestro sublime Calderón, antes de nacer; y os responderá tan sólo el silencio nunca interrumpido en la profundidad nunca sondeada. ¿Queréis, amigos jornaleros, disminuir el mal? Pues vamos de consuno y con resolución á ello, segurísimos de hallarse la posibilidad real de tamaña empresa en nuestro poder, circuido como el océano, á primera vista inmenso, de un límite infranqueable. Pero si queréis extirpar el mal, echémonos en el surco, y vamos á soñar con la irrealizable utopía. El día 1.º de Mayo, adscrito en vuestras liturgias á pedir el señalamiento por los Gobiernos de las ocho horas de jornada para todos y para todo, entra en los días perdidos del calendario universal. Yo, que soy el optimismo andando, me creo en la obligación de decíroslo; mientras prescindáis de la

realidad en vuestras pretensiones, y olvidéis la diferencia de horas en los meridianos y la diferencia de climas en los espacios terrestres, la variedad y diversidad múltiple de aptitudes á las cuales debemos la total armonía de conjuntos, lo que del Estado puede aguardarse y lo que puede aguardarse del derecho personal y propio; mientras prescindáis de la realidad, no aguardéis redención alguna en tan atroz é insensato suicidio. Dirán lo contrario muchos escritores, mas creed; á un viejo amigo vuestro, que ha consumido su vida en serviros con su palabra y ha cien veces arriesgado su cabeza en el poder y fuera del poder por rescataros de la servidumbre; os engañan, y en tal engaño sólo tienen á mis ojos la disculpa de que también yerran y se engañan ellos. Errores de buena fe los suyos; mas errores, no ya estériles, perjudiciales y nocivos.

II

¿Cómo hemos pasado la jornada de Mayo en Europa? Le preguntan al Historiador las gentes, y se pregunta el Historiador á sí mismo. Pues no tan mal como presagiaban los agoreros pesimistas. Cuatro métodos se han establecido respecto de las manifestaciones obreras, que son, á saber: el método de la prohibición absoluta en Rusia; el método de la represión fortítima en Alemania y Austria; el método de la libertad absoluta en Inglaterra y Suiza; el método de la libertad absoluta dentro de lugares cerrados y de la absoluta prohibición por las calles en España y Francia. Por tales sistemas se han determinado, poco más ó menos, el resto de los gobiernos Europeos. Pues bien, hay que decirlo, así la represión aper-

cibida por Alemania, como la libertad absoluta de Suiza é Inglaterra, indudablemente han sostenido la paz pública. Pero, ¡cual diferencia entre la paz precaria, que se funda sobre las amenazas de arriba, y la paz muy sólida, que se funda sobre la cooperación y el concurso de todos abajo! Aquella resulta una paz mecánica, como la que puedan tener los cuerpos inorgánicos en su centro de gravedad; esta es la paz moral y fecundísima de los ánimos. Permitidme aconsejaros, lectores míos, que os fijéis cada día más en los frutos de una larga educación liberal. Yo no reconozco la superioridad psicológica y fisiológica del jornalero inglés sobre los demás jornaleros del viejo continente. Pero creo en la superioridad política engendrada por el ejercicio continuo de la libertad. Así ellos disuadieron en el último Congreso de París á sus camaradas del vano intento de una huelga universal, y los industriaron en el género de males que podría traer á sus mezquinos salarios. Ellos dan de mano al reposo suicida del primero de Mayo, reposo conseguido á costa del provecho abandonado, y han puesto su manifestación oficial en domingo. Ellos han dicho la verdad, triste para los manifestantes, pero verdad suma, de que no puede pedirse por causa de las leyes de concurrencia mercantil y vital esa designación de las ocho horas á un gobierno únicamente: hay que pedírsela en realidad á todos los gobiernos. Así han merecido bien de la Humanidad con la mayor parte de sus asertos, cuyo brillo resalta entre las negras escorias de tantos errores como sus camaradas y aun ellos mismos predicán. Y han hecho más, han aconsejado con perfecto acuerdo divertir el ánimo general de los puntos donde las reivindicaciones obreras tienen un carácter económico puramente, poco definido y concreto de por sí, poco maduro en la opinión general, para concen-

trarlo allí donde, cual sucede ahora en Bélgica, se junta y une á la cuestión jornalera la conquista del sufragio universal.

Pocas naciones tan encarecidas por los doctrinarios nuestros como la nación belga. En vano les ponéis ante los ojos Holanda. No la mencionan por protestante ó calvinista. En vano Suiza. No la quieren ver por su carácter republicano. Para ellos Bélgica, dividida por su fervor católico de Holanda; Bélgica, personificada por una monarquía de carácter ecléctico; Bélgica, puesta por su constitución sobre las bases de comicios restrictos; Bélgica se aparece como la cristalización de un ideal supremo. En vano les mostráis cómo las dos opuestas sangres latentes en sus venas guerrear allí; cómo el combate máximo empeñado de antiguo entre holandeses y flamencos se traslada, y agravadísimo, á los mismos liberales y católicos belgas, fanáticos y supersticiosos, hasta el punto de perseguirse y odiarse hasta en el seno de la muerte, y turbar la paz mutua en los silenciosos sepulcros; cómo entre cada maestro de escuela y cada vicario de parroquia existe allí la vieja guerra de las investiduras: es una monarquía doctrinaria, y la creen dotada de todas las perfecciones posibles. Sin embargo, para que todo allí se agrave, su prosperidad material indudable se funda sobre muchos establecimientos fabriles y sobre muchas minas carboníferas. Por tanto, mezclada la cuestión económica, tan grave, con las reivindicaciones del sufragio universal, imposible de recabar sino por una reforma en el Código político, los negocios de Bélgica sufren un máximo encono, y atraviesan un período terrible. Así las huelgas, generalmente conjuradas y disueltas á los tres ó cuatro días de pasar el 1.º de Mayo, comienzan allí ahora, y amenazan por horrible modo, pues ningún espec-

táculo pone tanto terror en los ánimos, como la surrección desde las entrañas del planeta, de unos hombres que parecen siniestros, y solamente son desgraciados, tristes restos de la esclavitud antigua, corriendo por doquier con los instrumentos de labor convertidos en instrumentos de apocalíptico exterminio, cual si quisieran privar á los demás del aire y del sol que á ellos les falta en el horrible potro de sus hercúleos y desoladores trabajos. La cuenca de Lieja se ha visto, como ninguna otra, castigada por las terribles correrías de los trabajadores en huelga. Ya los cuitados han herido á sus mismos contramaestres, y cegado el manantial de donde se procuran los jornales. En su demencia suicida se han querido lanzar sobre un tren de viajeros á detenerlo. No pudiendo conseguirlo por la fuerza del vapor, que arrastraba la máquina vertiginosamente, lo han apedreado hasta quebrar todos sus cristales. Trocados por el furor en salteadores, han puesto sitio á muchas casas queriendo entrarlas á saco. De aquí esfuerzos militares contra tan grandes atentados, y de los esfuerzos algunos muertos y muchedumbre grandísima de heridos. Algo semejante ha pasado en Roma. El Gobierno prohibió las manifestaciones públicas, y los socialistas burlaron esta prohibición, reuniéndose con escándalo en la plaza de Santa Cruz, hecha un club al aire libre. Fuerza había que dar en tal conflicto á las leyes; mas para obtenerla, hubo necesidad en las autoridades y en la policía de machucar algunos cuerpos y abrir algunas cabezas. Así han aporreado al buen Cipriani, quien, á su vez, no se ha mordido la lengua, poniendo de oro y azul á los nuevos tiranos muy cerca del sitio donde habló Catilina y peleó Clodio. Lo más terrible de todo ha sido la catástrofe de Fourmies en Francia. Movida esta población por los revolucionarios internacio-

nales, decidió consumir el 1.º de Mayo en una huelga ruidosa. Presente allí el subprefecto de Avesnes, recordó la prohibición de manifestaciones públicas, y conminó con una violenta reprensión de los desacatos y un duro castigo á las desobediencias. Los tribunales se constituyeron en husmeo de las gentes culpables. Los gendarmes requirieron sus armas. La tropa de línea se puso en actitud franca de resistencia y combate. No hizo caso el pueblo. En formidable legión cerrada, cantando la Marsellesa, con banderas tricolores y árboles de Mayo en las manos, rompieron por la plaza del pueblo y amenazaron la casa del Concejo. Insultos, pedradas, palos subsiguieron á esta irrupción sobre el ejército. Un soldado cayó al suelo herido de pesada teja. Un oficial se vió insultado y hasta golpeado entre las violencias de numerosísimo grupo. Á tal aquelarre siguió una orden de fuego. Pero á la orden de fuego debieron preceder tres redobles de tambor y tres toques de corneta. Los oficiales dicen que los ordenaron y los dieron. El pueblo sostiene que no llegó á sus oídos tal aviso é intimación. Se mandó hacer fuego; y á las balas cayeron unos nuevemuecos y más de cien heridos. Los sesos de pobre muchacha, que llevaba un árbol de Mayo al brazo, tan lozano y bello como su propia juventud, quedaron pegados á la pared, formando un círculo infernal. Sobre las piedras yacían exánimes jóvenes que ninguna contaba veinte años. Los heridos, á su vez, teñían las piedras de sangre, y llenaban los aires de alaridos. No puede calcularse lo que hubiera pasado, si, al oír los tiros, el cura, movido por su caridad católica, no sale del presbiterio y no se interpone con heroísmo de mártir entre la tropa y el pueblo. La sesión del Parlamento, que siguiera el último lunes á este infortunio, tomó todos los caracteres de una tragedia. El partido

socialista y el partido reaccionario se juntaron contra el gobierno republicano. Con aire y gestos teatrales, un diputado tendió sobre su banco la camisa de pobre jornalero, toda ella en sangre tinta, y atravesada por siete balas del sistema Lebel. Cuando, tras los ataques más violentos que recuerda la violentísima tribuna francesa, el ministro Constans ha descendido de defender á las autoridades y á los soldados, le han escupido á la cara los dictados de ladrón y asesino. Inútilmente ha dicho el ministro de la Guerra que no podrán jamás las armas francesas recobrar su prestigio como las maltraten, al cumplir sus deberes, las Cámaras legislativas y la opinión nacional. En la orden del día votada se ha visto un retroceso manifiesto del sentido mostrado en otras ocasiones. ¡Terrible y lamentable desgracia la sucedida! Pero no hay en lo humano medios de guardar sus fuerzas coercitivas á las leyes, si quedan ociosas las armas adscritas á su defensa frente á los criminales atentados. Ahora lo grave del caso estriba en que la tropa no dió los avisos y no adelantó las intimaciones indispensablemente anteriores á todo mandato de romper el fuego. Por esta razón el Gobierno se ha visto quebrantado, y la Cámara en precisión de votar socorros legales á los parientes de las víctimas. Pero este caso enseña la necesidad imprescindible de enseñar las leyes así á los de arriba como á los de abajo, así á los milites necesitados de defenderlas como á los trabajadores necesitados de cumplirlas. Tales han sido los principales accidentes de la jornada de Mayo. En España no hemos tenido necesidad alguna de lamentar casos graves. Todo ha pasado en una paz tanto más sólida cuanto más fundada en el ejercicio de todos los derechos y en el universal culto á la libertad.

III

Yo nunca me cansaré de repetirlo. El trabajo colabora con Dios mismo en la creación diaria y continua. Él ha sumado las fuerzas humanas á las fuerzas del universo. Con el fuego robado á los cielos anima las piedras, ablanda los hierros, teje las fibras del vegetal, saca zumos y aromas á las flores, recoge allá en las estrellas el éter, tiende las cuerdas en el arco, empapa en los reflejos de las ideas el planeta que sube á templo del hombre y ara del Eterno. Parécese al fuego creador el fuego del trabajo. Y no solamente ilumina, no solamente transfigura la naturaleza material, sino que hasta el fondo de nuestro ser mismo llega el espíritu, y lo dora y lo bruñe y le presta matices de luz interior y genera con amor alma nueva por medio de las ideas en el alma nativa. Sin embargo, el mundo, á quien debemos nuestra cultura, creyó condenado á servidumbre perpetua el trabajador y el trabajo. Grecia puso la nota del arte, con su inspiración, en el sentimiento universal humano; la eterna levadura, con su filosofía, de la idea en la humana vida. Y, sin embargo, durante los ásperos tiempos de sus guerras civiles primitivas quedaba el griego vencido como esclavo del griego vencedor. Los olintios fueron vendidos en pública subasta. La Hecuba triste pasó del trono al sepulcro entre tinieblas de dolores extendidas por la esclavitud sobre su alma elegíaca. La fiel Andrómaca entró en propiedad y posesión de los sacrificadores del valeroso Héctor. Platón, el mayor entre todos los pensa-

dores antiguos, dijo que naturaleza pone oro en el alma de los sabios, plata en el alma de los guerreros, hierro en el alma de los trabajadores, y rompiendo la igualdad fundamental humana, perpetuó la esclavitud. Así le llamaban al esclavo soma, lo cual quiere decir pura y simplemente cuerpo, cuerpo sin alma. Aristóteles dijo que hay gentes destinadas desde la eternidad al mando y gentes destinadas al servicio de los demás. Y añadía que, así como hijo implica natural autoridad del padre, mujer implica natural autoridad del marido, siervo implica natural autoridad del amo. Epicuro quería que los esclavos existiesen para que le ayudasen á encontrar el reposo después del placer, y el placer después del reposo. Zenón los consolaba induciéndoles á buscar la libertad prístina y original en los senos del alma. Posidonio decía que habrá siempre almas siervas y que los débiles serán por ley natural esclavos siempre de los fuertes. Jenofonte buscaba en el arte de dirigir los animales medios para dirigir á los esclavos. Aristófanes cuenta con mucha formalidad cómo el barquero Caronte suele negarse á pasar las almas siervas al reino frío de las sombras eternas, destruyendo así la igualdad y perpetuando la esclavitud hasta en los senos del sepulcro. Crates, al idear en su fantasía una sociedad sin esclavos, pensaba que los viejos habrían de servirse á sí mismos; que los navíos vendrían de suyo á nuestras playas, pues nadie necesitaría impelerlos; que las mesas de comer se aderezarían por su propia virtud; que bajarían tal vez con alas á estas mesas los platos; que aparecerían en las copas milagrosamente los vinos; que las ollas del hogar parirían, como las hembras del macho respectivo, las viandas cocidas; que los peces dejarían el mar para irse á las cocinas; que cuando ya estuvieren asados por mitad los gallos, volve-

:

ríanse del otro costado para que los asasen por entero. Y se decían todos estos sofismas, porque ni los espíritus superiores alcanzaban que se pudiera ejercer el trabajo libremente por individuos poseedores de sí mismos y dotados con sus naturales derechos. Entonces, como ahora, el trabajo ablandaba el hierro, descubría el oro, iluminaba los abismos del pensamiento, hacía de la tierra otra nueva tierra por el cultivo y de los hombres otros nuevos hombres por la cultura; ensanchando y acaudalando como un Dios el torrente de la vida universal. Entonces, como ahora, el trabajo domeñaba las olas con una frágil tabla y encadenaba los vientos con blancas velas. El trabajador, entonces como ahora, forjaba nuevos artefactos en las fraguas mantenidas por el fuego creador. Entonces de cañas unidas con cera extraía melodiosos acentos para endulzar los dolores humanos. Á su cincel se trocaban en dioses del cielo aquellas duras moles de mármol frío amontonadas en las canteras del Penthélico. Y, sin embargo, porque hacía todo esto, lo ciñeron al Cáucaso y lo crucificaron en el Calvario. Porque hacía todo esto, lo declararon perdurable siervo. Porque hacía todo esto, marcaron sus carnes con hierro candente, y en sus tobillos pusieron esposas pesadísimas. Porque hacía todo esto, declararon imposible todo trabajo sin la esclavitud consiguiente. Y, no obstante todo ello, esta esclavitud, sostenida por los más altos pensadores y los más fuertes pueblos, concluyó al impulso de la idea y por esfuerzo del tiempo. Los trabajadores trabajamos ya todos en libertad, revestidos de nuestros naturales derechos. Pues bien: así como el trabajo antiguo perdió la terrible condición de trabajo siervo, el trabajo moderno perderá la condición de trabajo asalariado. El aislamiento entre las fuerzas del capital y las fuerzas del

bracero se reemplazará por la cooperación y por la coparticipación. Pero esto no sucederá en tanto que los trabajadores quieran destruir leyes como la libre concurrencia superior á ellos, y cegar las fuentes de donde mana y se alimenta el trabajo, la propiedad y el capital.

IV

Pero han pasado en este problema del trabajo cosas dañosísimas, no diré á su resolución, que jamás podrá obtenerse por fórmula de ningún género, diré á su mejoramiento y progreso. Y la mayor ha sido la intervención de los poderes imperiales y cesaristas en el arreglo artificial, por sus respectivos Estados, de un asunto que pide todo el éter posible de ideas progresivas y todo el dominio de leyes naturales, á cuyo poder se verifican siempre con graduada lentitud, pero con matemática seguridad, estos metamorfoseos de las humanas sociedades. Cuando no hacía más que despuntar, anunciaba yo todos los males contenidos en el socialismo de la cátedra, tan acariciado por el canciller Bismarck. Aquella media condenación de la propiedad individual y aquellas propensiones medias á la propiedad colectiva no lograban, á los ojos menos previsores, otro resultado que romper las más firmes bases sociales, sin procurar ningún alivio ni ofrecer ninguna esperanza en sus apotegmas ni en sus prácticas, á los acerbos dolores populares. El único procedimiento de adelantar por medio del oficial profesorado las creencias comunistas para luego ahogarlas en sangre por medio del ejército, no encontrará en lengua ninguna, por expresiva y copiosa, el duro calificativo que merece. La Germania imperial está organizada para el combate;

no está organizada para el trabajo. Con menos ejército y más economía, que cediese á la industria y al campo nuevos brazos ó quitase del presupuesto antiguas cargas, haríase por el trabajador y por el trabajo mucho más que con todos los rescriptos imperiales. Da grima ver cómo se ha perturbado el entendimiento alemán en cuestiones sociales al impulso de los inmóviles motores cesaristas. ¿Pues no acaba de suprimir en el Código industrial, con escándalo unánime y con menosprecio de toda justicia, el castigo á los trabajadores incursos en el delito patente de cohibir con violencias á sus camaradas para que adopten ó dejen las huelgas? ¿En qué legislación se registra un precepto así, tan opuesto al humano albedrío y tan enemigo de la sana moral? Y es el caso que hace medio año apenas, la legislación industrial se alteró, so color de mejorarla, y todas aquellas alteraciones han resultado tan inaplicables como las mismas que trataban de corregir. Á estas horas empieza el desteje consiguiente al tejido de una urdimbre tan burda. Y, sin embargo, esta neurosis germánica pasará, y pasará pronto. Las conexiones entre los jornaleros del mundo jamás adquirirán la universalidad soñada por los utopistas y recelada por los conservadores; á causa de que todos los excesos de la unidad tiránica y absorbente se contrastan por el desarrollo de la variedad natural humana. Créase que la Internacional de trabajadores debía constituir Estado con ejércitos formidables; y súbita pugna entre un moscovita como el revolucionario Bakounine y un alemán como el soñador Marx, dió en tierra con todo aquel matlotaje aparecido á los ojos de la reacción como caballo de Troya. El movimiento sideral no puede contrariar el Código de la mecánica celeste; y los movimientos sociales á su vez no pueden contrariar el Código de la lógica

real. Á la callada pierde Germania su carácter militar y conquistador. El destino ciego contribuye más á esta metamorfosis que la humana voluntad. Murió Guillermo el victorioso. Murió Roon el organizador. Acaba de morir Moltke, también grande ingeniero. Este hombre allegó todo cuanto puede allegarse por el estudio y la paciencia. Una meditación reflexiva en él sustituyó al genio nativo. El mérito capital suyo consistió en aplicar los adelantos de la industria encaminados al aumento de la vida en el aumento de la guerra. Tres enormes factores nuevos, que jamás conocieran César y Napoleón y Federico el Grande y Carlos V, aprovechó para el combate Moltke: los ferrocarriles, y las armas de mucho alcance, y las masas enormes, sólo usadas estas últimas en imperios como los asiáticos y en irrupciones como las de Atila, que no movían ejércitos, movían pueblos enteros. Él organizó una raza casi en ejército; él movilizó esta raza en armas con una precisión y una rapidez asombrosas por medio de los ferrocarriles; él usó los movimientos envolventes, peligrosísimos de suyo, como ningún general, en razón de los innumerables soldados de que disponía; él mostró en los estragos de Sedán el terrible alcance y los rápidos efectos del nuevo armamento: por consecuencia, él aparece como un verdadero innovador en la materia, por excelso ingeniero, muy apto al uso y aprovechamiento de los medios novísimos procurados por los inventos al combate. He ahí, en puridad, su verdadero é indiscutible mérito, aquel, con que se presentará, como guerrero, ante la posteridad y ante la historia.

V

El emperador Guillermo resulta, por su parte, un verdadero místico. Y en el misticismo suyo entran á una con las ideas cristianas y las idealidades schelignistas las incomprensibles Kábalas del Asia. Los números han entrado por mucho en todas las combinaciones de los sistemas theúrgicos y aun de los sistemas científicos. La Trinidad alejandrina proviene de la Trinidad india, como la Trinidad cristiana proviene de la Trinidad alejandrina, y de la Trinidad cristiana proviene por su parte la Trilogía de Hegel. Sirven los números en el sistema pitagórico algo así como los arquetipos en las ciencias teológicas, de donde dimanaban viejas propensiones á poner en música, y en anotación por ende numérica, el concierto de las esferas celestes. Así, el número siete ha tenido un verdadero culto en la Europa cristiana, como lo prueba el que un sabio entre los sabios, como D. Alonso X de Castilla, escribió las Siete Partidas en conmemoración de los siete dones del Espíritu Santo y de los siete dolores de María Santísima y de los siete sacramentos de la Iglesia católica. Por números hanse ordenado en Caldea y en Israel, desde los planetas del cielo hasta los candelabros del altar. Pero cualesquiera que hayan sido sus derivaciones, la Kábala resulta siempre mágica y la Magia resulta siempre oriental. Si nos hubieran dicho que un Emperador alemán estaba destinado á caer en tal desvarío, tomáramos á quien lo dijera por un verdadero demente. Sin embargo, hablando el 18 de Abril último en una fiesta, el Emperador ha evocado, como pudiera un sacer-

dote de Zoroastro y de Brahma ó un combinador de loterías, dos diez y ochos de igual mes en las centurias XV y XVI, favorables y propicios á su patria. Era uno el 18 de Abril en que se aumentó el poder de los Brandeburgos sobre su Marca, y era otro el 18 de Abril en que Lutero separó Germania del mundo católico y constituyó su independencia religiosa y moral en la Dieta de Worms. Detengámonos ante tal recuerdo histórico, porque su narración ha de servirnos mucho al estudio de alma tan interesante de suyo en política, pero tan enigmática y oscura para todos, como el alma de Guillermo II. El método histórico mío, consistente de antiguo en relacionar los hechos diarios de nuestra Europa contemporánea con los antiguos hechos de importancia y trascendencia secular, en parte alguna y en ningún momento pueden tener aplicación propia como en este caso. Evoquémoslo. Habíase reunido la Dieta de Alemania en Worms con presencia del Emperador, quien había dado á Lutero un salvoconducto para presentarse allí en persona y retractarse de sus ideas y de sus predicaciones. ¡Grandioso espectáculo! Bajo el trono Carlos V, de veintiún años escasos, vestido á usanza española, con su ropilla festoneada de armiño, su gorra cubierta de plumas, su collar de perlas, al cual unía el toisón de oro pendiente, su calzón acuchillado, su manto de muchos pliegues y de larguísima rozaga; al pie del trono, en sendos sillones de terciopelo ricamente bordados, los dos Nuncios, el uno con su traje de roja púrpura, y el otro con su traje de color violeta, parecidos ambos á dos estatuas por lo inmóvil de su actitud, lo fijo de su mirar, lo puntiagudo de sus barbas litúrgicas al modo y manera del Papa Julio II; á la derecha del Emperador, los príncipes eclesiásticos, verdaderos monarcas, que ceñían una corona

espiritual y otra temporal en sus sienas, como personificaciones gigantescas del espíritu religioso en los siglos medios ; á la izquierda, los cuatro electores laicos, resplandecientes de lujo, con todas las insignias de su soberanía y envueltos en capas verdaderamente regias ; aquí un grupo de doctores con sus hopalandas universitarias registrando antiguos pergaminos y volúmenes recién impresos en folio ; allí otro grupo de frailes, con sus hábitos de múltiples cortes y matices, observando desde varios puntos de vista el asombroso espectáculo ; por un lado los heraldos, de los cuales el uno llevaba la corona imperial, y el otro los báculos y cetros cuajados de pedrería, éste la espada cesárea, y aquél los antiguos globos carlovingios áureos rematados por cruces latinas ; en tal parte los caballeros feudales de Alemania sobre cuyos petos nielados rebotaba la luz ; en tal otra parte, los españoles con sus trajes de sedería negra realzados por el contraste con los adornos de tisú ; y en tropel chambelanes, pajes, alabarderos, guardias walonas, guardias nobles, cada cual, según su categoría, con su respectivo pintoresco uniforme, prestando al grandioso espectáculo con tantos colores, matices, reverberaciones, reflejos, una deslumbradora entonación, capaz de cegar los ojos más acostumbrados á tantas maravillosas riquezas. Lo más extraño de todo aquello, en verdad, era la grande Asamblea en sí misma. ¿Cómo? Negábase Lutero á presentarse ante los Cardenales y el Papa de Roma, únicos jueces en materias dogmáticas ; y un Congreso, convocado para deliberar sobre materias exclusivamente políticas, Asamblea puramente civil y laica, se sustituía con arrogancias temerarias al verdadero juez, y toleraba la presencia en su seno de quien había rehusado el debido acatamiento á sus soberanos y seño-

res. Tal Asamblea usurpa, con asentimiento del Papa, cuyos Nuncios allí se veían los dos, asentados muy cerca del Emperador, facultades y atribuciones concernientes á los Concilios, únicos con autoridad para entender en las ideas y en las creencias de los sacerdotes, como que son, en cuerpo y alma, el Sacerdocio mismo. Worms parecía una Bizancio ó una Nicea; Carlos V uno de aquellos Constantinos que amortizaban el poder espiritual en sus manos antes de haberse trazado la línea separatoria del poder temporal; tantos magnates aquellos antiguos régulos y señores del Imperio griego, los cuales trataban de materias eclesiásticas y de materias civiles con igual competencia; y cuando acababa de disolverse un Concilio, el de Letrán, congregado por León X en Roma, sin despertar ningún interés y sin dejar huella ninguna, la Dieta de laicos, entendiendo en materia de dogma y juzgando al fraile que promovía la revolución religiosa, demostraba más que ningún otro síntoma revelador cómo habían caído todas las viejas instituciones en el torrente revolucionario. Si el Papa hubiera sentido su ministerio pontificio propio entonces como sentía Lutero su providencial vocación religiosa, no tolerara á un Emperador, á príncipes del mundo, á laicos sin autoridad y sin competencia, el juicio sobre doctrinas que comprendían todos los dogmas antiguos y los amenazaban de muerte. Eran las cinco de la tarde del día 18 de Abril de 1521 cuando Lutero entraba en la Dieta. El sol, descendiendo á su ocaso, inundaba de luz todos aquellos espacios y hacía resaltar todas aquellas vestiduras. Hubiérasele creído un sol de Castilla. Oyéronse los primeros pasos del fraile, y todos los asistentes reprimieron la respiración. El silencio subsiguiente á su aparición resultó por tal manera profundo, que pudieron oirse los latidos del co-

razón de Lutero, golpeando en las cavidades de su pecho y acelerando los latidos de sus sienes como una fiebre. Al verlo, todo el mundo se levantó, sin acordarse del respeto debido al Monarca, ni de los antiguos rituales en el ceremonial de tan excelsa corte. Lutero, al sentir el interés que despertaba, sintió también la responsabilidad que contraía en aquel minuto supremo ante la humanidad y ante la historia. Espesa nube de tristeza cubría su frente y agudísimas mordeduras de dolor atenaceaban sus entrañas. Sin embargo, ¡ cuántos motivos de satisfacción! ¡Él!, joven, que apenas llegaba en tal año á la edad madura; pobre, que apenas tenía la propiedad de su breviario y de su hábito; sin más bienes que sus ideas, sin más fuerza que su elocuencia, eclipsaba con su renombre al Emperador; sobreponíase con su prestigio al Pontífice; conmovía con profunda conmoción á todos los potentados y á todos los pueblos; derribaba por tierra las más seculares instituciones en virtud de representar un elemento incoercible, impalpable, misterioso, etéreo, el nuevo espíritu y el nuevo pensamiento. La confusión producida por su entrada permitió que muchos caballeros se acercasen á sostenerle y á hablarle. Unos le decían que tuviese valor; otros que no meditara nada en absoluto de lo que debía decir, encomendándose y remitiéndose al Espíritu Santo; éstos que no temiese á quien sólo podía matar su cuerpo; aquéllos que no temblase; pues, en el caso de necesidad, auxiliaríanle, no solamente sus lenguas, sino también sus espadas. Lutero, muy dispuesto á encerrarse dentro de sí mismo siempre, por dado al ejercicio de la meditación desde su infancia, respondía con prontitud á todas estas insinuaciones por medio de cabezadas y gestos, en los cuales veíase bien clara la natural aserción de que todo cuanto pudieran decirle pasaba en aquellos minutos supremos

por su mente. Calmada esta primer agitación, uno de los juristas oficiales encaróse con el monje y comenzó el interrogatorio. La primera parte se redujo á decirle si reconocía por propias sus obras. Iba el monje á responder, cuando se interpuso su abogado y pidió la inmediata lectura de sus títulos respectivos. Leyólos, con efecto, el oficial teólogo, y á cada uno de ellas bajaba el monje la cabeza en signo de asentimiento. Así que se acabó su lectura, levantóse Lutero y paseó su mirada por todo el concurso. Mientras estuvo sentado, perdía de vez en cuando la luz de los ojos á impulsos de naturales vértigos; pero, en cuanto se puso de pie, dominó con su mirada de águila toda la Dieta, y al verla entregada y sometida, sintióse dueño de su propio espíritu. Y con esta dominación y soberanía dirigióse á la Sacra Imperial Majestad, y resumió, con el claro método de sencilla explicación adquirido en su cátedra, los puntos capitales del religioso litigio, compendiado entonces en la demanda urgente de una retractación presurosa. La cuestión tornaba de nuevo á su punto de partida; así envanecíase con la esperanza el César de lograr del monje lo que jamás logró el Pontífice. Mas Lutero burló esta esperanza, negándose con rotundas negaciones á toda retractación, bajo el imperio de esta fundamental idea, que si él mismo desconocía sus propias doctrinas en la tierra, desconocería su persona Dios en el cielo. El 25 de Mayo en 1521 publicó Carlos V el decreto, que, lanzando á Lutero de la Iglesia y del Imperio, separaba en dos la Europa occidental, reunida en una misma comunión antes y animada por una misma fe. Todo el poder de un Emperador se rompía y estrellaba en la creencia de un hombre transmitida por sus palabras á todo un pueblo; pero si la Iglesia perdía esta grande Alemania de lo pasado, pocas horas

después de promulgarse con toda solemnidad el rescripto condenatorio, hallándose de rodillas el Emperador en la catedral de Worms, iluminada, no solamente por los cirios, por la esplendorosa luz que atravesaba sus rosetones y vidrios rota en matices de iris; un heraldo, acompañado por las campanas, los clarines, los salterios y el órgano, anunciaba en alta voz al mundo haber surgido en la inmensidad de los mares, para la Monarquía española y su Monarca, un Imperio nuevo, el Imperio mexicano, compensación al viejo territorio perdido en aquel mismo día por la Iglesia, y consuelo, si queréis, lenitivo á sus dolores acerbos.

VI

He descrito con espacio toda la grandiosa escena para que puedan mis lectores entender y alcanzar el sentido á ella dado por el emperador Guillermo. Indudablemente ha querido decir con esta evocación meditada del hecho que más aparta el mundo germánico y el mundo romano, su enemiga implacable y eternal á este último. Parece imposible; pero su juventud y su inexperiencia no le dejan comprender á Guillermo que la cabeza de un Imperio tan poderoso como el Imperio germánico, es un sitio de acción y no es un sitio de palabras y de discursos. ¿Qué ha querido el Emperador decir? ¿Cuál cábala política se oculta en esa cábala numérica? Dentro de su propio ejército hay huestes católicas como la gente bávara, y entre sus primeros generales hay católicos también como el rey de Sajonia. Las tierras austriacas y el reino italiano, los dos factores que con Prusia forman la triple alianza, pertenecen al catolicismo, y no se debía

recordar al austriaco cómo la separación de su Alemania del Norte menguara la grandeza de los Austrias, ni al italiano como también menguó la influencia moral é intelectual de Italia. No está el mundo europeo para temeridades como esas de lenguaje. Rusia, insistiendo en sus requerimientos de amistad á Francia, muestra muy bien ahora dónde se halla el peligro. Noruega, oponiéndose á la representación exclusiva de Suecia en relaciones internacionales, demuestra cuán poco adelanta la inteligencia con Escandinavia, urdida todos los años por el Emperador en sus peregrinaciones boreales. El estado de Bulgaria, en que un gobierno, perseguido por todas partes como una fiera, vese obligado á desesperadísima defensa; el estado de Servia, en que un Rey casi demente arma una dificultad cada vez que necesita cualquier suma, y en que una Reina desolada se ase al cuerpo de su hijo con riesgo de arrastrarlo al abismo, en cuyo borde forcejea, y arrastrar con él su debilísimo trono; el estado de Grecia, cada vez más subvertida por esperanzas menos realizables en las contradicciones á su ideal opuestas por los pueblos esclavones sobre los desfiladeros macedónicos; el estado de Armenia, plañéndose ante la Cámara británica del Imperio turco y levantando al Sultán por fuerza contra las tribus Kurdas, tan resueltas en su defensa; las insurrecciones indias contra la dominación inglesa y los Congresos constituyentes reunidos en Australia; el siempre crudo conflicto entre Portugal é Inglaterra por causa de la colonia del Cabo, que sueña de continuo con ocupar la desembocadura del Zambeze, y que tiene un representante suyo en Londres, parecido á los antiguos reyes aliados de Roma; los desengaños de Italia en su colonia Eritrea y las expediciones moscovitas al interior de Abisinia; sin añadir á todo esto, ni la

rivalidad con Francia, cada día más fuerte, ni el aspecto de la cuestión social cada día más agravada, prueban cuánta prudencia necesita quien está por su ejército y por sus conquistas á la cabeza de todos, y tendrá, tarde ó temprano, que responder por todos. Esa movilidad cuando necesitamos el recogimiento, esa inquietud tan opuesta de suyo á la indispensable calma pedida por lo proceloso del tiempo y por lo cerrado del celaje, la garrulidad reemplazando al antiguo silencio, la incertidumbre y la duda en boga, escándalos como el producido por la repartición del tesoro de Hannover, cambios como los que á diario vemos en los ministros y en los ministerios, revelan haber Alemania perdido su natural estabilidad y necesitar su recobro rápido á cualquier precio. La presencia de Bismarck en el Reischtag, lejos de calmar los espíritus, habrá de servir para exacerbarlos. Y, á decir verdad, esta cerrazón por el importantísimo lado de Alemania, oscurece todos los horizontes de nuestra Europa. Invoquemos, sin embargo, nuestros númenes: paz y libertad.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 7 de Mayo de 1891.

REVISTA ECONÓMICA

Manifestaciones socialistas del 1.º de Mayo.—El presupuesto de España para 1891-92.—El comercio de España en el primer trimestre de 1891.—Mercados bursátiles.

EN España pasó el 1.º de Mayo con relativa tranquilidad y sin tener que lamentar efusiones de sangre.

Los obreros han estado contenidos dentro del *meeting* y las huelgas parciales; y á la hora en que escribimos esta crónica, todo ha vuelto á recobrar su estado normal.

En los muchos *meetings* que se han celebrado, se han expuesto de nuevo, como es consiguiente, los programas y las aspiraciones de las clases trabajadoras. El programa es el del colectivismo en toda su crudeza tal cual salió del Congreso de Gotha: «Sustitución del capital privado por el capital colectivo»; «organización unitaria del trabajo nacional sobre el fundamento de la participación común de todos los individuos de la sociedad en la propiedad de todos los medios de producción»; «repartimiento del producto colectivo de todos entre todos, según la medida del trabajo productivo de cada uno y el valor útil que éste tenga para la sociedad».

Las aspiraciones de los obreros en estos momentos, que estiman como preparación necesaria para el reinado del colectivismo, están compendiadas en la famosa fórmula de los tres ochos, ó sea la distribución de las horas del día en tres partes perfectamente iguales: ocho horas dedicadas al trabajo, ocho al descanso material del cuerpo y otras tantas al recreo y á la instrucción. Á esta pretensión añaden otras, tales como el descanso dominical, la protección del trabajo de los niños y de las mujeres, y la responsabilidad patronal en los accidentes, que vienen á completar el programa oportunista ó de transacción.

En orden á los procedimientos para implantar estos programas-aspiraciones, no hay unanimidad entre los obreros; y en los *meetings* que han celebrado se han mostrado muy desacordes. Los anarquistas, fieles á la tradición de Bakounine, esperan el remedio de la fuerza, de la imposición por el miedo, del empleo de todos los esfuerzos destructores. Los socialistas que se llaman discípulos de Marx, han mostrado mayor moderación, y esperan que la *huelga negra*, la organización política del partido obrero y el descrédito de la sociedad burguesa han de ser partes bastantes á transformar el modo de ser individualista en colectivista.

Sin duda alguna este partido relativamente moderado es el que está llamado á ejercer mayor influencia, y el que es preciso temer y vigilar con más cuidado. Por la fuerza y por el terror no es posible alcanzar grandes resultados contra la actual organización social; por la persuasión, poniendo de manifiesto los vicios que corroen á la sociedad, la triste situación de los trabajadores, la desigualdad de fortunas y de goces en la vida, es seguro que habrá de conseguirse algo más. El corazón es socialista, por mucho que á la cabeza repugne esta forma de orga-

nización, y el corazón más que la cabeza gobierna á las muchedumbres.

La reacción contra el antiguo individualismo no puede ser más patente. Lo propio en Suiza que en Alemania, en Austria que en Rusia, en Francia que en Inglaterra, en Italia que en España, la constitución del Estado es cada vez más socialista. El principio formulado por la fisiocracia del «dejad hacer» y «dejad pasar» va cayendo en desuso, y aquí imponiendo el seguro obligatorio, y allí el descanso dominical, é instituyendo en otras partes protección á la invalidez, y aun limitando las horas en ciertos trabajos, poco á poco va el Estado interviniendo en todo, y regulando y tutelando todos los órdenes de la vida.

Wagner y los socialistas de la cátedra están de enhorabuena: la *monarquía social* por ellos patrocinada comienza á reinar en todas partes, encontrando su principal auxilio en los partidos conservadores, y aun en las instituciones religiosas, tanto católicas como protestantes.

No es nuevo ni original este apoyo que los partidos conservadores y cesaristas prestan al socialismo, ni es tampoco ilógico y antinatural.

Napoleón III aspiraba á ser el emperador de «la canalla», según su gráfica frase, y sabido es que Proudhon no ocultaba sus simpatías por el Imperio. Rusia y Alemania, donde el absolutismo domina en el Estado, son en la práctica infinitamente más socialistas que ninguna de las demás naciones europeas gobernadas por sistemas constitucionales.

La característica del socialismo es la intervención absoluta que para el Estado reclama. Nada fía á la iniciativa individual, ni nada á la sociedad como organismo

:

de vida. El Estado, según su sentir, debe tutelarlos todo, cuando no regularlos: lo mismo la producción material de la riqueza que el arte literario, la distribución de la riqueza que las ideas religiosas, las relaciones de los ciudadanos que las relaciones de la familia. El Estado no es para ellos un organismo de derecho, limitado en sus funciones á imponer la justicia y á restablecer la ley: es un organismo total, ético y económico que abraza todos los órdenes de vida y en todos obra ó debe obrar con autoridad discrecional.

Esto explica las simpatías con que le miran los partidos conservadores, desconociendo que los intereses más y en primer término comprometidos por el socialismo son precisamente los de aquellas clases que los conservadores se glorían de representar. El aspecto político no les deja ver el aspecto social. Cuando comiencen á verlo, retrocederán espantados como ha retrocedido ya el emperador Guillermo.

Cuando el Estado traspasa la esfera de sus funciones, que no son otras que las de garantizar el derecho y la justicia en todas las manifestaciones del orden social, comete una verdadera iniquidad, y estorba el desarrollo progresivo de las sociedades.

Impuso en algunas naciones el seguro obligatorio contra los accidentes, y ha podido convencerse ya que no ha conseguido otro resultado que dar ocupaciones burocráticas á unos cuantos empleados. El 60 por 100 de los fondos recaudados para este fin se han consumido en su administración, y, como es consiguiente, las *reservas para los salarios* se han visto disminuir, y el obrero ha sido el más perjudicado.

Con el descanso dominical y la protección del trabajo de las mujeres y niños ha sucedido lo propio. El obrero

descansa, pero se priva de un jornal que aumenta su situación aflictiva. La mujer y el niño no trabajan, pero tampoco producen, y no produciendo no comen, y la fatiga y el dolor de que se les quiere privar, antes se multiplica que disminuye.

Si los dolores y las aficciones que hoy sufren las clases trabajadoras han de tener algún alivio,—que de siglo en siglo lo van teniendo bien manifiesto,—no es del Estado de donde pueden esperarlo sino de sí mismas, y en la sociedad es donde pueden encontrar la redención.



El señor ministro de Hacienda ha presentado ya á las Cortes los presupuestos del Estado para el año económico de 1891-92.

Pocas modificaciones y pocas novedades presenta. Continúan la historia de España, que en materia de Hacienda pública es la historia de los déficits.

El 22 de Abril de 1876, al leer el Sr. Salaverría—primer ministro de Hacienda de la Restauración—sus proyectos de leyes financieras, se hizo eco de las halagüeñas esperanzas que abrigaba, de que, pacificada la Península, reorganizada la administración, funcionando regular y ordenadamente todos los organismos de la Monarquía, la Hacienda pública recobraría bien pronto su normalidad, la deuda disminuiría y los gastos se acomodarían á los ingresos.

De qué modo se han realizado aspiraciones tan legítimas, dan idea los siguientes datos que compendian á maravilla la historia financiera de la restauración.

Presupuestos. Ejercicios.	Sobrante ó déficit. Pesetas.
1876-77.....	— 12.880,952,80
1877-78.....	— 78.031,078,83
1878-79.....	— 75.738,513,45
1879-80.....	— 91.419,526,75
1880-81.....	— 76.084,888,53
1881-82 { Primer semestre.....	— 25.387,796,22
{ Segundo íd.....	+ 6.569,796,94
1882-83.....	+ 21.676,567,75
1883-84.....	— 43.189,222,53
1884-85.....	— 62.212,896,95
1885-86.....	—108.309,824,47
1886-87.....	— 91.646,930,13
1887-88.....	— 82.003,775,78
1888-89.....	—122.450,635,85
1889-90.....	— 61.738,611,06
Promedio anual.....	— 64.489,877,76

Quieren decir estas cifras que en el espacio de trece años se han consumido *mil millones* de pesetas más que lo que las rentas han producido, y quieren decir también que el problema financiero es en España gravísimo.

Poco hacen los conservadores por resolverle ó mejorarle siquiera. Los presupuestos del Sr. Cos-Gayón no se distinguen en nada de los anteriores.

Los ingresos ordinarios se calculan en 733.785,728 pesetas que, comparados con los del ejercicio corriente, presentan las diferencias siguientes:

	Aumentos.	Bajas.
Contribución de inmuebles, cultivo y ganadería.....	»	830,000
Idem industrial y de comercio.....	1.000,000	»
Derechos reales.....	2.000,000	»
Grandezas y títulos.....	50,000	»
Cédulas personales.....	»	1.000,000
Sueldos y asignaciones.....	»	142,110
Aduanas.....	4.880,000	»
Consumos.....	1.200,000	»
Aguardientes y licores.....	»	2.000,000
Timbre del Estado.....	»	1.000,000
Tabacos.....	»	3.000,000
Loterías.....	»	54.935,000
Propiedades y derechos del Estado.....	5.030,000	»
Recursos del Tesoro.....	»	15.800,000
	<hr/>	<hr/>
<i>Pesetas</i>	14.160,000	78.707,110
	<hr/>	<hr/>

La baja principal que se prevé procede de las loterías, y esto es una mera fórmula de contabilidad, porque esta venta, que venía figurando hasta aquí por un producto bruto, se la hace figurar ahora por un producto líquido: en esto está toda la diferencia. En cambio se presuponen aumentos en aduanas, consumos, derechos reales y contribución industrial á todas luces exageradas.

Los gastos ordinarios que se piden importan 752.703,928 pesetas contra 811.413,416 del presupuesto corriente. Proceden las diferencias:

	Aumentos.	Bajas.
Deuda pública (para 1891-92).....	3.338,805	»
Cargas de justicia.....	110,391	»
Clases pasivas.....	1.730,647	»
Gracia y Justicia.....	342,353	»
Marina.....	5.131,909	»
Gobernación.....	28,417	»
Presidencia del Consejo.....	»	2,667
Ministerio de Estado.....	»	18,320
Guerra.....	»	3.547,034
Fomento.....	»	10.332,766
Hacienda.....	»	827,751
Contribuciones y rentas públicas.....	»	54.663,473
	<hr/>	<hr/>
<i>Pesetas</i>	10.682,523	69.392,011
	<hr/>	<hr/>

Pero además de este presupuesto ordinario hay otro extraordinario de ingresos y de gastos.

Sumándolos ambos resulta que contra un ingreso calculado por contribuciones y rentas de 733.785,728 pesetas, van á gastarse ó consumirse 802.703,928 pesetas, lo que arroja un déficit inicial de 69 millones de pesetas.

Para atender á los déficits pasados, el Gobierno acude á la emisión de 250 millones de deuda amortizable al 4 por 100, 7 para enjugarlos dedos ó tres presupuestos futuros á la prórroga, como decíamos en nuestra anterior Revista, el privilegio del Banco de España, obligándose este establecimiento á entregar 150 millones de pesetas sin interés alguno por el período de 30 años, que durará la vida legal del Banco.

Tal es la obra del Sr. Cos-Gayón, que no añadirá de seguro mucha gloria á su nombre.

Ha mejorado bastante nuestro comercio exterior en el primer trimestre del año.

El valor de las importaciones asciende á 179.377,187 pesetas, seis millones más que en igual período del año anterior. El alza afecta al grupo de tierras, piedras y minerales, á los algodones y sus manufacturas y á los animales y sus despojos. El grupo de sustancias alimenticias figura en baja, y esta baja procede principalmente de los azúcares cubanos, que han tenido un descenso de tres millones de pesetas. La importación de trigo aumenta. En el citado período se ha introducido en España 50.257,783 kilogramos, contra 27.195,931 en el mismo del año anterior; su valor y distribución por países de procedencias, son los siguientes:

	1889 — <i>Pesetas.</i>	1890 — <i>Pesetas.</i>	1891 — <i>Pesetas.</i>
Estados Unidos.....	23,844	»	3,672
Francia.....	279,359	1.062,022	954,598
Rusia.....	3.054,243	2.891,781	5.542,791
Turquía.....	352,248	661,968	1.773,292
Otros países.....	814,919	279,494	772,049
<i>Totales.....</i>	<u>4.524,613</u>	<u>4.895,265</u>	<u>9.046,402</u>

que representa un aumento de valores de 4.161,137 pesetas. Es notable el aumento de las procedencias de Rusia y aun el de Turquía.

Esta alza en las importaciones de trigo no queda compensada con la baja en las harinas del mismo cereal. El valor de las importadas en los tres primeros meses del año corriente importa 698,978 pesetas, é importó en iguales meses del año anterior 2.289,051; baja, 1.684,072; el principal descenso afecta á las procedencias de Francia.

El resumen de las importaciones por clases en Enero,

Febrero y Marzo de los tres últimos años, alcanzó los valores siguientes :

CLASES DEL ARANCEL DE IMPORTACIÓN.	EN LOS TRES PRIMEROS MESES DE		
	1889 — Pesetas.	1890 — Pesetas.	1891 — Pesetas.
I.—Tierras, piedras, minerales, etc..	15.315,198	16.573,460	20.183,611
II.—Metales y sus manufacturas.	7,948,851	10.434,404	7.705,688
III.—Drogas y productos químicos.	10.808,641	13.528,395	12.324,060
IV.—Algodón y sus manufacturas.	34.684,867	29.237,707	36.923,294
V.—Las demás fibras vegetales y sus manufacturas. . .	8.631,502	7.559,913	7.411,628
VI.—Lana, pelos y sus manufacturas. . .	7.949,855	8.505,742	9.435,074
VII.—Seda y sus manufacturas.	4.628,271	4.516,668	4.330,107
VIII.—Papel y sus aplicaciones.	2.322,090	2.084,671	1.604,204
IX.—Madera y sus manufacturas.	12.422,566	11.029,648	11.204,796
X.—Animales y sus despojos.	12.433,512	11.091,614	12.273,638
XI.—Maquinaria, correajes y embarcaciones.	12.921,986	10.965,332	10.337,478
XII.—Sustancias alimenticias.	36.371,837	46.104,486	43.950,597
XIII.—Varios.	1.800,580	1.742,210	1.693,012
<i>Totales</i>	168.239,756	173.374,250	179.377,187

En la exportación hay que señalar, en primer término, una sensible baja en el grupo de *minerales* por valor

de 4 millones de pesetas, y que afecta al mineral de hierro casi en totalidad. Los *metales* y sus manufacturas acusan también un descenso de 2 millones de pesetas, que en buena parte procede de la *plata* en pasta y moneda, y sobre todo del plomo argentífero. El mercurio y la cáscara de cobre en alza. Las drogas y productos químicos, las manufacturas de algodón y de otras fibras vegetales, las de lana, las de seda y las de papel ofrecen pocas alteraciones. El grupo de *sustancias alimenticias* ha alcanzado una notable mejora. El valor de las exportadas en el período que examinamos en 1890 fué 98.060,551 pesetas; y en el de 1891, 124.158,176; alza, 26.097,625. El aumento principal procede de los *vinos ordinarios* (25.963,410), y aun de los de Jerez (1.995,110). La exportación á Francia, á pesar de todas las dificultades que en aquellas aduanas se oponen, ha tenido un progreso notable (26 millones); las de los demás países acusan más bien baja. Como baja de importancia en este grupo, hay que señalar la de las *naranjas*, de 2 y medio millones de pesetas, y la de aceite de olivas, que está en gran decadencia. La *harina de trigo* ha logrado un aumento de 2 y medio millones de pesetas.

El resumen de las exportaciones, por clases de mercancías en el trienio de los tres últimos años, es el siguiente:

CLASES DE LA TABLA DE VALORES.	EN LOS TRES PRIMEROS MESES DE		
	1889	1890	1891
	<i>Pesetas.</i>	<i>Pesetas.</i>	<i>Pesetas.</i>
I.—Minerales, cerámica, etc.....	26.378,091	25.582,879	21.062,773
II.—Metales y sus manufacturas.....	28.314,887	25.681,427	23.554,248
III.—Drogas y productos químicos.....	5.512,369	6.627,557	6.580,215
IV.—Manufacturas de algodón.....	4.030,722	4.670,558	4.283,526
V.—Ídem de otras fibras vegetales.....	591,523	531,640	757,632
VI.—Lana y sus manufacturas.....	3.519,075	2.986,377	2.440,646
VII.—Seda y sus ídem...	1.351,076	791,180	956,807
VIII.—Papel y sus aplicaciones.....	2.455,034	2.395,019	2.436,017
IX.—Madera y otras...	7.794,381	8.584,093	9.399,342
X.—Animales y sus despojos.....	11.710,825	11.433,925	11.260,220
XI.—Maquinaria.....	635,416	148,303	276,295
XII.—Sustancias alimenticias.....	115.727,743	98.060,551	124.158,176
XIII.—Varios.....	602,156	964,910	548,057
<i>Totales.....</i>	<u>208.623,298</u>	<u>188.458,419</u>	<u>207.713,954</u>

Los mercados bursátiles con grandes alteraciones. La mala situación de los mercados monetarios, es la causa principal. El oro escasea cada día más. Todas las naciones lo piden, y la producción, lejos de aumentar, disminuye.

Inglaterra, como centro y mercado universal, es la que sufre los mayores apuros. En la semana pasada ha elevado al 4 por 100 su tipo de descuento, y es difícil que pueda detenerse en él, sobre todo si Rusia persiste en retirar sus reservas.

En Portugal la crisis del oro ha tomado grandes proporciones. El Banco nacional no puede cambiar sus billetes por metal amarillo.

Todo esto ha producido una gran reacción en nuestra Bolsa, quedando los últimos precios el día 8 del corriente á los tipos siguientes :

Interior, 4 por 100.....	75,60
Exterior 4 por 100.....	76,42
Amortizable.....	88,20
Billetes de Cuba.....	97,60
Cédulas Hipotecarias, 5 por 100.....	100,85
Acciones Banco de España.....	425,00 por 100
Compañía de tabacos.....	87 —

CAMBIGS.

París á la vista.....	4,20
Londres.....	26,30

UN EX MINISTRO.

Sección Extranjera.

GUSTAVO FLAUBERT

EL ESCRITOR

I

CON la publicación de *Madama Bovary* se realizó una verdadera evolución literaria. Pareció entonces como si la fórmula de la novela moderna, esparcida en la obra gigantesca de Balzac, hubiese sido resumida y con toda claridad expuesta en las cuatrocientas páginas de un libro. Estaba ya escrito el código del arte nuevo. Solamente quedaba á los demás novelistas la tarea de seguir el camino trazado, afirmando en él su temperamento particular y procurando llevar á cabo descubrimientos individuales. Es cierto que los narradores de segunda fila prosiguieron buscándose la vida con sus historias soporíferas; es también cierto que los escritores que se habían labrado cierta notoriedad entreteniéndose á las señoras, no abandonaron sus cuentos perfumados; pero los principiantes de algún porvenir experimentaron violenta sacudida, y no existe hoy uno solo, entre los que se han logrado, que no haya de aceptar, cuando menos, un iniciador en Gustavo Flaubert.

El primer carácter de la novela naturalista, cuyo modelo es *Madama Bovary*, es la reproducción exacta de la vida, con ausencia absoluta de todo elemento ro-

mántico. Han de ser las escenas tales cuales se presentan por sí mismas, aunque escogidas y armonizadas por el autor para que formen un conjunto artístico. Deberán ser proscritas en absoluto las invenciones extraordinarias. Ya no es lícito presentar niños á quienes se marca, al nacer, con una señal, y que se pierden luego, y á los que se reconoce en el desenlace. Ya no son admisibles esos escritorios ó mueblecillos con secreto, ni esos papeles misteriosos que en el momento oportuno sirven para salvar á la inocencia perseguida. Puede decirse que ya ni hay siquiera intriga, por sencilla que sea. Balzac, en sus obras maestras *Eugenio Grandet*, *Los Parientes pobres* y *El Padre Goriot*, dió de este modo páginas de una desnudez magistral, en las cuales su imaginación no hizo sino crear lo verdadero. Pero antes de llegar á este cuidado único de pintar con exactitud, se había perdido durante mucho tiempo en las invenciones más singulares para la presentación de terrores falsos y de falsas grandezas.

Pero en el segundo carácter de la novela naturalista, es todavía más fácil de comprender esta diferencia. Necesariamente el novelista mata al héroe si no acepta otro procedimiento que lo usual en la existencia común. Entiendo por héroes los personajes á quienes se prestan grandezas desmedidas, los enanos á quienes se convierte en colosos. Cuando se concede escasa atención á lógica; cuando no se cuida de la relación que tienen entre sí las cosas, ni de las proporciones precisas de todas las partes de una obra, suele uno sentirse impulsado muy pronto, por el deseo de dar pruebas de fuerza, á prestar toda su sangre y todos sus músculos al personaje por el cual siente particularísima ternura. De aquí esas grandes creaciones, esos tipos sobrenaturales, siempre elevados y cuyos nombres quedan. Por el contrario, los hombres de verdad se empequeñecen y tienden á colocarse en su nivel, cuando al autor le preocupa sólo el propósito de escribir una obra verdadera, bien equilibrada, que sea fielmente el proceso verbal de una aventura cualquiera.

Señalaré, por último, un tercer carácter. El novelador naturalista desaparece por completo en la acción que narra. Es únicamente el que, oculto, pone en escena el drama. Nunca se exhibe al final de una frase. Nadie le oye reír, ni le ve llorar con sus personajes; ni él se permite nunca juzgar los actos de esos personajes mismos. Ese desinterés aparente es el rasgo más característico. Sería inútil buscar una conclusión, una moraleja, una lección cualquiera obtenida de los hechos. No hay en tales obras *efectismos* ni relumbrones, hay solamente hechos laudables ó punibles. El autor no es un moralista, sino un anatómico que se concreta á manifestar lo que él halla en el cadáver humano. Los lectores, si quieren, sacarán conclusiones, buscarán la verdadera moralidad, procurarán obtener una lección en el libro. Por lo que al novelista respecta, sólo puede decirse que ha de permanecer alejado, principalmente por respeto al arte, pues así deja á la obra su unidad impersonal y su carácter de proceso verbal grabado indeleblemente en mármoles.

II

Gustavo Flaubert nació en Rouen. Era un normando, ancho de hombros. Había en él algo de niño y algo de gigante. Vivía en una soledad casi completa; pasaba algunos meses del invierno en París, y trabajaba durante el resto del año en una propiedad suya, próxima á Rouen, á orillas del Sena. Casi tengo remordimientos por estos pormenores íntimos que doy sobre Gustavo. Flaubert está en cuerpo y en alma en sus libros; es inútil buscarle en otra parte. No tiene monomanías; no es coleccionista, ni cazador, ni dado á la pesca. Hace sus libros; nada más. Entró en la literatura como antiguamente se entraba en una orden religiosa, para gustar en ella todos sus goces y morir en ella. De esa manera se juzgó enclaustrado; empleando diez años en escribir un tomo; viviendo

en él á todas horas; refiriéndolo todo á ese libro; respirando, comiendo y bebiendo para ese libro. No conozco un hombre que merezca más justamente el nombre de escritor; éste consagró al arte toda su existencia.

Gustavo Flaubert tiene el trabajo de un fraile benedictino. Nunca adelanta sino sobre conocimientos exactos y precisos, cuya exactitud haya podido comprobar personalmente. Si se trata de una investigación en obras especiales, se impondrá el trabajo ineludible de frecuentar durante muchas semanas las bibliotecas, hasta que logre hallar los antecedentes deseados. Hasta cuando escoge, para colocar una escena, un horizonte imaginario, dedícase á buscar ese horizonte, tal cual él se le ha imaginado, y no se da por satisfecho hasta que logra descubrir un rincón del mundo que produzca en su espíritu una impresión parecida á la que él ha soñado. Consulta los grabados, los periódicos de la época, los libros, los hombres, las cosas. En *Madama Bovary* ha puesto Flaubert las observaciones de su juventud, el rincón de Normandía y los hombres que vió durante los treinta primeros años de su vida. Cuando escribió *La Educación sentimental* hubo de estudiar hondamente veinte años de nuestra historia política y moral, y condensar numerosos materiales proporcionados por toda una generación de hombres. Finalmente: para *Salammbô* y *La Tentación de San Antonio*, la tarea ha sido más considerable todavía; ha viajado por África y por el Oriente, y se ha impuesto el trabajo de estudiar con detenimiento y minuciosamente la antigüedad para sacudir el polvo de muchos siglos.

Compréndese bien la inevitable lentitud de semejante procedimiento. Así se explica la razón de que, siendo Flaubert extraordinariamente laborioso, sólo haya producido cuatro obras, las cuales han aparecido con grandes intervalos: *Madama Bovary*, en 1856; *Salammbô*, en 1863; *La Educación sentimental*, en 1869; *La Tentación de San Antonio*, en 1874. Flaubert trabajó en esta última obra por espacio de veinte años, abandonándola unas veces, reanudándola otras, sin quedar nunca satisfecho,

extremando sus escrúpulos de conciencia literaria hasta rehacer por cuatro ó cinco veces capítulos enteros.

El trabajo de su estilo es asimismo perseverante y cuidadoso. No soy aficionado á mirar por encima de los hombros de un escritor para sorprender los secretos de sus producciones. Hay, no obstante, revelaciones instructivas que son del dominio de la historia literaria. Gustavo Flaubert, antes de escribir la primera palabra de un libro, tenía en notas clasificadas y ordenadas materia para cinco ó seis tomos. Era muy frecuente que una página de noticias y de acotaciones le sirviera solo para escribir una línea. Flaubert trabaja siempre sobre un plan estudiado con madurez y arreglado en todas sus partes de una manera circunstanciada. En cuanto á la manera de redactar, parece tener el mismo método; creo que escribe de un tirón, y relativamente de prisa, determinado número de páginas, un trozo completo; torna después á repasar las palabras que dejó en blanco, las frases que no le parecieron muy felices; entonces es cuando se detiene y se fija en la más insignificante negligencia; entonces es cuando se obstina en buscar ciertos giros ó en hallar la expresión adecuada que huye. Lo primeramente escrito no es sino una especie de borrador, sobre el cual trabaja después semanas enteras. Quiere Flaubert que la página escrita salga de sus manos como una página de mármol, grabada para siempre, con pureza absoluta, que viva, por su propio valor, durante siglos.

Llego con esto al estilo de Gustavo Flaubert, uno de los estilos más castigados que conozco; y no es que este autor tenga, ni por asomo, tendencia clásica, traducida por una corrección gramaticalmente estrecha; sino que, según he dicho ya, cuida hasta de las comas, y emplea días, si es necesario, en una página para obtenerla tal cual la ha soñado. Persigue las palabras repetidas hasta á treinta ó cuarenta líneas de distancia. Pone gran cuidado en evitar sonsonetes duros y cacofonías. Proscribe muy especialmente la rima, las terminaciones aconsonan-

tadas; nada le parece que estropea más un trozo de prosa. Le oí decir con mucha frecuencia que una página de prosa buena era más difícil de escribir que una página de hermosos versos. La prosa tiene, por sí misma, una suavidad de contornos, una fluidez que dificulta mucho su paso por un molde sólido. Flaubert la deseaba dura como el bronce y resplandeciente como el oro. Con Gustavo Flaubert viene siempre á pararse en una idea de inmortalidad; en la aspiración constante á producir lo eterno.

Con semejante trabajo, el principal mérito de Gustavo Flaubert es, naturalmente, la sobriedad. Todos sus esfuerzos se dirigen á escribir poco y escribir completo. En un paisaje se contentará con indicar la línea y el color principales; pero procurará que aquella línea dibuje, y que este color pinte el paisaje entero. Lo mismo sucede con sus personajes; los hace surgir con una palabra, con un gesto. Cuanto más adelantaba tanto más tendía á convertir en algebraicas sus fórmulas literarias.

Gustavo Flaubert nació en el apogeo del período romántico; quince años contaba cuando ocurrían los éxitos ruidosos de Víctor-Hugo; en toda su juventud aparece el entusiasmo por la pléyade de 1830, y siempre ha conservado en su frente como una llama lírica de la edad de poesía que ha atravesado; hasta debe de tener en los cajones de su mesa, si es que los conservó, gran copia de versos, en que es indudablemente muy difícil conocer al prosista correcto y sabio, al par que minucioso, de *La Educación sentimental*. Transcurrido algún tiempo, llegada esa hora en la que el hombre mira dentro de sí y en rededor de sí, Flaubert comprendió cuál era su originalidad, y llegó á ser un gran novelista, un pintor implacable de la tontería y de la ruindad humanas. Pero en él quedó la dualidad; el poeta lírico no murió, antes permaneció siempre, casi omnipotente, viviendo en unión íntima con el novelista, reclamando á las veces sus derechos, pero con bastante prudencia para hablar solamente en los momentos oportunos. Precisamente por esta naturaleza doble, por esta necesidad simultánea de poe-

:

sía ardiente y de observación fría, ha brillado el talento original de Gustavo Flaubert. Yo le caracterizaría diciendo : es un poeta que tiene la sangre bastante fría para ver bien.

Convendrá profundizar más aún en el mecanismo de este temperamento. Gustavo Flaubert sólo abriga un odio : el odio á la tontería ; es uno solo , pero está sólidamente arraigado. Si escribe novelas, es seguramente por satisfacerle. Los imbéciles son para Gustavo Flaubert enemigos personales á quienes trata de aniquilar. Cada uno de sus libros viene á terminar en un aborto humano. Cuando el autor escribe *Madama Bovary* ó *La Educación sentimental*, deplora el poeta lírico la pequeñez de los personajes, la dificultad invencible de hacer algo grande con aquellos pobres hombres tan ridículos ; y se limita á deslizar, de vez en cuando, alguna palabra de fuego, alguna frase que vuela y va á perderse en las alturas. En otras ocasiones, en ciertas horas funestas, el novelador naturalista accede á colocarse en segundo término ; entonces es cuando aparecen en el libro esas espléndidas excursiones al país de la luz y de la poesía. El autor escribe *Salammbô* ó *La Tentación de San Antonio* ; hállase en medio de la antigüedad, cercado por la arqueología del arte, lejos del mundo moderno, de nuestras vestiduras estrechas, de nuestros caminos de hierro y de nuestro cielo gris que Flaubert abomina. Sus manos tocan y mueven telas de púrpura y collares de oro.

Compréndese á primera vista la originalidad del estilo de Gustavo Flaubert, sobrio y brillante al mismo tiempo. Fórmalo de consuno imágenes exactas y grandiosas imágenes. Viene á ser la verdad vestida por el poeta. Con él se anda siempre sobre un terreno sólido, y se echa de ver la firmeza del piso ; pero se camina también con perfecto desahogo, y con un ritmo de hermosura perfecta.

III

Pasando ahora á las obras de Gustavo Flaubert, las agrupo en dos parejas : *Madama Bovary*, *La Educación sentimental*, la una; *Salammbô* y *La Tentación de San Antonio*, la otra, sin cuidarme del orden cronológico de la publicación.

Lo he dicho ya, la aparición de *Madama Bovary* fué un acontecimiento de importancia. Sin embargo, el asunto del libro, la intriga es de las menos novelescas. Puede resumirse fácilmente en treinta líneas. Carlos Bovary, un médico rural muy mediano, casa en segundas nupcias con la hija de un arrendatario, Emma, que ha recibido una instrucción superior á su clase; la hija del campesino es una verdadera señorita, toca el piano y lee novelas. El matrimonio se establece en Yonville, pueblo pocos kilómetros distante de Rouen. Allí se apodera de Mad. Bovary el terrible hastío de las mujeres que viven fuera de su clase. Muy luego comprende cuán pobrehombre es su marido; aquella vida triste y monótona de provincia la mata; Emma siente aspiraciones vagas y extraordinarias. Como es natural, en el límite de todo esto se halla el adulterio. Sin embargo, Mad. Bovary lucha; se enamora primeramente de un joven, León Dupuis, el pasante del notario de Yonville; pero se enamora inocentemente, sin pensar siquiera en cometer una falta.

Mucho tiempo después, cuando ya León Dupuis ha partido, Emma se entrega bruscamente á otro hombre, Rodolfo Boulanger, un propietario de la comarca. Entonces aquella pobre mujer se trastorna; considérase ya en el apogeo de la gloria y se juzga vengada; tan exigente se hace, tan molesta, soñando siempre en huir con su amante, pensando en aventuras descabelladas, en amores eternos, que Rodolfo, asustado en su egoismo, la deja plantada. La caída de Emma es terrible; la infeliz se ator-

menta, martiriza su ternura, busca inútilmente consuelo en la religión, hasta que llega el día en que se encuentran de nuevo en Rouen Emma y León. Éste ocupa natural y necesariamente el puesto de Rodolfo, y torna á comenzar el adulterio; pero más vehemente, avivado esta vez por nueva sensualidad. Así continúan las cosas hasta que le llega á León el turno de hallarse satisfecho y asustado. Emma ha contraído deudas; cuando se ve abandonada por su amante y por todos, toma del bote de una farmacia un puñado de arsénico y lo traga. Su marido, ¡¡pobre hombre!! la llora. Algún tiempo después, Bovary se entera de los extravíos y desórdenes de su difunta esposa, y continúa llorándola. Una mañana, el viudo se encuentra á Rodolfo, va á beber con él una botella de cerveza, y le dice: «No le aborrezco á V.».

Á esto se reduce todo. Esto, en un periódico de noticias, hubiese dado materia para diez líneas de «sucesos del día». Pero es necesario leer aquella obra, en toda la cual se sienten las palpitaciones de la vida. Hay en el libro algunos trozos realmente preciosos, muchos de los cuales se han hecho ya clásicos: el matrimonio de Emma y Carlos; la escena de los comicios agrícolas, durante los cuales Rodolfo corteja á la joven; la muerte y el entierro de Madama Bovary, que tiene tan terrible verdad. Es una manera de presentar la acción constantemente tal cual debe aparecer; sin extravíos de la imaginación, sin invención de ninguna clase. El movimiento, el color llegan para producir la ilusión. El escritor realiza este prodigio: desaparecer por completo, y hacer, sin embargo, que se sienta por todas partes la habilidad del gran artista.

El personaje de Madama Bovary, ese tipo visto sin duda y copiado por Gustavo Flaubert, ha pasado ya á esa región especial en que se mueven las grandes figuras de la creación humana. Se dice: «es una Bovary», como debió de empezar la gente á decir en el siglo xvii: «es un Tartufo». Consiste esto en que Madama Bovary, aunque individual, aunque viviendo vida personal y propia, es un

tipo general. Hállasela en Francia por todas partes, en todas las clases y en todas las esferas. Emma es la mujer que vive fuera de su centro, descontenta con su suerte, mortificada por un vago sentimentalismo, sin representar su papel de madre y esposa. Emma es además la mujer ofrecida inevitablemente al adulterio; es, en fin, el adulterio mismo; la falta al principio tímida, poética, después triunfante, jactanciosa. Gustavo Flaubert ha puesto empeño en no olvidar un rasgo sólo de esta figura; la toma desde la infancia, estudia las manifestaciones primeras de su sensualidad, manifiesta su orgullo volviéndose contra ella misma, y en resumen, ¡qué de circunstancias atenuantes! ¡Cómo se ve que el autor todo lo explica y todo lo perdona! Cuantos enredados de Emma viven son culpables como ella. Aquella pobre mujer muere de la estupidez que la rodea. Solamente que en la realidad no siempre sobreviene el drama para desenlazar este linaje de historias: el adúltero, por regla general, muere en su cama, de muerte natural y tranquila.

Desgraciadamente tengo muy poco espacio para dedicarlo á cada novela. Por precisión, mi trabajo ha de resultar incompleto. Libros así son verdaderos mundos.

Entre el vulgo, un incidente dió á *Madama Bovary* extraordinaria resonancia. El ministerio fiscal se consideró en el caso de perseguir al autor por supuesto delito de ataques á la religión y á la moral pública. Estábamos entonces en el período más culminante de la hipocresía de aquellos primeros años del Imperio. Necesito, imprescindiblemente, decir algo de aquel proceso que pertenece á nuestra historia literaria. Los extractos de aquellos debates jurídicos llenaron las columnas de los periódicos, y Gustavo Flaubert salió de ellos aclamado, popular y reconocido como jefe de una escuela. He ahí uno de los más hermosos triunfos de la justicia. La acusación fiscal presentada por M. Ernesto Pinard es un documento muy curioso. Gustavo Flaubert la ha publicado en la última edición de su libro; hoy es imposible leerlo, sin gran asombro. Una obra maestra de nuestro idioma aparece

tratada como una acción pecaminosa; el ministerio fiscal la critica de una manera tan injuriosa como deplorable, atacando las páginas más bellas del libro, patullando en el terreno del arte á fuer de juez desconcertado, exponiendo en literatura ideas violentas que habría debido reservar para casos de robo ó de asesinato. Nada más desastroso que un hombre grave cuando se considera obligado á defender las buenas costumbres que nadie amenaza, ni con el pensamiento.

Toda nuestra generación de escritores ha ido bastante lejos, gracias á Dios. Cada vez se ha adelantado más en la investigación de lo verdadero, en el análisis del hombre, en la pintura de sus pasiones: las sentencias de un tribunal no detienen la marcha del pensamiento.

Me he detenido demasiado en *Madama Bovary*; habré de consagrar menos líneas á *La Educación sentimental*. En esta segunda novela, Gustavo Flaubert ensanchaba su cuadro. La obra no era solamente la vida de una mujer, ni se desarrollaba esta vez en un rincón de Normandía. El novelista pintaba toda una generación, y abarcaba un período histórico de doce años, de 1840 á 1852. Tomaba por marco la agonía lenta é intranquila de la monarquía de Julio, la existencia febril de la república de 1848, cortada por las descargas de fusilería de Febrero, de Junio y de Diciembre. En esa decoración colocaba personajes con quienes él mismo se había codeado en su juventud, los personajes reales de aquel tiempo, toda una muchedumbre de yentes y vinientes que viven la vida de la época. La obra de Flaubert es la única novela verdaderamente histórica de que tengo conocimiento; la única verídica, exacta, completa, en la que la resurrección de las horas ya idas se verifica sin dejar huella de los recursos del oficio.

Hay más: la dificultad mayor que *La Educación sentimental* presentaba era la elección de los personajes. Gustavo Flaubert se ha propuesto pintar en su libro lo que él, con sus propios ojos, ha visto en los años de que habla, el incesante aborto humano, la constante

renovación de la tontería. El verdadero título del libro era: «*Los frutos secos*». Todos sus personajes se agitan en el vacío, giran como veletas, abandonan la presa por la sombra, se empequeñecen más y más á cada nueva aventura, van hacia la nada, sátira sangrienta en el fondo, pintura terrible de una sociedad trastornada, extraviada y que vive al día; libro formidable en el cual la imbecilidad es épica, el género humano adquiere la importancia de hormiguero, lo feo, lo oscuro, lo ruín arraiga y se entroniza. Es un magnífico templo de mármol levantado á la impotencia. Entre todas las obras de Gustavo Flaubert, esta es seguramente la más personal, la concebida con más grandeza, la que le ha costado más trabajo y la que ha de ser durante mucho tiempo menos comprendida.

En *La Educación sentimental* es adonde Gustavo Flaubert afirmó por primera vez, más resuelta y más conscientemente, la fórmula literaria que práctica. La negación de lo romántico en la intriga, la reducción de los seres al tamaño y dimensiones humanos, las proporciones justas observadas en los pormenores más insignificantes, toda su originalidad, en fin, adquieren en esa obra extraordinaria energía. Seguro estoy de que esta obra es la que ha costado á Flaubert mayor esfuerzo, porque nunca ha profundizado más en el estudio de la humanidad fea, y nunca el poeta lírico que hay en él ha debido lamentarse y llorar tan amargamente. En esta obra extensa, la más extensa que Gustavo Flaubert ha escrito, no hay una sola negligencia. El autor sigue imperturbablemente su camino, sin pararse en lo enojoso de la tarea, ni procediendo, como Balzac, por medio de trozos de análisis razonado, en los cuales aún puede consolarse el escritor, sino por narraciones siempre dramáticas, puestas en acción siempre. Flaubert ha sido, puede presumirse, tan implacable consigo mismo como con la sociedad estúpida que ha retratado.

IV

Entro ahora en el examen de *Salammbô* y *La Tentación de San Antonio*, esos dos vuelos de Gustavo Flaubert por encima de la fealdad del mundo de la burguesía; esa excursión espléndida del poeta lírico, del ardiente colorista, feliz al cabo por hallarse en su verdadero país de luz, de perfumes y de telas resplandecientes. Gustavo Flaubert es un oriental expatriado. Échase de ver cómo se solaza, respirando con libertad, cuando puede hablar de libertad y de vigor sin mentir. Las obras queridas por él, las que ha debido de escribir sin fatigarse, á pesar de las innumerables investigaciones que le han costado, son, indudablemente, *Salammbô* y *La Tentación de San Antonio*.

No hay en nuestra literatura un comienzo que pueda ser comparado con el primer capítulo de *Salammbô*; es una maravilla. Los Mercenarios celebran con un festín, en los jardines de Hamílcar, el aniversario de la batalla de Grix. La rudeza y la glotonería de los soldados, el brillo de la mesa, los extraños manjares, la decoración del jardín, con el palacio de mármol en el fondo; palacio que levanta sus cuatro pisos de azoteas, adquieren en ese estilo vigoroso y lleno de color (cada una de cuyas palabras tiene la exactitud de tono necesaria) un resplandor extraordinario. Allí aparece Salammbô, bajando la escalera de palacio, para llorar por los peces sagrados que los Mercenarios han matado en los viveros. Allí es también donde comienza la rivalidad y los celos entre Mathô, de Libia, y el jefe numida Narr-Havas, locamente enamorados ambos de la hija de Hamílcar.

Cartago, muy debilitada, teme á los Mercenarios que la han ayudado en las últimas guerras; la ciudad no puede pagarlos, y no sabe cómo desembarazarse de tales acreedores. Hamílcar, su jefe, ha desaparecido. Después

del festín con que principia el libro, Cartago envía á los Mercenarios á Sicca ; y así que los ve fuera de la ciudad, cierra sus puertas. Entonces Spendio, un esclavo griego, á quien Mâtho ha redimido, arroja, por venganza, á los Mercenarios contra la ciudad. Al propio tiempo el antiguo esclavo favorece la pasión de Mâtho, á quien Salammbô ha trastornado el juicio, haciéndole penetrar en Cartago, por el cauce de un acueducto ; después le impulsa á robar el manto sagrado de Tanit, manto que hace inviolable al que lo lleva. Mâtho, envuelto en la prenda robada, vuelve á ver á Salammbô ; ésta le rechaza, le maldice, y el enamorado atraviesa la ciudad cubierto por el velo, y por él protegido, pasa en medio de los habitantes, que miran cómo se les va su fortuna. Los Mercenarios derrotan al *sufeta* Hannón ; la República va á perecer cuando Hamílcar reaparece. Hamílcar gana á los soldados insurrectos la batalla de Macar, y sostiene contra ellos la guerra. Pero acaso sus esfuerzos resultarían inútiles, si Salammbô, instigada por Schahabarim, el gran sacerdote eunuco de Tanit, no fuera para entregarse á Mâtho, á la tienda de éste ; mientras duerme el guerrero, Salammbô huye con el manto sagrado. Esto no obstante, Spendio pone todavía á Cartago á dos dedos de la perdición, cortando el acueducto y privando de esta manera de agua á los habitantes. Hay en ese trozo un episodio soberbio: el sacrificio humano á Moloch para apaciguar al dios ; se resuelve á pedir á Hamílcar que entregue su hijo Aníbal, á quien está educando en secreto y al que logra salvar. Por fortuna, empieza á llover ; Narr-Havas entrega á Mâtho, con el cual había pactado alianza. Cartago puede ser provista nuevamente y se libra. Al desenlace, Hamílcar ha encerrado á los Mercenarios en el desfiladero de *La Hache*, y los deja allí perecer de hambre, agonía espantosa de un ejército, que es uno de los pasajes más prodigiosos del libro. Mâtho cae prisionero, y es condenado á recorrer la ciudad desnudo, atadas las manos á la espalda, recibiendo golpes de los habitantes, formados á su paso, y llega horrible, ensangrentado, con

las carnes destrozadas, á dar su último suspiro ante Salammbô ; ésta, cuando Narr-Havas triunfador le tiende la copa de esponsales, cae fría, rígida, con la boca entreabierta. « Así murió la hija de Hamílcar por haber tocado el velo de Tanit. »

Esta figura de Salammbô es lo verdaderamente extraño del libro. En una carta que Gustavo Flaubert escribe á Sainte-Beuve, el cual reprochaba al novelista por haber reproducido una Mad. Bovary, cartaginesa, dice el autor: « ¡ Eso no! Mad. Bovary está agitada por pasiones múltiples ; Salammbô, por el contrario, está constantemente poseída por una idea fija. Es una monomaniaca ; una especie de Santa Teresa. Esta creación viene á ser, por lo tanto, como el tipo del misticismo pagano, de la fatalidad y de la eternidad en la idea del amor. Es de quien la ha poseído. Salammbô no deja la adoración de Tanit, sino para quedar marcada con el primer beso que ha recibido ; la hija de Hamílcar no quería ese beso ; pero habrá sido el primero y el último, y por él morirá ».

¡ Y qué de escenas magníficas ! ¡ Qué de descripciones prodigiosas ! He mencionado el festín ; puedo agregar á éste las invocaciones de Salammbô á la luz blanca de la luna ; la visita hecha al templo de Tanit por Mâtho y por Spendio cuando van á robar el velo sagrado ; la bajada de Hamílcar á los subterráneos donde guarda sus tesoros ; la batalla de Macar, en que hay una carga de elefantes que se ha hecho célebre ; la escena de la tienda, cuando Salammbô cae en brazos del de Libia ; el sacrificio á Moloch ; la agonía de los Mercenarios en el desfiladero de *La Hache*, y por último, la carrera insensata de Mâtho, golpeado por todos los habitantes de la ciudad, sin ver más que á Salammbô, á cuyos pies llega para dar allí el último suspiro.

Estos cuadros no están trazados con la embriaguez de lirismo que Víctor-Hugo habría puesto seguramente en ellos. Lo repito : Gustavo Flaubert es siempre el hombre exacto, dueño en todas las ocasiones de cada color que emplea. De este modo da brillantez sólida, sin igual, á

todo lo que pinta. El oro, las joyas, los mantos de púrpura, los mármoles resplandecientes, sin que se advierta confusión, ni amontonamiento; los hechos extraordinarios, calles de leones crucificados, el *sufeta* Hannón mo- jando sus manos en la sangre de los enemigos degollados para curarse la lepra; la serpiente enroscándose enrede- dor de los miembros desnudos y adorables de Salammbô; todo un ejército muriendo de hambre, colócanse por sí mismos en su sitio y no desentonan. La obra es de un tejido sólido, de un arte infinito y de una corrección admirable. Adivínase en aquellas pinturas un terreno perfectamente conocido por el autor.

La Tentación de San Antonio es el último libro pu- blicado por Gustavo Flaubert. Es la más extraña y la más brillante de sus obras. En ella ha empleado veinte años de investigación, de retoque, y mucho talento y toda su conciencia. Procuraré dar, en pocas palabras, idea de esta obra.

San Antonio se halla en el umbral de su choza, sobre el pico de una montaña de Thebaida. Cae la tarde; el ermi- taño está fatigado de un día de privaciones, de continen- cia y de trabajo. Entonces, en medio de las sombras que adelantan, Antonio siente que se debilita. El diablo, que le acecha, logra dormirle y le lanza á sueños cobardes. El solitario pasa una noche de horribles pesadillas y de tentaciones ardientes. San Antonio comienza por recor- dar, echándola de menos, su infancia, á su novia Ammo- naria, muy amada por él en tiempos ya lejanos; poco á poco, el ermitaño se desliza por aquella pendiente, y llega hasta la queja; celebraría ser gramático ó filósofo, soldado, obrero, comerciante rico y casado. Voces que proceden de las tinieblas le ofrecen mujeres, montes de oro, mesas cargadas de exquisitos manjares. Tal es el principio de la tentación: los apetitos vulgares, las sa- tisfacciones del bruto. Sueña después el ermitaño que es confidente del emperador; que posee el poder por com- plete. Encuéntrase después en un palacio resplandecien- te, en medio de un festín de Nabucodonosor; y, ahito de

excesos, siente la necesidad de convertirse en bestia; se pone á cuatro pies, y muge como un toro. Después de haberse azotado para castigar aquella visión, surge otra: la reina de Saba llega á ofrecérsele, juntamente con sus tesoros, y le presenta su preciosa garganta, haciéndole estremecerse de deseos. Desvanécese todo: el diablo toma la figura de Hilarión, antiguo discípulo de Antonio, para atacar á éste en su fe religiosa. Hilarión le prueba la oscuridad, las contradicciones del Antiguo y del Nuevo Testamento. Guíale en un viaje inaudito á través de las religiones y de las teogonías: primeramente las religiones; luego las cien herejías á cual más monstruosas, todas las formas de la locura y del furor del hombre; en segundo lugar, los dioses; un desfile de dioses abominables y grotescos, que van todos, uno por uno, á hundirse en la nada; desde los dioses de sangre de los tiempos remotos, hasta los dioses poéticos y hermosos de Grecia. Aquel viaje termina en el espacio infinito, entre el polvo de los mundos, en medio de ese cielo de la ciencia moderna, que Satanás hace recorrer al ermitaño, llevándolo montado en la espalda, y que Antonio contempla aterrado ante lo infinito. El demonio se ha engrandecido extraordinariamente, se ha transformado en la ciencia. San Antonio torna á caer en la tierra; oye las espantosas disputas de la *Lujuria* y de la *Muerte*, de la *Esfinge* y de la *Quimera*. Abísmase, en fin, en la bandada de animales fabulosos, de los monstruos de la tierra; sigue bajando; se halla en la tierra misma, en los vegetales, que son seres vivos, en las piedras, que son vegetales. He aquí ahora su último grito: «Anhele volar y nadar; quiero ladrar y mugir y relinchar; deseo poseer alas, tener una concha, llevar una corteza, lanzar humo, tener trompa, retorcer mi cuerpo, repartirme por todas partes, estar en todo lo que existe, convertirme en emanación con los perfumes, desarrollarme lo mismo que las plantas, deslizarme como el agua, vibrar como el sonido, brillar como la luz, encerrarme bajo todas las formas, penetrar en cada átomo, bajar hasta el fondo de la materia, ser la

materia misma». El poema concluye; la noche termina; todo se reduce á una pesadilla más que se desvaneció en las sombras. El sol aparece, y en su mismo disco irradia luz infinita la figura de Jesucristo; Antonio hace la señal de la cruz, y reanuda sus rezos.

Nunca se ha dado bofetón como este á la humanidad. Muy lejos estamos aquí de la sátira discreta, de la disimulada risa de *Madama Bovary* y de *La Educación sentimental*. Ya no pinta Gustavo Flaubert la tontería de una sociedad, como para vengarse de ella; es la tontería de todo el mundo. Aún hay después de esto un capítulo, el último, aquella saturación de Antonio en la materia, aquel grito del deseo enfrente de la tierra negra y profunda; esta conclusión del dolor universal es el eterno engaño de la existencia.

La Tentación de San Antonio contiene trozos de primer orden.

Un libro así—me refiero solamente á la concepción y á la realización artísticas sin hablar del concepto filosófico que nos llevaría demasiado lejos—es la obra de un gran escritor, del escritor más grande que nuestra literatura tiene en este momento. Gustavo Flaubert, á pesar de las dudas de los lectores y de los escrúpulos de la crítica, se muestra en este libro superior: más grande y más vigoroso que nunca, en la cúspide.

V

Fáltame indicar cuál es la actitud del público con respecto á Gustavo Flaubert.

He dicho ya que el éxito de *Madama Bovary* fué rápido como el rayo. En una semana, Gustavo Flaubert logró ser conocido, celebrado, aclamado. No conozco en este siglo, en nuestra época, en que veinte obras apenas si dan á conocer el nombre de un autor, otro caso de una reputación adquirida así, de una sola vez. Y no se trata ya

solamente de la popularidad, sino de la gloria. Poníasele en primera fila, al frente de los novelistas contemporáneos. Transcurridos veinte años, Flaubert conserva todavía enrededor de su frente la aureola de aquel triunfo.

Pero el público le ha hecho pagar muy pronto esta gloria. No parece sino que se ha querido tomar el desquite de aquella admiración franca, irresistible, producida por *Madama Bovary*. No ha vuelto á publicar un libro sin que haya sido discutido violentamente y hasta negado; y este rencor y esta hostilidad de la crítica ha ido en aumento á cada libro nuevo. *Salammbô* produjo aún ruido enorme, ruido en el cual ya tomaron mucha parte las burlas. *La Educación sentimental*, esa obra tan compleja y tan profunda, caída en las últimas convulsiones del imperio, pasó casi inadvertida en medio de una indiferencia desconcertada. Por último: *La Tentación de San Antonio*, recientemente, ha sido atacada con extrema violencia, sin que haya habido un solo crítico que se atreviese á examinar la obra con seriedad y á señalar sus bellezas prodigiosas. Esta es la verdad, la triste verdad: consiste esto en que los libros de Gustavo Flaubert son demasiado sinceros y demasiado originales para el público parisiense. Los lectores frívolos de periódicos callejeros no ven en ellos más que asuntos para sus bromas necias; la prosa se apodera de las situaciones; la caricatura de los personajes, y pronto se produce una carcajada universal con ocasión de las cosas menos risibles del mundo. Hay que conocer ese público extraño (algunos millares de personas á lo más, pero que producen ruido de cien mil), para formarse idea de los extravagantes juicios que formula. Un escritor ha trabajado veinte años en una obra; un caballero particular cualquiera la hojea en veinte minutos, y la tira diciendo: «Es fastidiosa»; se ha concluido, el libro está condenado.

Debo agregar que el libro, desenvolvimiento de la inteligencia de Flaubert, no estaba hecho para conquistarle el favor de la muchedumbre. Se le exigía que diese una segunda *Madama Bovary*, sin comprender que un

escritor, al retroceder, se empequeñece. Flaubert, obedeciendo los impulsos de su temperamento, ha ensanchado cada vez más su análisis. Cada una de sus obras ofrece una tentativa nueva, razonada y llevada á cabo con firmeza admirable. Digo más: cada una de ellas ha sido un gran paso hacia adelante, una fase de ese talento tan claro y de tanta conciencia. Ya se volverá sobre las críticas lanzadas contra *La Educación sentimental* y *La Tentación de San Antonio*. Es necesario que esos libros se maduren.

Gustavo Flaubert será siempre una de las figuras más eminentes de nuestra literatura contemporánea. Todos se inclinan respetuosamente ante él. Toda la generación nueva reconoce en él un maestro. Y, ¡cosa extraña!, en esta ocasión tocamos con el dedo la enfermedad francesa: Gustavo Flaubert vive retraído, rodeado apenas por algunos amigos, sin bullicio y sin arrastrar en pos el rebaño de sus admiradores. Sin embargo, el genio francés, en estos momentos, la lengua francesa en su pureza y en su brillo se hallan en ese escritor solitario, abandonado, cuyo nombre aparece en los periódicos, cuando mucho una vez al mes, siendo así que las trompas de la fama y del entusiasmo deberían sonar sin descanso con el nombre de ese autor, porque Flaubert es realmente honra y gloria de Francia.

EL HOMBRE

Si alguna vez escribiera yo mis memorias, esta sería una de las páginas más sentidas. Me propongo reunir mis recuerdos de Gustavo Flaubert, el ilustre y queridísimo amigo, perdido, poco ha, para siempre. Acaso resultarían algo desordenados estos recuerdos; aspiro solamente á ser exacto y completo. Me parece que tenemos la obligación de alzar con toda exactitud la figura de un gran escritor, nosotros, los que hemos vivido de su vida misma

durante los últimos diez años de su existencia. Tanto más han de amarle, cuanto mejor le conozcan, y siempre ha sido una tarea noble la tarea de destruir preocupaciones. ¡Pensemos todos en el tesoro que ahora poseeríamos si desde el día siguiente de haber muerto Corneille ó Molière algún amigo nos hubiera pintado al hombre ó explicado al escritor en un análisis escrupuloso tomado de las mejores fuentes de la observación propia!

I

La muerte de Gustavo Flaubert ha sido para todos nosotros como un rayo. Seis semanas antes del domingo de Pascua realizamos un propósito que hacía tiempo teníamos, Goncourt, Daudet, Charpentier y yo; habíamos ido á pasar veinticuatro horas en casa de Flaubert, en Croisset; habíamosle dejado, muy satisfechos de nuestra escapatoria, conmovidos por su hospitalidad paternal, y citándonos todos en París hacia los primeros días de Mayo época en la cual se proponía Gustavo trasladarse á esa población para pasar en ella dos meses. El sábado 8 de Mayo, estaba yo en Médan donde me había instalado tres días antes, y me sentaba á la mesa muy contento porque me veía por fin libre del polvo de la mudanza, pensando ya para el día siguiente en una mañana de trabajo serio, y me llegó un telegrama. Cuando en el campo recibo un telegrama, siento que el corazón se me encoge, temeroso siempre de una mala noticia. Empecé á bromear, sin embargo; toda mi familia estaba allí, y dije riendo que el telegrama no nos impedía cenar. Una vez abierto, leí estas dos palabras: «Flaubert muerto». Maupassant era quien me telegrafiaba esas dos palabras, sin más explicaciones. Un mazazo en el cráneo.

¡Le habíamos dejado tan bueno, tan alegre, con el gozo de haber concluido un libro! Ninguna otra muerte podía causarme más emoción ni mayor sorpresa. Hasta

el día de las exequias, lo tuve constantemente delante de mis ojos; veíalo á cada instante, especialmente de noche; llegaba bruscamente, su recuerdo estaba en el término de todos mis pensamientos, con ese horror frío que lleva la idea «para siempre». Era aquello un estu-
por preñado de protestas. El martes por la mañana partí para Rouen, hube de tomar el tren en la estación próxima, y atravesar la campiña á los primeros rayos del sol; la mañana era hermosísima; largas flechas de oro que se abrían paso á través del follaje, lleno con el gorjeo de los pájaros, frescas brisas que subían desde el Sena y pasaban con estremecimiento de frío entre el calor. Cuando me vi completamente solo, en esta risueña campiña, cuando oí el ruido de mis pasos sobre las piedrecillas del sendero, sentí que subían lágrimas á mis ojos. Me acordaba de él, pensaba que había terminado, que ya no vería nunca el sol.

En Mantes tomé el expreso. Daudet estaba ya en el tren con varios escritores y algunos periodistas que no habían vacilado en molestarse; varios amigos fieles, cuyo reducido número me oprimió el corazón; noticieros (*reporters*) ejerciendo su oficio con una aspereza que algunas veces me hacía daño. Goncourt y Charpentier, que habían partido la víspera, estaban ya en Rouen. En la estación nos esperaban los carruajes; Daudet y yo comenzamos nuevamente aquel viaje que, seis semanas antes, habíamos emprendido tan alegremente. Pero no debíamos llegar hasta Croisset. Apenas abandonamos el camino de de Canteleu, nuestro cochero se detuvo, aproximándose á un cercado; el cortejo fúnebre nos salía al encuentro, aunque aún nos lo ocultaba una arboleda que había al volver el camino. Nos apeamos y descubrimos nuestras cabezas. Allí había recibido yo el terrible golpe que causaba mi angustia. Flaubert, nuestro buen amigo, el gran escritor, parecía venir á nosotros descansando en su féretro. Veíale yo aún en Croisset saliendo de su casa, y estampando sonoros besos en nuestras mejillas. También ahora nos encontrábamos otra vez; la última. De nuevo

:

adelantaba hacia nosotros como para darnos la bienvenida. Cuando vi el coche mortuorio con sus colgaduras, sus caballos marchando al paso, su balanceo fúnebre, desembocar por detrás de la arboleda en el camino, y venir derecho hacia donde yo estaba, sentí frío, y principié á temblar. Á derecha y á izquierda hay prados extensísimos; los cercados interrumpen los pastos; los álamos ocultan el cielo; aquello es un rincón frondoso de la fértil Normandía que verdea en una sábana de sol. El carruaje funerario adelantaba siempre, en medio de verdura, y bajo el cielo infinito. En una pradera, una vaca asomaba con asombro su hocico por encima del cercado; cuando el cuerpo pasó, la vaca se puso á mugir, y sus mugidos dulces y prolongados, en aquel momento confundíéndose con el ruido de los caballos y del cortejo, parecían como la voz lejana, como el sollozo de aquella campiña que tanto había querido el muerto. Siempre oiré aquella lamentación de la bestia.

Entretanto, Daudet y yo nos habíamos colocado á la orilla del camino, muy pálidos y sin pronunciar una palabra. No necesitábamos hablar; nuestro pensamiento fué el mismo; cuando las ruedas del coche mortuorio nos rozaron, «el *viejo* pasa», dijimos á la vez, y pusimos en esa palabra toda nuestra ternura hacia él, todo lo que debíamos al amigo, al maestro. Los diez últimos años de nuestra vida literaria se levantaban ante nosotros. Entretanto, el coche fúnebre adelantaba siempre, con su balanceo triste, á lo largo de las praderas y de los cercados; detrás estrechamos las manos á Goncourt y á Charpentier, cambiando con ellos algunas palabras insignificantes, y mirándonos con el aire de sorpresa y aturdimiento de las grandes catástrofes. Lancé una mirada hacia el cortejo: apenas llegábamos á doscientos. Desde luego comencé á caminar perdido, con paso desigual de rebaño.

El cortejo, al llegar al camino de Canteleu, había torcido y comenzaba á subir la cuesta. Croisset es sencillamente un grupo de casas edificadas á orillas del Sena, y

que dependen de la iglesia de Canteleu, y cuya iglesia, viejísima, se halla emplazada en lo más alto, entre árboles. El camino es soberbio: una ancha carretera que serpentea entre praderas y campos de trigo; á medida que el caminante sube, la llanura se ahonda, ensanchándose, hasta perderse de vista, el inmenso horizonte con la corriente enorme del Sena á través de bosques y pueblecillos. Á la izquierda, Rouen presenta el mar oscuro de sus cubiertas, en tanto que las humaredas azuladas de la derecha confunden con el cielo las lontananzas. Á lo largo de aquella cuesta tan áspera, la comitiva se había desordenado bastante. Á cada vuelta del camino el coche mortuorio desaparecía entre el follaje; después volvíamos á verle más lejos, próximo á un campo de avena, del que las colgaduras flotantes hacían volar espantados una bandada de gorriones. Algunas nubecillas atravesaban el puro cielo de la mañana. De vez en cuando pasaban ráfagas de viento que levantaban polvaredas blancas, volando entre los rayos del sol. Todos estábamos ya blancos, y la subida no acababa; el horizonte continuaba ensanchándose. Este cortejo, á través de aquella campiña, en frente de aquel valle, adquiriría grandeza. Detrás, unos treinta carruajes, casi todos vacíos, subían trabajosamente.

Entonces fué cuando Maupassant me contó algunos pormenores de los últimos momentos de Flaubert. Maupassant había acudido la noche misma del fallecimiento; había encontrado aún á Flaubert en el sillón de su gabinete, donde le había atacado la apoplejía. El autor de *Madama Bovary* vivió como soltero, servido solamente por una criada. La víspera, cediendo á la necesidad de expansión, había dicho á la sirviente que estaba muy contento: su libro *Bouvard y Pécuchet* estaba terminado, y él se proponía trasladarse el domingo á París. El sábado por la mañana tomó el baño: después volvió á subir á su gabinete, donde no tardó en sentir cierto malestar. Como solía padecer de crisis nerviosas, después de las cuales acababa por desvanecerse y permanecía sumido en sueños

pesados, creyó que sería aquello un ataque de esa índole, y no se alarmó. Pero llamó á la criada para que avisase al doctor Fortier, que habitaba en las inmediaciones. Después mudó de parecer, y dijo á la criada que permaneciese á su lado, mandando además que le hablase; en sus crisis necesitaba oír á alguien vivo á su lado. No estaba inquieto; hablaba para manifestar que le habría molestado mucho más el acceso sobreviniendo al día siguiente en el ferrocarril; se quejaba de verlo todo amarillo en rededor suyo; se admiraba de tener todavía fuerzas para destapar un frasco de éter que él mismo había ido á tomar en su habitación. Después, y ya de vuelta en su despacho, lanzó un suspiro y dijo que se sentía mejor. Sin embargo, las piernas parecían como rotas; habíase sentado en un diván turco, colocado en un rincón de la estancia. Y de pronto, sin pronunciar una palabra, se echó hacia atrás: estaba muerto. Es seguro que él no se veía morir. Durante muchas horas se creyó que aquello era un letargo. Pero la sangre le había subido al cuello; la apoplejía estaba allí, en un collar negro, como si le hubiese ahogado. Hermosa muerte, golpe envidiable, y que me ha hecho desear para mí y para todos aquellos á quienes amo, ese aniquilamiento de insecto aplastado por dedos gigantes.

Llegamos á la iglesia; una torre romana, en la cual una campana tocaba á muerto. En el atrio, cuatro aldeanos se colgaban de la cuerda obstruyendo la puerta principal con su vaivén. Ya habían bajado el féretro; era tan enorme, que los enterradores andaban como doblegados bajo su peso. Siempre me acordaré de los funerales del corpulento y buen Flaubert en esta iglesia de una aldea. Yo estaba en el coro en frente de los cantantes. Había cinco colocados en fila delante de un facistol desvencijado, y subidos sobre taburetes que los levantaban del suelo como á muñecas japonesas alineadas en palos; cinco campesinos zafios, vestidos con sobrepellices sucias, y cuyos toscos zapatos se veían por debajo de la sotana; cinco cabezas de bastón, color de ladrillo, contrahechos,

y mascullando latines en sus bocas torcidas. Aquello no acababa nunca ; los cantantes se equivocaban, no daban con oportunidad la réplica , como les sucede á los actores malos que no saben su papel. Un joven, indudablemente hijo del viejo que estaba á su lado, poseía una voz aguda, desgarradora, muy parecida al grito de un animal á quien degüellan. Poco á poco sentía yo que la ira se apoderaba de mi ánimo , poníame furioso, y afligido al mismo tiempo, ante aquella igualdad de la muerte, ante aquel grande hombre á quien enterraban con arreglo á la rutina de siempre, sin emoción, lanzando sobre su féretro las mismas notas falsas y las mismas frases huecas que habrían lanzado sobre el féretro de un imbécil. Aquel templo frío, en el cual estábamos tiritando desde que nos privamos del calor del sol, conservaba una desnudez y una indiferencia que me entristecían. ¡Qué! ¿Será verdad que en presencia de Dios seamos todos del mismo barro, y que nuestra nada principie en los latines que la Iglesia vende á todo el mundo? En París, detrás del lujo y de la suntuosidad de colgaduras y crespones, entre las majestuosas notas del órgano, ese mercantilismo frívolo, esa indiferencia hija de la costumbre, se ocultan un poco. Pero aquí se oye la paletada de tierra en cada versículo. ¡Pobre é ilustre Flaubert que, durante su vida entera, había clamado contra la necedad, contra la ignorancia, contra las preocupaciones, contra los dogmatismos, contra las mascaradas religiosas, y á quien se arrojaba, encerrado entre cuatro tablones, en medio del estúpido carnaval de aquellos cantores que bostezaban latín, del cual seguramente no comprendían una palabra!

La salida de la iglesia fué para todos nosotros un verdadero alivio. El acompañamiento empezó á bajar la cuesta de Canteleu. Éranos preciso entrar en Rouen, atravesar la ciudad y subir al cementerio Monumental ; en suma : unos siete kilómetros. El coche mortuorio había reanudado su marcha lenta ; la comitiva se ensanchaba más en el camino, los carruajes nos seguían como siempre. Pero al entrar en la ciudad, el cortejo fúnebre

se estrechó ; amigos particulares de Flaubert se relevaban para llevar las cintas del féretro. Entonces íbamos, á lo más, trescientos.

No quiero citar nombres ; pero faltaban muchos de quienes todos habíamos creído que asistirían. De los contemporáneos de Flaubert, sólo Edmundo de Goncourt había acudido á la triste llamada. Fuera de éste, únicamente había allí hermanos menores, amigos de los últimos años. Puede explicarse que algunos hayan temido ir desde París ; treinta y tantas leguas son bastante para asustar á los que no gozan de perfecta salud. Pero lo que no se explica, lo que no tiene perdón es que Rouen, Rouen en masa no haya acompañado á uno de sus más ilustres hijos. Se nos dijo que los Rouennenses, comerciantes en su inmensa mayoría, desprecian soberanamente la literatura. Esto no obstante, debe de haber en esa gran ciudad abogados, profesores, médicos ; en fin, una parte de población liberal, que lea libros, que conozca, por lo menos, *Madama Bovary* ; debe de haber colegios, muchachos, enamorados, mujeres inteligentes, en una palabra, espíritus cultivados que habrían sabido por los periódicos la gran pérdida que acababa de experimentar la literatura francesa. ¡ Pues bien, nadie se movió !, acaso no habrían podido contarse doscientos vecinos de Rouen en el reducido cortejo, en vez de la muchedumbre de gentes que nosotros esperábamos. Hasta las puertas de la ciudad seguimos creyendo que Rouen esperaba allí para agregarse á la comitiva. Pero en las puertas solamente hallamos un piquete de soldados ; el piquete reglamentario que debe acompañar á todo caballero de la Legión de Honor difunto ; homenaje ruin, pompa insignificante y hasta irrisoria, que nos pareció humilde para muerto tan ilustre. Á lo largo de los muelles, y después en toda la longitud del paseo que habíamos seguido, algunos burgueses nos contemplaban con curiosidad. Muchos de ellos ni sabían siquiera quién era aquel muerto que pasaba ; aunque se les hubiese nombrado á Flaubert, habrían recordado solamente al padre ó al hermano del

gran novelista, ambos médicos, cuyos nombres han conservado popularidad en la población. Los mejor informados, los que habían leído los periódicos, fueron para ver pasar á los periodistas de París. Ni la más mínima señal de dolor en aquellas fisonomías de majaderos. Una ciudad consagrada al céntimo, embrutecida, de una ignorancia abrumadora. Pensé entonces en nuestras ciudades del Mediodía: en Marsella, por ejemplo; en Marsella, que también está metida hasta la cabeza en el comercio; Marsella entera se habría agrupado al paso del cortejo fúnebre si hubiese perdido un hijo de la talla de Flaubert. La verdad debe de ser que el autor de *Madama Bovary* en la víspera de su muerte era desconocido por las cuatro quintas partes de Rouen y detestado por la otra quinta parte. He ahí la gloria.

Calle espaciosa de mucha pendiente, cuestas muy pinas conducen al cementerio Monumental, que domina la ciudad. El coche fúnebre adelantaba lentamente con su balanceo, que se acentuaba cada vez más. Desbandados, jadeando de fatiga, cubiertos materialmente de polvo y con la garganta seca, llegamos, por último, al término de aquel viaje de duelo. Abajo, desde las puerta mismas, enormes macizos de lilas embalsaman el cementerio; después, los paseos serpentean y se pierden en el follaje, en tanto que las tumbas blanquean á los rayos del sol. Arriba, un espectáculo grandioso nos detuvo: la ciudad se extendía á nuestros pies bajo una extensa nube cobriza, cuyos bordes, iluminados por el sol, parecían una lluvia de estrellas rojas; era aquello, bajo una iluminación teatral, la brusca aparición de una ciudad de la Edad Media con sus agujas, sus paredes estriadas, su carácter gótico esplendoroso, sus calles ahogadas, interrumpiendo con diminutos huecos negruzcos el encaje de los techos. Un mismo pensamiento nos ocurrió á todos: ¿cómo Flaubert, que deliraba por el romanticismo de 1830, no ha puesto en parte alguna esa ciudad que se nos presentaba como el horizonte de una balada de Víctor Hugo? Sí, hay en *Madama Bovary* una descripción del panorama de Rouen; pero

esa descripción es de una sobriedad exagerada, y la antigua ciudad gótica no aparece en ella de modo alguno. Esto se relaciona con una de las contradicciones del temperamento literario de Flaubert, contradicciones que procuraré explicar más adelante.

La tumba de Luis Bouilhet se halla situada al lado del sarcófago de la familia de Gustavo Flaubert, y los restos del novelista hubieron de pasar por delante del poeta, su amigo de la infancia, que descansa allí hace algunos años. Ambos monumentos miran á la ciudad desde lo alto de la colina verde; algunos curiosos, casi todos gente del pueblo, habíanse apresurado, invadiendo los estrechos senderos alrededor de la tumba, en tales términos, que la comitiva logró con suma dificultad aproximarse. Además, para proceder de acuerdo con las ideas expuestas varias veces por Flaubert, no hubo discursos. Únicamente un amigo antiguo, M. Carlos Lapierre, director de *El Noticiero de Rouen*, pronunció algunas palabras. Entonces ocurrió un hecho que á todos nos causó impresión dolorosa. Cuando se quiso bajar el féretro á la fosa, aquel féretro excesivamente grande, féretro de gigante, no pudo entrar. Durante muchos minutos, los sepultureros, dirigidos por un hombre flaco, de amplio sombrero negro, una figura arrancada de *Han de Islandia*, trabajaron con rudos esfuerzos; pero el féretro, con la cabeza hacia abajo, no podía ni subir ni bajar, y ya se oía crujir las cuerdas y rechinar los tablones. Aquello era horrible; la sobrina á quien Flaubert tanto había querido, sollozaba al borde de la tumba. Por último, algunas voces murmuraron: «Basta, basta; esperad, dejadlo para luego». Partimos abandonando allí á nuestro *viejo* que había penetrado al sesgo en la tierra. Mi corazón estaba próximo á estallar.

Abajo, en el puerto, cuando, aturcidos por la fatiga y la tristeza, Goncourt nos condujo á Daudet y á mí á la fonda en que él había parado, una música militar tocaba un paso doble cerca de la estatua de Boildieu. Los cafés estaban llenos, los burgueses paseaban, un aire de fiesta

alegraba la ciudad. El sol de la tarde enfilaba las murallas, iluminaba las aguas del Sena, cuyos reflejos se movían en las fachadas blancas de los establecimientos de comidas, en donde las cocinas humeaban exhalando los olores de manjares distintos. En un bodegón, toda una taifa de noticieros y de poetas hambrones se hacían servir para todos una sola menestra. ¡Ah! ¡Tristezas de los entierros de los grandes hombres!

II

Poseo muy pocas noticias biográficas. Flaubert era muy reservado en esas materias; además, yo le conocí demasiado tarde, en 1869. La tarea de contar la vida de Gustavo Flaubert corresponde por derecho propio á un amigo de la infancia ó á un confidente muy íntimo. Por mi parte, me limitaré á señalar aquí lo que sé perfectamente, y procuraré, sobre todo, explicar al escritor por el hombre, refiriéndome, ó á lo que él me dijo, ó á lo que yo pude observar de propia cuenta.

Necesito, no obstante, recordar las líneas principales de su existencia. Gustavo Flaubert nació en Rouen en 1821. Su padre, Aquiles Flaubert, era un médico de mucho talento, cuyo gran corazón y cuya rígida honradez fueron proverbiales. En tal escuela, Gustavo hubo de crecer bondadoso, leal y varonil. Ya volveremos á encontrarle después, digno hijo de tal padre, con esa naturaleza adorable que nos lo hacía tan querido, una naturaleza en que había algo de colosal y algo de infantil. Estudió en Rouen, y allí conoció muy joven á Luis Bouilhet y al conde de Osmoy, en un colegio del cual nos contaba, de vez en cuando, anécdotas muy divertidas. Su infancia y su juventud parecen haber sido las de un muchacho de familia desahogada y liberal que procuraba educarle sólidamente, aunque sin contrariar sus gustos. Muy temprano se dió Flaubert á la pasión literaria, y no creo que

tuviese jamás el propósito de ejercer una profesión cualquiera ; á lo menos nunca habló de eso. Al salir del colegio había perdido de vista á Luis Bouilhet, á quien no volvió á encontrar hasta el invierno de 1846 ; desde luego nació entre ellos la amistad sólida que no cesó ya. Siempre he pensado que *La Educación sentimental* era en muchas de sus páginas una confesión , una especie de autobiografía muy ordenada, compuesta de recuerdos tomados de acá y de acullá ; en que podría ser que la amistad íntima de Federico y de Deslauriers fuese una reminiscencia, un eco de la amistad de Flaubert y de Bouilhet. Lo mismo que Federico, Flaubert fué á París para seguir la carrera de Derecho, y en París le encontró Bouilhet. Pero antes de esa fecha de 1846, teniendo apenas diez y nueve años, había viajado, por primera vez, el futuro novelista. No puedo decir si llegó á Italia, pero sí recuerdo que me refirió muchas veces su paso por Marsella, donde tuvo una verdadera aventura amorosa.

En París llevó vida de estudio, interrumpido por algunos placeres borrascosos. Sin ser muy dado al mundo, vivía alegremente. Desde esa época tuvo siempre un pie en París y otro en Rouen ; su padre había comprado la casa de campo de Croisset por los años 1842, y allí iba muy á menudo á pasar estaciones enteras. Repasando recientemente la vida de Corneille, no he podido menos de sorprenderme de lo mucho que se asemeja á la de Flaubert. Dos hechos importantes marcan, si así puede decirse, su existencia : el viaje á Oriente que llevó á cabo desde 1849 á 1851, y el viaje emprendido después á las ruinas de Cartago para su libro *Salammbô*. Si se exceptúan estas dos excursiones, la vida de Flaubert ha sido siempre la que todos le hemos conocido en sus últimos tiempos, esa vida de estudio de que he hablado ; ya se encerraba en Croisset durante meses enteros, ya se trasladaba á París, en busca de distracciones, aceptando convites, recibiendo á sus amigos los domingos ; pero pasando, á pesar de todo, las noches sentado á la mesa

del trabajo. Toda su biografía se contiene en esto. Podrán precisarse las fechas, podrán reunirse más pormenores; no podrá salirse de esas líneas principales.

La casa de Croisset es una construcción muy antigua, reparada y aumentada á fines del siglo próximo pasado. La fachada blanca se halla, á lo sumo, á veinte metros del Sena, del cual solamente le separan una verja y el camino. Á la izquierda hay una casa del jardinero, una granja muy reducida; á la derecha se extiende un parque estrecho, al que dan sombra árboles corpulentos; luego, por detrás de la casa, la colina sube bruscamente, el follaje verde forma una cortina, al otro lado de la cual, y en la parte más alta, hay un poco de huerta y algunos prados con plantíos de árboles frutales. Flaubert juraba que no iba, ni una vez al año, al término de la posesión. Después de la muerte de su madre, había abandonado también y casi por completo la casa, para encerrarse en las dos únicas habitaciones en que él vivía: su despacho y su alcoba. No salía de ellas sino para comer en la sala baja, porque había acabado por renegar del movimiento hasta punto tal, que no podía ver moverse á los otros sin experimentar contracciones nerviosas. Cuando pasamos una noche en Croisset, encontramos la casa desmantelada, con sólo el antiguo mobiliario burgués de la familia. Flaubert estimaba poco los cuadros y las baratijas, todas sus concesiones en esta materia habían sido dos Quimeras japonesas que tenía en el vestíbulo, y reproducciones en yeso de bajos relieves antiguos colgadas en las paredes de la escalera. En su despacho, una habitación espaciosa que ocupaba todo un ángulo del edificio, no había más que libros colocados en anaqueles de encina. Allí faltaban del mismo modo los objetos de arte; no se veían, como curiosidades traídas del Oriente, más que el pie de una momia; un plato persa de cobre repujado, en el cual solía tener sus plumas y algunos otros restos sin valor alguno. Entre las dos ventanas había un busto en mármol de una hermana á quien Gustavo había querido mucho y que murió joven. Á esto, á varios grabados, á retratos de

camaradas de su niñez y de antiguos amigos, se reducía todo. Pero la habitación, en su desorden mismo, con su alfombra usada, sus sillones viejos, su ancho diván, su piel de oso blanco que iba tirando á amarillo, olía á trabajo, á luchas encarnizadas contra frases rebeldes. Para nosotros, todo Flaubert estaba allí. Evocábamos su existencia entera que se había deslizado en aquella estancia, en medio de librotos tan á menudo consultados, de carpetas en que guardaba sus apuntes, de los objetos familiares que le disgustaba ver separar de su sitio acostumbrado por una manía de hombre sedentario.

Yo no le conocí en París en su habitación del Boulevard del Temple. La casa estaba contigua al teatro del Petit-Lazari. Todavía existe, en una rinconada que han formado los edificios nuevos. Flaubert la habitó durante quince años próximamente. En ella fué donde nació su justificada gloria y donde saboreó él sus grandes alegrías. Allí publicó sus tres primeras obras: *Madama Bovary*, *Salammbô* y *La Educación sentimental*. En rededor suyo había verdadero movimiento; sus admiradores iban á saludarle. Sus íntimos de entonces eran Edmundo y Julio de Goncourt, Teófilo Gautier, Taine, Feydeau y otros. Flaubert los reunía todos los domingos por la tarde; aquello era un desenfreno de charla ingeniosa, de anécdotas picantes y de discusiones literarias. El Imperio, que deseaba tener sus escritores, había hecho á Gustavo Flaubert afectuosas indicaciones: el novelista iba con frecuencia á Compiègne, y había concluido por ser uno de los huéspedes habituales de Palais-Royal, donde la princesa Matilde había logrado reunir algunos talentos extraordinarios.

Después de la guerra se trasladó á la calle de Muriillo; su alojamiento se componía de tres habitacioncitas en un quinto piso, cuyas ventanas daban al parque de Monceau; unas vistas magníficas que la habían decidido. Hizo poner en las ventanas piezas de cretona muy ramada; pero á esto se reducía todo su lujo, y, lo mismo que en Croisset, las baratijas brillaban por su ausencia;

sólo había allí una silla árabe traída de África y un Budha de cartón dorado, comprado á un revendedor de Rouen. En esta casa fué donde intimé con el gran novelista. Entonces estaba muy solo y muy desanimado. El mal éxito de *La Educación sentimental* había sido para él un golpe terrible. Además, si bien Flaubert no militó nunca en partido político alguno, la caída del Imperio le pareció el fin del mundo. Por aquel entonces terminaba dificultosamente y sin alegría *La Tentación de San Antonio*. Los domingos sólo encontraba yo en aquella casa á Edmundo de Goncourt, herido también con la muerte de su hermano, abrumado por la tristeza y sin atreverse á tomar la pluma. También fué en la casa de la calle de Murillo donde Alfonso Daudet se hizo, como yo, de los íntimos de Gustavo Flaubert. Nosotros y Maupassant éramos los únicos amigos fieles. He olvidado á Turguenef, que era el amigo más verdadero y más querido. Cierta día, Turguenef nos tradujo repentinamente una página de Goethe en frases temblorosas y de un acento penetrante. Tardes deliciosísimas eran aquellas, aunque con un fondo de melancolía. Recuerdo principalmente un domingo de carnaval, en el que, mientras por las calles sonaban las cornetas, escuché, hasta bien entrada la noche, á Flaubert y á Goncourt, echando de menos lo pasado.

Después Flaubert volvió á mudarse de casa, y se fué á vivir al Faubourg de Saint-Honoré, número 240. Deseaba acercarse á su sobrina; sentíase invadido por la tristeza de los solterones; hasta hubo un día en que él, el celibatario recalcitrante, me confesó que deploraba muy de veras no haberse casado; otro día le encontraron llorando delante de un niño. La habitación del Faubourg de Saint Honoré era más espaciosa; pero las ventanas daban á un revuelto mar de techos erizados con chimeneas. Flaubert, ni se tomó la molestia de hacerla adornar. Se contentó con cortar unas cortinas de sus antiguas colgaduras de cretona rameada. El Budha fué colocado encima del mármol de la chimenea, y las tardes domingueras se reanudaron en el salón blanco y dorado, en el cual se

notaba algo de desnudez ; era aquella una instalación provisional, una especie de campamento. Es de advertir que, precisamente por entonces, una contrariedad de intereses anonadó á Flaubert. Había dado todo cuanto conservaba á su sobrina, cuyo esposo se hallaba comprometido en negocios difíciles ; en aquello demostró la grandeza de su alma ; pero acaso el donativo fué un sacrificio superior á sus fuerzas ; Flaubert temblaba ante los amagos de la miseria ; él, que nunca había necesitado ganarse la vida. Hubo un instante en que temió que no podría volver á París ; y, efectivamente, durante los dos últimos inviernos no había vuelto. Sin embargo, en su casa misma del Faubourg de Saint-Honoré volví á verle, reapareciendo con sus actitudes magníficas y sus voces atronadoras. Poco á poco había ido acostumbrándose á la nueva situación de las cosas ; fustigaba á todos los partidos con sus dudas de poeta. Además, los *Tres Cuentos*, en que á la sazón trabajaba, le divertían bastante. Su círculo se había ensanchado ; muchos jóvenes iban á verle ; algunos domingos llegaron á reunirse más de veinte. Cuando el recuerdo de Flaubert surge en nuestra memoria, en la memoria de sus íntimos de los últimos años, le vemos siempre en su salón blanco y dorado ; gallerdeándose ante nosotros con un movimiento de talones que le era peculiar ; enorme, silencioso, con sus grandes ojos azules, ó bien profiriendo paradojas terribles y levantando hacia el techo sus puños amenazadores.

Celebraría yo pintar aquí la fisonomía de aquellas reuniones domingueras. La cosa es, sin embargo, muy difícil, porque se hablaba allí un lenguaje bastante libre, condenado en Francia desde el siglo xvi. Flaubert, que llevaba durante el invierno casquete y balandrán de clérigo, se había mandado hacer para el verano un amplio pantalón de rayas blancas y rojas, y una especie de túnica que le prestaba cierto aire de turco falsificado en traje de confianza ; me inclino á creer que también había en esto algún residuo de las antiguas modas románticas, porque le conocí dos pantalones de cuadros grandes,

abrigos entallados y un sombrero de alas anchas atrevidamente ladeado hacia la oreja. Cuando algunas señoras se presentaban en casa de Flaubert en domingo, lo cual sucedía muy rara vez, y lo encontraban transformado en turco, se quedaban asustadas. En Croisset, cuando paseaba por su jardín con tales vestiduras, los transeuntes se detenían en el camino para contemplarle á través de la verja; hasta existe una leyenda, según la cual los burgueses de Rouen, cuando iban á la Bouille embarcados, llevaban á sus hijos y les ofrecían enseñarles al señor Flaubert, si eran buenos. En París, cuando sonaba la campanilla de su casa, iba muchas veces él mismo para abrir la puerta; y si el que llegaba era persona de su cariño y no le había visitado en algún tiempo, le besaba y penetraba con él en el salón lleno de humo. En aquel cuarto se fumaba horriblemente. Hacíase fabricar para su uso pipas pequeñas que *culotaba* con sumo cuidado, colocándolas muy ordenadamente en una especie de aparatillo *ad hoc*. Cuando quería mucho á un amigo, ponía aquellas pipas á su disposición, y hasta llegaba á regalarle alguna. Aquello era desde las tres hasta las seis de la tarde un galopar desenfrenado á través de mil asuntos; siempre se venía á parar á la literatura, el libro ó la comedia del día, los problemas generales, las teorías más arriesgadas; pero se sacaba punta á todo sin perdonar cosas ni personas. Flaubert tronaba; Turguenef tenía siempre historias de una originalidad y de un gusto exquisitos; Goncourt emitía juicios con la agudeza y la energía de frase que le eran características; Daudet narraba sus anécdotas con ese encanto inimitable que hace de él uno de los compañeros más apetecibles que conozco. Por lo que respecta á mí, yo no brillaba en nada, porque soy un interlocutor menos que mediano. No sé hablar sino cuando tengo una convicción y me enojo.

Flaubert fué quien tuvo la idea de nuestras comidas de autores silbados. Esto fué después de la representación de *Candidato*. Nuestros títulos eran: el de Goncourt, *Enriqueta Maréchal*; el de Daudet, *Lisa Tavernier*; el

mío, todos mis dramas. En cuanto á Turguenef, nos juró que había sido silbado en Rusia. Los cinco nos reuníamos, por lo tanto, en un *restaurant* una vez al mes; pero la elección de ese *restaurant* era asunto importante; los recorrimos todos, desde los más aristocráticos hasta los más plebeyos. Al servirnos la sopa, ya comenzaban las discusiones y las anécdotas. Recuerdo una empeñada controversia acerca de Chateaubriand; la disputa duró desde las siete de la tarde hasta la una de la madrugada; Flaubert y Daudet le defendían, Turguenef y yo le atacábamos, Goncourt permanecía neutral. Otras veces nos engolfábamos en el capítulo de las pasiones; se hablaba de amor y de mujeres, y en tales noches los mozos nos miraban como espantados. Luego, como á Flaubert le disgustaba mucho volver solo á casa, le acompañaba yo á través de las calles completamente oscuras, y me acostaba á las tres de la madrugada, después de haber filosofado un poco en cada bocacalle y en todas las encrucijadas.

Las mujeres habían tenido poca parte en la existencia de Flaubert. Á los veinte años las había amado como un trovador. Me contaba que en algún tiempo andaba dos leguas para dar un beso en la cabeza de un perro de Terranova, al que cierta dama acariciaba. Sus ideas acerca del amor se hallan en *La Educación sentimental*; una pasión que llena la existencia, y que nunca se satisface. Indudablemente tenía sus horas de deseo; era, en su juventud, un mozo robusto, que presentaba en esta materia sus puntas y ribetes de marino. Pero sus travesuras no pasaban de eso, y en seguida tornaba tranquilamente al trabajo. Sentía hacia las rameras cariño verdaderamente paternal; en una ocasión, en los boulevares exteriores, al entrar con nosotros vió Flaubert á una muchacha bastante fea que le inspiró lástima; quiso darle cien sueldos; la muchacha nos llenó de injurias, diciéndonos que no pedía limosna, y que estaba allí ganándose el pan. El vicio candoroso le parecía cómico, y le hacía reir á lo Rabelais; admiraba á los jóvenes hermosos; gustaba de oír sus historias, y decía que le refrescaban. Muchas veces

nos repetía: «He ahí la salud; esto os da vida». Véase la manera de armonizar sus aficiones á las mujeres alegres y fáciles con su ideal de un amor infinito hacia una mujer, á quien se viese una vez al año, y sin esperanza. Sea como fuere, lo repito, las mujeres no le preocupaban. Sus amores terminaban inmediatamente. Él mismo lo decía; había soportado, como cargas, las contadas relaciones amorosas de su existencia. En esta materia nos entendíamos perfectamente; me confesó muy á menudo que los amigos habían ocupado siempre más y mejor sitio en su corazón, y que sus recuerdos más gratos eran los de las noches pasadas con Bouilhet fumando pipas y charlando. Las mujeres, por su parte, comprendían que no tenía mucho de mujeriego, y le daban bromas, y hasta solían tratarle como á un buen camarada. Esto pinta á un hombre. Estúdiense en Saint-Beuve al hombre mujeriego, y establézcanse comparaciones.

Doy aquí mis noticias acerca de Flaubert al acaso. Son rasgos aislados que deben completar su fisonomía. Hablaba yo, no ha mucho, de la impresión que en él había producido la caída del Imperio; y no obstante, Flaubert aborrecía la política, profesaba en sus libros la opinión de la nulidad absoluta del hombre, de la imbecilidad universal. Pero, en la práctica, aceptaba las jerarquías; tenía respetos, lo cual no dejaba de sorprendernos á nosotros, que pertenecemos á una generación descreída; una princesa, un ministro se salían, á los ojos de Flaubert, de lo común, y ante ellos se inclinaba, *claudicaba*, como nos permitíamos decirle alguna vez entre nosotros. Es fácil comprender, por lo tanto, su aturdimiento á la desorganización brusca de un régimen cuya pompa le había deslumbrado. En una carta dirigida á Ernesto Feydeau, después de la muerte de Teófilo Gautier, habla Flaubert de *las infecciones modernas*; declara que desde el 4 de Setiembre todo ha concluido para ellos. Desde mis primeras visitas solía preguntarme con gran curiosidad noticias de los demagogos, á quienes creía muy amigos míos. El triunfo de las ideas democrá-

:

ticas parecíale la agonía de las letras. En una palabra, Flaubert no era amante de su tiempo, y ya volveré á tratar de esa malquerencia que influía bastante en su temperamento literario. Además, muy pronto el espectáculo de nuestras luchas políticas acabó de disgustarle; sus antiguos amigos los bonapartistas le parecieron tan bestias y tan ineptos como los republicanos. Insisto en esto, porque es menester dejar sentado que ningún partido político puede, con razón, reclamar á Flaubert como suyo. Fuera de sus instintos autoritarios y de su fe en los poderes, aun en sus más ínfimas representaciones, sentía por el linaje humano el más absoluto desprecio. Encuentro en Flaubert un ejemplar—bastante generalizado entre los grandes escritores—del revolucionario demoledor de todo, que no tiene conciencia clara de su terrible tarea, y que es demoledor á pesar de su bondad y de su candidez, que le hacen creer en las convenciones sociales y en las mentiras de que está rodeado.

Es de notar aquí otro rasgo característico: Flaubert era un provinciano. Uno de sus antiguos amigos decía con un poquito de mala intención: «Este demonio de Flaubert, cuanto más viene á París tanto más provinciano parece». Quiero decir con esto que conservaba candideces, ignorancias, preocupaciones, terquedades de hombre de quien, á pesar de que conocía perfectamente á París, podía decirse, como suele decir el vulgo, que ni París había entrado en él, ni él había entrado en París, pues nunca se había identificado con el espíritu de broma y de ligereza ingeniosas.

Sin ser aficionado á frecuentar la sociedad, padeciendo mucho en el calor de los salones, creíase en la obligación de hacer visitas y lucir con cierta solemnidad su frac negro, aunque solía bromear sobre esto; cuando estaba vestido de gala, con su frac, su corbata y sus guantes blancos, solía plantarse delante del amigo que tenía cerca, y le decía invariablemente: «Heme aquí, compañero», frase en que se adivinaba algo de la alegría infantil de un pobre novelista que va á casa de grandes

señores. Todo esto rebosaba candor , y nos enternecía ; pero en el fondo veíamos siempre la burguesía provinciana.

Sí ; está lanzada la palabra terrible : Flaubert era burgués, el más digno, el más escrupuloso y el más calificado que pueda existir. El mismo lo decía á menudo, mostrándose orgulloso de la consideración de que gozaba, de su vida entera consagrada al trabajo ; lo cual no le impedía aplastar á los burgueses, aniquilarlos, cuando tenía ocasión, en sus arranques de lirismo. Esta contradicción se explica con facilidad. Primeramente, Flaubert había crecido en la época del romanticismo, en medio de las paradojas terribles de Teófilo Gautier , que ejerció sobre él una influencia de que todos estábamos asombrados ; además, la injuria de burgués era en sus labios un anatema general que lanzaba al rostro de la humanidad estúpida ; por burgueses entendía Flaubert los tontos, los ineptos, los que niegan la luz del sol, no las gentes buenas que viven sin ruido en el apartado rincón de su hogar. Me atrevo á decir que sus iras gigantescas solían caer como nube de verano. Era un corazón buenísimo, lleno de puerilidades y de inocencia ; un corazón ardiente, que estallaba de indignación por la herida más insignificante. Su poderoso atractivo estaba en eso , y por eso le queríamos todos como á un padre.

III

Mis primeras visitas á Flaubert fueron un desencanto, casi un disgusto. Llegaba yo con un Flaubert labrado por mí dentro de la cabeza. En una palabra : que iba en busca del hombre de sus libros, y me encontraba con un hombrón terrible, talento paradójico, romántico impenitente, que nos atolondraba durante horas enteras bajo un diluvio de estupendas teorías. Por la noche volvía yo á mi casa molido, quebrantado y diciéndome á mí mismo

que en Flaubert el hombre valía menos que el escritor. Después he modificado esas opiniones, y por nada en el mundo hubiese consentido en que me cambiasen mi Flaubert. Así y todo, la primera impresión fué, en efecto, de desencanto; desencanto que he visto después reproducido en todos los jóvenes que á Gustavo Flaubert se han aproximado.

¿Cómo no pretender que le escuchásemos sin sorpresa, por ejemplo, lo que decía de *Madama Bovary*? Juraba y perjuraba que solamente había escrito aquel libro para *fastidiar* á los realistas Champfleuri y sus amigos; para demostrar que era posible ser, á un tiempo mismo, buen pintor del mundo moderno y gran estilista. Y decía esto con tal aplomo y tan rotundamente, que llegaba uno á preguntarse si Flaubert habría tenido conciencia exacta de lo que era su obra, si habría previsto la evolución que su libro debía producir en la literatura. En realidad, yo, aun hoy mismo, lo dudo; á muchos genios creadores les sucede otro tanto: desconocen la edad nueva que llevan consigo. Todas las teorías de Gustavo Flaubert terminaban en contra de la fórmula que nosotros, sus hermanos menores, habíamos aprendido en *Madama Bovary*. Flaubert, por ejemplo, sostenía con su voz atronadora que el modernismo no existe, que no hay asunto moderno; y cuando algunos, aturridos por tal afirmación, le contrariaban para comprender su pensamiento, afirmaba Flaubert que Homero era tan moderno como Balzac; si en vez de moderno hubiera dicho humano, nos hubiéramos entendido; pero lo de moderno no podía aceptarse.

Si en este punto no me explico muy claramente, es porque, en realidad, nunca he logrado abarcar del todo el conjunto de las ideas de Flaubert sobre literatura. Siempre me parecieron muy desordenadas; partían bruscamente de su conversación con todo el aire de paradojas y con estampido de truenos, casi siempre llena de contradicciones y de cosas imprevistas. Quizá consistía todo en mi empeño de armonizar demasiado lógicamente en

Flaubert al pensador y al escritor. Me habría satisfecho que el autor de *Madama Bovary* fuera entusiasta del mundo moderno, que tuviese conciencia de la evolución, uno de cuyos principales agentes había sido él, y me entristecía habérmelas con un romántico que maldecía de los ferrocarriles, de los periódicos y de la democracia; con un individualista, para quien un escritor era un absoluto, un sencillo fenómeno de retórica. La noche de nuestra terrible discusión sobre Chateaubriand, como afirmase él que en literatura lo principal era la belleza y corrección de la frase, le saqué de sus casillas, diciendo: «Algo más que frases correctas y hermosas hay en *Madama Bovary*, y por ese algo vivirá la obra. Diga V. lo que quiera, no por esto habrá V. dejado de dar el primer golpe al romanticismo». Gustavo Flaubert gritó que *Madama Bovary* era una m..., que siempre concluirán por desesperarle con aquel libraco, y que él le cambiarían de muy buena gana por una sola frase de Chateaubriand ó de Hugo. Negábase obstinadamente á ver ni en las novelas de otros ni en las propias, otra cosa que literatura; en esto negaba, no diré el progreso, sino hasta el movimiento de las ideas; para él sólo había buen lenguaje; todo se reducía á eso. Y ese individualismo vago, ese horror á las agrupaciones procedían de su gran orgullo. Uno de sus consejos favoritos cuando alguien exponía sus principios en un prólogo, y los atribuía á un pensamiento determinado, era: «Sea V. más orgulloso». Idear y escribir frases correctas y magníficas, y escribirlas en su rincón, á modo de benedictino que consagra toda la existencia á su faena, tal era el ideal literario de Gustavo Flaubert.

Algo he dicho sobre su odio al mundo moderno; ese odio estallaba en todas sus palabras. Habíale adquirido en su intimidad con Teófilo Gautier. Era, bajo otra forma, su amor al Oriente, su pasión por los viajes, lejos de ese abominable París burgués y enfermizo. Flaubert decía de sí mismo que había venido al mundo para vivir allá, bajo una tienda; el aroma del café le producía alucinaciones de caravanas en marcha; comía los manjares más

detestables con unción casi religiosa, siempre que esos manjares tuviesen sabor y apariencias exóticos. Era un manantial inagotable de diatribas contra todas nuestras invenciones; solamente la vista de una máquina le ponía fuera de sí, en una crisis de antipatía nerviosa. Esto, no obstante, utilizaba el ferrocarril para ir á Rouen, pero afirmaba que solamente lo hacía para ahorrar tiempo, y no dejaba de gruñir en todo el viaje. Burlábase del mismo modo de las costumbres y de las artes nuevas; era aquello un duelo continuo, según él decía, por la Francia vieja, una especie de ceguera voluntaria y de sordo temor ante lo por venir; á creer sus predicciones, el día de mañana iba á faltarnos, caminábamos derechos á un oscuro abismo, y cuando sostenía yo mi fe y mis esperanzas en el siglo vigésimo, cuando yo decía que nuestro gran movimiento científico y social debía concluir en un florecimiento de la humanidad, me miraba muy fijamente con aquellos ojazos azules, y después se encogía de hombros. Fuera de todo esto, casi nunca entraba en discusiones sobre temas generales; prefería permanecer siempre en el tecnicismo literario. Reservaba, sin embargo, todas sus iras para la prensa; el estruendo de los periódicos, la importancia que se dan, las tonterías que imprimen inevitablemente, dada la precipitación con que se hacen, le enfurecían. Hablaba de suprimirlos todos de una vez. Lo que más particularmente le molestaba eran los pormenores que algunas veces daban acerca de su persona. Parecíale esto irrespetuoso; decía que solamente el escritor pertenecía al público. Malísimamente recibido fuí una vez en que osé decirle que, en último resultado, el crítico que hablaba de su traje y de su alimentación, hacía en él idéntico trabajo de análisis que el hecho por él mismo, como novelista, en los personajes cuyas figuras observaba en la vida. Esta lógica le incomodó; jamás quiso reconocer que en el mundo todo marcha simultáneamente, y que la prensa que da noticias es la hermana menor, muy mal cuidada, si se quiere, de *Madama Bovary*. Pero, por otra parte, aquel hombre feroz, que hablaba

de ahorcar á todos los periodistas, se conmovía hasta derramar lágrimas cuando el último de los gacetilleros escribía acerca de él un articulillo. Reconocíale talento y paseaba con el periódico en el bolsillo. Después de dos años aún repetía de memoria frases escritas acerca de sus libros, conmovido todavía por los elogios y encolerizándose por las censuras. Siempre fué un principiante por esta frescura de impresión. Rico, trabajando á sus horas, sin haber pasado por el periodismo, lo desconocía por completo, despreciándolo á veces demasiado y creyendo en él otras veces también demasiado. Aunque solía enfadarse con todo lo que fuese dar publicidad á sus cosas, en muchas ocasiones un reclamo, un sencillo anuncio, le encantaban. Tenía Flaubert, como tenemos todos, ¡ay!, esta malhadada necesidad de llenar el mundo con su persona. Sólo que él ponía en eso un candor de niño grande. Algunas semanas antes de morir, como *La Vida Moderna* hubiese publicado el trabajo de Flaubert, *Le Château des cœurs*, se alegró extraordinariamente, porque el periódico se hallaba colocado en los escaparates de las librerías de Rouen, donde su antigua criada de Croisset lo había visto. «Voy siendo hombre famoso», escribía Flaubert con ese motivo. ¿No es este un rasgo digno de recordarse?

He ahí rasgos de la fisonomía de Gustavo Flaubert, que pueden ayudar á reconstruirla. Por lo que á mí respecta, resumiré, diciendo: que él no había querido nunca la evolución aportada por *Madama Bovary*, y que rehusó siempre ver y medir las consecuencias de su obra. Aquel libro fué pura y simplemente un producto de su temperamento, que se encontró en la confluencia de Balzac y de Víctor Hugo. Cifró toda su gloria en ser un retórico, habiendo sido, sobre todo y ante todo, un gran observador y un experimentador. Estudiando en él al escritor, se ve fácilmente cómo sus facultades diversas, las contradicciones aparentes que consigo llevaba, han hecho de él un novelista tal cual ha sido, sin que haya pretendido serlo.

IV

Paso ahora á los libros de Gustavo Flaubert.

La aparición de *Madama Bovary* fué una sorpresa. Ese libro, escrito después del viaje de Flaubert á Oriente, había sido inspirado, según dicen, por la lectura de una noticia: el suicidio de la mujer de un médico á quien el autor conocía. Por otra parte, M. Maxime Ducamp me ha escrito: «*Madama Bovary* es un libro que han impuesto á Flaubert, que él mismo se ha impuesto, y que ha surgido de circunstancias muy especiales y muy dolorosas para él»: me parece saber que M. Ducamp se reserva la explicación de esas palabras misteriosas para un estudio que se propone escribir acerca de Flaubert. En realidad, poco importa; el autor desconocido, trabajando en su departamento, llegaba con esa nota originalísima que había de transformar la novela: eso es lo interesante, el principal dato. No creo que los amigos de Flaubert hayan comprendido entonces el alcance de semejante obra. Él se la leía á trozos, y se asegura que le hicieron introducir muchas correcciones, lo cual me permito dudar, porque el Flaubert de los últimos años no era hombre para cambiar una sola coma. De todas maneras, lanzados todos en el movimiento romántico, debieron de mirar, lo mismo que el autor, *Madama Bovary* como un bromazo lírico jugado á los realistas de la época. Ya se conocía el ridículo proceso intentado contra el autor y el éxito ruidoso que tuvo la novela. Y, á propósito de esto, advierto que Flaubert, á pesar de su bondad excesiva, no ponía fácilmente en olvido las injurias; conservó siempre rencor á M. Pinard, que lanzó contra él la acusación famosa, convertida hoy en documento de estolidez. El libro produjo muy poco al novelista; ochocientos francos, si no me equivoco; convendría contar

detenidamente esta historia, porque es una curiosa página de nuestro comercio de librería. Es verdad que, andando al tiempo, vendió Flaubert bastante caras al mismo editor *Salammbô* y *La Educación sentimental*. Pero lo que quiero establecer claramente es el odio singular que Gustavo Flaubert concibió poco á poco contra *Madama Bovary*. Después de sus otros libros, como siempre se le echaba al rostro su primera novela; como se le repetía: «Denos V. otra *Madama Bovary*», comenzó á renegar de esta hija mayor que tanto perjudicaba á sus hermanas menores. Y fué tan allá en esto, que cierto día nos declaró muy seriamente que, si no hubiese tenido necesidad de dinero, habría retirado aquel libro de la circulación, prohibiendo terminantemente que se tirasen nuevas ediciones. Quizá también experimentaba Flaubert en su corazón de romántico un sordo pesar, viendo el terrible empuje naturalista que su obra había aportado á nuestra literatura. Aquí vuelvo á encontrar la inconsecuencia de que he hablado antes.

Tengo muy pocas noticias sobre *Salammbô*. El éxito fué aún bastante ruidoso; recuerdo las bromas de los periodiquitos festivos, las caricaturas, las parodias. El ruido se convirtió en estruendo, cuando una gran señora se presentó vestida de *Salammbô* en un baile de las Tullerías. El libro se había publicado en 1863. Había costado á Flaubert un considerable trabajo de investigaciones, sin contar con el viaje que había hecho á Túnez. También debe recordarse la polémica violenta que sostuvo con un sabio, M. Frœhner, que negaba la exactitud de sus documentos. También se defendió, si bien con cordialidad, contra el artículo en que Sainte-Beuve hablaba de una *punta sadica*. Esas fueron las dos únicas ocasiones en que Flaubert se dejó arrastrar á la controversia.

Para terminar con *Salammbô*: un día hallé triste á Gustavo Flaubert cuando acababa de corregir las pruebas de la edición definitiva que se ha publicado últimamente; me dijo que su obra le había parecido demasiado larga, más de una tercera parte de lo que debía ser.

Cuanto más adelantaba, tanto más necesitaba la sobriedad. La sobriedad es la perfección.

En realidad, el libro con el cual más ha padecido es *La Educación sentimental*. Flaubert había puesto en esa obra todo su esfuerzo, visitando bibliotecas, consultando los periódicos y los grabados, tomándose enorme trabajo para reconstituir los lugares que han cambiado extraordinariamente en cerca de medio siglo. Cuando un escritor consume seis ó siete años en una obra; cuando emplea en ella tal suma de trabajo y de voluntad, concede naturalmente á esa obra una importancia considerable. Flaubert estaba, por lo tanto, convencidísimo de que publicaba una obra muy superior á *Madama Bovary*, y cuya aparición había de producir extraordinario efecto en el público. Verdad es que nunca ha publicado un libro sin creer firmemente en el buen éxito con una confianza infantil, y una ignorancia de las condiciones de la venta en asuntos editoriales, que recordaban los hermosos ensueños de Balzac. Mucho se le ridiculizó, por aquel entonces, con motivo de la supuesta caja de maderas finas en que había llevado desde Croisset á París el manuscrito de *La Educación sentimental*; la tal caja era sencillamente de madera blanca, y explicaba Flaubert que se la había encargado al ebanista de su pueblo para transportar más fácilmente y con seguridad completa el manuscrito, que era enorme; agréguese á esto, que debía leer algunos pasajes del libro á la princesa Matilde, y que no habría sabido cómo presentarse con tal paquete de papeles debajo del brazo. La novela apareció á fines de 1869. El resultado de la venta no pasó de mediano; los periódicos atacaron la obra con violencia, y Flaubert cayó bruscamente de lo más elevado de sus sueños. La caída fué tan dolorosa, que se resintió de ella toda su vida. Lo más sensible para él fué el silencio, que enterró muy luego, *La Educación sentimental*; se la declaró terriblemente fastidiosa, y nadie volvió á decir de ella una palabra. Flaubert corrió á encerrarse en Croisset: era su refugio en los grandes dolores. Cuando fuimos á visitarle última-

mente, nos decía, señalando hacia su despacho : « Ahí tenéis una habitación en que he trabajado mucho y he padecido más. » Aquello me había conmovido hondamente ; porque conozco esos padecimientos del cerebro que se devoran en la soledad. Allí ocultaba Flaubert sus heridas ; sollozaba en aquel diván mismo en que murió, agonizaba en esa mesa en que ha borrado y vuelto á borrar tantas frases rebeldes. Hay que saber lo que le costaba una hermosa página, á él, que se había esterilizado voluntariamente con el deseo, nunca satisfecho, de la perfección. Era un comenzar eterno, partos dolorosos que le arrancaban gritos, dudas incesantemente renovadas, hasta el punto de tratarse á sí mismo de bruto y creerse idiota ; esto lo ha repetido muchas veces : « Todas las noches me dan ganas de abrirme el vientre ». ¡ Imagínese cuál debería ser la tortura de ese hombre cuando se encontró sólo, con el fracaso de su obra detrás de él ! Contemplaba por tierra siete años de trabajo ; estaba quebrantado en todas sus convicciones. Los grandes productores se consuelan pronto ; pero él necesitaba esperar muchos años para tornar á creer. Además, los tiempos se presentaban sombríos ; llegó la invasión y acabó de trastornarlo. Ese novelista, cuyo escepticismo y cuya indiferencia tanto se han censurado, que no ha escrito jamás las palabras bandera y patria, padeció horrosamente por la ocupación extranjera. Cuando volví á verle, estaba absorto, pálido, temblón. Aquellos fueron sus años peores : los años de que antes hablé y que Flaubert pasó en la calle de Murillo.

La Tentación de San Antonio le ocupó más de veinte años. En 1874, cuando hubo al fin terminado la obra, sintió gran alivio, no porque estuviese absolutamente satisfecho, sino porque, según su expresión misma, no veía ya claro en la obra, y temía verse en el caso de principiarla toda de nuevo si no se decidía á publicarla. El éxito fué todavía inferior al de *La Educación sentimental*. Flaubert se asombró de esto, porque se había figurado que un trabajo semejante, de arte y de ciencia, po-

día perfectamente adquirir popularidad; pero no lo sintió tanto como temíamos. *La Tentación de San Antonio* continuó siendo, hasta que murió Flaubert, su obra predilecta. De *Tres Cuentos* hablaré poco; Flaubert los consideraba como una distracción. Había comenzado *Bouvard y Pécuchet*, el libro póstumo que dejó, cuando, asustado del trabajo, abrumado por la pérdida de su fortuna, abandonó esas tareas grandes, y se entretuvo en escribir las tres novelitas *La leyenda de San Julián el Hospitalario*, *Un corazón sencillo* y *Herodías*. Cada una le costó próximamente seis meses. Esto era lo que Flaubert llamaba descanso. *Bouvard y Pécuchet*, según el pensamiento del autor, debía ser para el mundo moderno lo que *La Tentación de San Antonio* es para el mundo antiguo: una negación de todo, ó, mejor aún, una afirmación de la estupidez universal. Sólo que *La Tentación de San Antonio* es una epopeya llevada al lirismo, en tanto que *Bouvard y Pécuchet* es una comedia extremada casi hasta la caricatura. Flaubert ha tomado dos pobres hombres, buenazos ellos; dos antiguos empleados en la administración pública, que el poeta supone retirados ya en el campo, donde, ora por vía de distracción, ora con el propósito más noble de ser útiles, abordan todos los conocimientos humanos; como es natural, sus tentativas fracasan; los infelices se hallan en perpetuo aborto, y cuando han pasado estérilmente desde la agricultura á la historia, y desde la literatura á la religión, no encuentran más que una tarea interesante: la de copiar todos los papeles impresos que caen en sus manos. Estas copias de los dos pobres hombres habían de formar el segundo tomo, en el cual Flaubert habría publicado las asnerías escapadas á las plumas menos valiosas y á las más ilustres, empezando por la suya misma.

No puedo prescindir de consagrar aquí algunas palabras á *Candidato*, esta obra desgraciada, que tuvo desdichado éxito en el Vaudeville. La pasión del teatro había atormentado siempre á Flaubert, si bien nunca le apartó mucho de sus novelas. El ejemplo de Bouilhet

principalmente le enardecía. Ambos amigos habían escrito juntos una obra, *El sexo débil*, que desde luego fué admitida en el Vaudeville. Pero M. Carvalho, director por entonces de aquel teatro, prefirió tener una obra de Flaubert solo, y por eso escribió *Candidato*. Por de pronto tuvo confianza en su obra, pero en el ensayo general, que nos consternó á todos, comprendió la caída fatal. Su actitud en aquella ocasión fué hermosa y valiente. Asistió á su derrota sin emoción visible; la concurrencia se mostró fríamente respetuosa; apenas si se oyeron dos ó tres silbidos. Á la salida estaba nevando. Le encontré fumando un cigarro en la acera, y regresó á su casa á pie, charlando con algunos amigos. Á la cuarta representación retiró la obra. Flaubert estaba sencillamente admirado de que lo cómico que había puesto en la obra no hubiese tenido más alcance. Si este fracaso le hizo padecer, no lo hemos sabido. Y aprovecho esta circunstancia para demostrar la grandeza de su corazón, desprovisto de celos, y aun de toda molestia personal ante el buen éxito de un su amigo. Muy poco tiempo después de *Candidato*, en aquel mismo teatro del Vaudeville, que evocaba en Flaubert tan crueles recuerdos, estuvo aplaudiendo con frenesí *Fromont menor* y *Risler mayor* de Alfonso Daudet. En los estrenos de las obras de sus buenos amigos, dominaba por su elevada estatura á los que se hallaban cerca de su asiento; altanero y violento, lanzaba miradas de desafío á los adversarios, conservando siempre empuñado el bastón, hundiendo el piso á bastonazos para apoyar á la *claque*. Jamás vi en su rostro la sombra más ligera cuando alcanzábamos un triunfo, nosotros, sus afortunados hermanos menores; nos besaba llorando de enternecimiento. Muy raro y muy hermoso es esto entre nosotros; cuando los mejores son arrastrados por la humanidad doliente que en ellos vive.

Gustavo Flaubert no deja más obra póstuma que *Bouvard* y *Pécuchet*; acaso pueda hallarse entre sus papeles material bastante para formar un tomo de misceláneas. Cuando su viaje por Oriente, había tomado notas en

Egipto, en Nubia, en Grecia, y algunas de esas notas son curiosísimas; los apuntes que han debido de encontrarse entre sus papeles sobre Palestina, Siria, Lidia, Turquía Europea, habían sido copiados de los de M. Máximo Du Camp, después de su regreso á París. Habrá allí además trozos de *La Tentación de San Antonio*, condenados por el autor, y que tendrían vivo interés. No hablo de su correspondencia, que indudablemente se coleccionará algún día, lo cual no dejará de ofrecer dificultades, pues precisamente para evitar que se le publicasen sus cartas, Flaubert deslizaba en ellas sistemáticamente palabrotas escandalosas, de esas que no se pueden imprimir; me refiero, por de contado, á las cartas dirigidas á sus íntimos, las más interesantes.

Es seguro que Flaubert esperaba vivir todavía mucho tiempo. Hablaba de la muerte, pensaba en ella y la temía; pero esto no le quitaba de formar á menudo, y delante de nosotros, proyectos literarios, que, para ser realizados, habrían exigido una existencia nueva de un autor que empleaba, por término medio, siete años en un tomo. Una de sus ideas, la que le preocupó durante sus dos últimos años, era una novelita sobre Leónidas en las Termópilas. Un día le hallé muy sobreexcitado, como con calentura. No había podido dormir en toda la noche, trastornado por este asunto que una lectura le había inspirado la víspera. «Estoy en ascuas», me decía. Flaubert veía ya á Leónidas partir para las Termópilas con sus trescientos compañeros; hablaba de ellos como de guardias nacionales á quienes hubiese conocido; eran burgueses bonachones que se habían ido allá con las manos metidas en los bolsillos. Después los seguía á lo largo del camino, camino que Flaubert había recorrido también cuando viajó por Oriente; lo que le detenía un poco era su deseo de visitar por segunda vez la Grecia; pero, en último resultado, habría tenido lo suficiente con sus antiguos apuntes. Estoy seguro de que, si hubiese vivido, después de *Bouvard y Pécuchet*, se habría puesto con su Leónidas; habría escrito, además, otras dos no-

velitas, y así hubiera dado parejas para sus *Tres Cuentos*. Para esas novelitas había ya encontrado asuntos, uno de los cuales era una fisiología amorosa bastante atrevida.

V

Réstame decir cómo trabajaba Gustavo Flaubert, y cuál era, en su concepto, la perfección que constituyó la alegría y el tormento de su existencia.

Tomo uno de sus libros en el comienzo; cuando el asunto se halla casi contenido en su cabeza y el autor ha trazado un plan muy ligero sobre las cuartillas; formaba entonces su casillero, y principiaba la caza de documentos con el mayor orden posible. Leía principalmente un número considerable de obras; aunque es preciso advertir que solía limitarse á hojearlas, acudiendo con una finura de olfato, de que él se vanagloriaba, á la página, á la frase que podían serle útiles. Era muy frecuente que una obra de quinientas páginas no le diese más que una nota, que Flaubert escribía con sumo cuidado; y ocurría á veces que una obra no le daba absolutamente nada. Esto explica perfectamente que, por término medio, emplease siete años para escribir un libro; como que solía pasar cuatro en lecturas preparatorias. Por último, el montón de notas se desbordaba; Flaubert tenía ya todos sus documentos, ó si no los tenía todos, cesaba de buscarlos, vencido por el cansancio ó por la impaciencia; pues, dados sus escrúpulos, las investigaciones podrían haber durado siempre; llegaba un momento, decía él, en que experimentaba la necesidad de escribir. Entonces ponía manos á la obra. Entonces principiaba su tormento.

Recuerdo ahora que cuando había reunido todas sus notas y todos sus apuntes, Flaubert fingía hacia ellas un desdén soberano. Las notas de *Bouvard y Pécuchet*, por ejemplo, forman un paquete enorme; una montaña de

papeles que hemos visto encima de la mesa en los últimos años. Había allí material, por lo menos, para diez tomos en octavo. Cada página de apuntes debía muy á menudo resumirse en una frase. Aquello era sencillamente la materia bruta, cuya quinta esencia había de sacar para su libro. Compréndese, pues, qué terrible labor, qué esfuerzo tan grande necesitaba realizar para obtener ese resumen, tanto más dificultoso, cuanto más correcto lenguaje apetecía. El lenguaje, el estilo, eran todo; los apuntes, las notas, ya no eran nada. Menospreciaba igualmente la humanidad de sus personajes; sólo pensaba en la cruel retórica que él mismo se había impuesto. Como él repetía muy frecuentemente: ser exacto, no dejar que se deslice un error, es sencillamente ser honrado para con el público. Esto es innegable. Solamente los desvergonzados hablan de lo que desconocen. Después, si le pinchaban un poco, solía gritar que se le importaba tres cominos de la verdad; que era necesario ser un mentecato como él para tener la estúpida manía de la exactitud, y que lo único importante y eterno bajo el sol es una frase bien hecha.

Cuando empezaba resueltamente á redactar, principiaba por escribir muy rápidamente un trozo, un episodio entero, cinco ó seis páginas á lo más. Á veces, cuando no le ocurría una palabra, á fin de no distraerse, la dejaba en blanco. Después volvía sobre el trozo escrito de esa manera, y entonces dedicaba dos ó tres semanas, á veces más, á trabajar apasionadamente en esas cinco ó seis páginas. Quería que fuesen perfectas, y puedo asegurar que el conseguir esa perfección era muy incómodo. Flaubert pesaba cada vocablo; no solamente examinaba el significado de la voz, sino también su forma. Evitar las repeticiones, las asonancias, las durezas, era, si así puede decirse, lo menos delicado de su tarea. Llegaba hasta no admitir que en sus frases se encontraran las mismas sílabas; muy á menudo le molestaba alguna letra, y buscaba dicciones en que esa letra no entrase; ó necesitaba un cierto número de *erres* para dar rotundi-

dad al período. Flaubert no escribía para los ojos, para el lector que lee con la mirada, sentado al fuego; escribía para el lector que declama, que lanza sus frases en alta voz; precisamente todo su sistema se fundaba en esto. Para probar sus frases, las *voceaba* solo, en su mesa, y no quedaba satisfecho sino cuando pasaban por su órgano con la música misma que él quería. En Croisset, este método era muy conocido; los criados tenían ya la orden de no alarmarse aunque oyesen gritar al señor; solamente los transeuntes solían detenerse en el camino por curiosidad, y muchos le nombraban *el abogado*, creyendo, sin duda, que se ejercitaba en la elocuencia. Nada hay, á mi modo de ver, más característico que esta necesidad de armonizar. No conoce el estilo de Flaubert el que no ha *voceado* como él sus frases. Es un lenguaje el suyo escrito para ser declamado. La sonoridad de los vocablos, la amplitud del ritmo, dan entonces vigor admirable á la idea, ya por la entonación lírica, ya por el contraste cómico. Flaubert ha sobresalido de este modo en hablar de los imbéciles con una redondez de frase que los aniquila. Cierta domingo le encontramos soñoliento, quebrantado de fatiga. En el día anterior por la tarde había terminado una página de *Bouvard y Pécuchet*, página de la cual estaba muy contento; había comido fuera de casa, después de haberla copiado en una hoja de magnífico papel de Holanda, que le servía para esas copias. Cuando á media noche regresó á su casa, en vez de acostarse inmediatamente, quiso darse el gusto de leer de nuevo su página. Pero se quedó hondamente conmovido; se le había escapado una repetición á dos líneas de distancia. Aunque no había fuego en su despacho y hacía mucho frío, se obstinó en quitar esa repetición. Después vió otras palabras que le desagradaron; no pudo cambiarlas todas, y se acostó presa de gran disgusto, casi desesperado. Una vez en la cama, le fué imposible conciliar el sueño; revolvíase en el lecho, no pensaba sino en aquellos endemoniados vocablos. De repente imagina una corrección feliz, salta de la cama,

:

enciende la bujía, y vuelve en camisa á su despacho á escribir la nueva frase. Inmediatamente torna tiritando á la cama y se arroja. Tres veces volvió á echarse al suelo y á encender la bujía para reemplazar una palabra por otra, ó para variar de sitio una voz, ó para poner una coma. Por último: no pudiendo más, poseído siempre del demonio de la perfección, se llevó la página á la cama, se tapó lo mejor que pudo, y hasta que llegó el día estuvo espurgando la página, acribillándola con tachones y correcciones hechas con lapicero.

Mencionaré una frase que Flaubert escribía últimamente á un su amigo: «He querido mucho á Balzac; pero el deseo de la perfección me ha separado de él poco á poco». He ahí á Flaubert de cuerpo entero. Estoy reuniendo noticias, no discutiendo una teoría literaria. Quiero, sin embargo, añadir que este deseo de la perfección ha sido en el novelista una verdadera enfermedad que le agotaba y le inmovilizaba. Sigámosle atentamente, desde ese punto de vista, partiendo de *Madama Bovary*, llegando hasta *Bouvard y Pécuchet*: le veremos paulatinamente absorberse en la forma, reducir su vocabulario, entregarse cada vez más al procedimiento, restringir lo humano en sus personajes. Es verdad que eso ha dotado á la literatura francesa de obras maestras perfectas. Pero se experimenta gran impresión de tristeza al ver á un talento tan poderoso renovar la antigua fábula de las ninfas convertidas en piedra. Lentamente, desde la pierna al tronco, y, por último, á la cabeza, Flaubert se convertía en mármol.

Naturalmente, después de tan penoso trabajo, el manuscrito terminado adquiriría á sus ojos una importancia grandísima. No era vanidad, era respeto y fe para un trabajo que tanto esfuerzo le había costado, y en que se había puesto todo él, en cuerpo y en alma. Mandaba sacar una copia, que revisaba por última vez con sumo cuidado, y esta copia era la que Flaubert enviaba á la imprenta. De seguro, entre sus papeles, se hallarán todos sus manuscritos originales, de su puño y letra; él mismo

escogía el papel; un papel sólido y duradero. Siempre con el pensamiento de dejar un texto exacto á la posteridad. Por lo que respecta á la copia, la divorciaba, según decía él, en absoluto de su obra; la leía como cosa ajena; su libro ya no le parecía suyo, y se separaba de él sin pena; en tanto que si hubiese dado su manuscrito, aquel manuscrito, sobre el cual se había apasionado durante tanto tiempo, le habría parecido que se arrancaba un pedazo del corazón. Antes de llevar el texto á la imprenta, gustaba de leer algunos trozos en casas amigas. Eran esas lecturas verdaderas solemnidades. Flaubert leía perfectamente, con voz sonora y rítmica, lanzando las frases como en un recitado, haciendo valer admirablemente la música de las palabras, pero no declamándolas, ni dándoles intención, ni matices; yo llamaría á esto una declamación lírica; Flaubert profesaba sobre este punto una teoría completa. En los pasajes de fuerza, cuando llegaba á un efecto final, ahuecaba la voz, y producía hasta el ruido del trueno; los techos trepidaban. Así le he oído terminar *La leyenda de San Julián el Hospitalario*, con un verdadero estampido del mayor efecto. Después de todo esto, la impresión del libro era un asunto de suma importancia. Mostrábase sumamente descontentadizo en la elección de imprenta, sosteniendo que ningún impresor de París tenía buena tinta. El problema del papel le preocupaba también muchísimo; exigía que se le exhibiesen muestras; suscitaba todo género de dificultades; inquietábase igualmente del color de la cubierta, y hasta en ocasiones soñaba con dar al tomo tamaños caprichosos é inusitados. Después escogía él mismo el tipo de letra. Para *La Tentación de San Antonio* impuso una tipografía muy complicada, tres clases distintas de caracteres, y le costó mucho trabajo contentarse.

Todos estos cuidados meticulosos procedían, lo repito, del respeto que profesaba á la literatura y á su propio trabajo. Mientras la obra estaba imprimiéndose, Flaubert permanecía constantemente agitado, no porque corrigiese mucho las pruebas, eso no; se limitaba senci-

llamente á revisarlas, desde el punto de vista tipográfico, y á subsanar cualquiera error de caja, pues no habría cambiado del texto ni una sola palabra; la obra era para él sólida como el bronce, y llevada á la mayor perfección posible. Estaba inquieto solamente por la parte material del trabajo; escribía en ocasiones dos cartas diarias al impresor y al editor; temía que se escapase alguna corrección; sobrecogíale á veces una duda que le obligaba á tomar un coche para cerciorarse de que tal ó cual coma estaba en su sitio. Por último, el libro aparecía, y Flaubert le enviaba á sus amigos, según listas que se llevaban con toda exactitud, y de las cuales él mismo borraba á los que no le daban las gracias. La literatura, á los ojos de Flaubert, era una función superior, la sola función importante del mundo. Por esto mismo quería que todos fuesen respetuosos con ella. Su gran rencor contra los hombres tenía por principal causa la indiferencia de la mayoría de éstos en asuntos de arte, la sorda desconfianza, el temor vago del vulgo ante un estilo trabajado y brillante. Tenía Flaubert una frase que repetía muy á menudo con voz terrible: «¡El odio á la literatura! ¡El odio á la literatura!», y encontraba ese odio en todas partes; en los hombres políticos más todavía que en los burgueses.

Tal es el Gustavo Flaubert que hallo en mis recuerdos, el escritor prodigioso, el lógico tan lleno de contradicciones. Habíase entregado á la literatura por completo, del todo, hasta tal punto, que llegaba á la injusticia con las demás artes, la pintura, la música, por ejemplo, á las cuales llamaba en son de menosprecio «las artes inferiores». Cuando se le hablaba de si convendría ilustrar alguno de sus libros, se encolerizaba extraordinariamente, diciendo que era menester no respetar su prosa para poner en ella muñecos que manchasen y destruyesen el texto. Tampoco permitió nunca que se le retratase, y sobre este punto no cedió en su vida; sin embargo, aunque no existe ningún retrato suyo al óleo, algunos poseen varias fotografías, que el novelista había mandado hacer

para una señora en un momento de debilidad. Los amigos antiguos de Flaubert decían en broma que si se negaba á dejarse retratar era por coquetería. Flaubert había tenido, á lo que parece, una cabeza hermosísima; pero habiéndose quedado calvo demasiado pronto, echaba de menos sus cabellos; se consideraba anciano con esa pasión por la belleza que ha caracterizado á la generación de 1830. Esta pasión nos conmueve tan escasamente ahora, que ni la comprendemos siquiera. Gustavo Flaubert, con su elevada estatura, su frente espaciosa, su largo bigote señalando su vigorosa mandíbula, era para todos nosotros una magnífica figura de pensador y de escritor.

No pertenecía á la Academia, y no habría pertenecido nunca, por la sencilla razón de que rehusaba en absoluto presentarse. Toda idea de reglamentación le horrorizaba. En 1866, el Imperio le había condecorado; pero algunos años después, hacia 1874, Flaubert se quitó la cinta, y no volvió á llevarla. Cuando le preguntamos acerca de esto, nos respondió que acababan de condecorar á X...., un bribón, y que él no quería llevar la cruz desde el momento en que un bribón la llevaba. Á mi juicio, Flaubert, en su orgullo legítimo, sentía ser solamente caballero, cuando tantos otros, que no eran de su categoría en literatura, tenían el grado de oficial, y hasta el de comendador, y prefirió quedarse fuera que aceptar esas jerarquías. He ahí un escritor ilustre que será siempre la gloria de la literatura francesa; se ha consagrado por completo á la grandeza de su país, y su país no ha sabido recompensarle más que con una cruz, cuya insignificancia y la injusticia jerárquica debían acabar por herirle en la conciencia de su valer. Por eso ha preferido tornar á su condición de simple ciudadano, y cuando ha muerto, no era nada, ni era de nada: era Gustavo Flaubert.

EMILIO ZOLA.

HERODÍAS



I

LA ciudadela de *Machærus* se alzaba al Oriente del mar Muerto sobre un pico de basalto de forma cónica. Rodeábanla cuatro valles profundos: dos hacia los lados, uno en frente, y el cuarto á la parte opuesta. Al pie se apiñaban las casas dentro del círculo de un muro que seguía ondulando las desigualdades del terreno; y un camino de zigzag, tajado en la roca, unía la población con la fortaleza, cuyas murallas almenadas tenían ciento veinte codos de altura, infinidad de ángulos, y de trecho en trecho, torres, que eran como florones de aquella corona de piedra, suspendida por cima del abismo.

Dentro había un palacio adornado de pórticos, sobre el cual se extendía una terraza con balaustrada de madera de sicomoro, y con mástiles para tender un *velarium*.

Una mañana, antes de lucir el día, el Tetrarca Herodes Antipas se acercó á esa balaustrada, y, apoyando los codos, se puso á mirar.

Las montañas inferiores próximas á él empezaban á descubrir sus crestas, en tanto que su masa permanecía sumida aún en la sombra hasta el fondo de los abismos. Una niebla que flotaba, se desgarró y aparecieron los contornos del mar Muerto. La aurora, naciente á espaldas de *Machærus*, difundía un tinte rojizo; un momento después iluminó las arenas de la playa, las colinas, el desierto, y, más allá, todos los montes de Judea alzando sus escabrosas y grises superficies. Engaddí trazaba en medio una raya negra; Hebrón se elevaba como una cúpula en el fondo; Escuel ostentaba granados; Sorek viñas; Carmelo campos de sésamo; y la torre Antonia dominaba Jerusalén con su monstruoso cubo. El Tetrarca desvió de allí la vista para contemplar á la derecha las palmeras de Jericó, y pensó en las otras ciudades de su Galilea: Cafarnaum, Endor, Nazareth y Tiberiades, adonde acaso no volvería más. Corría en tanto el Jordán por la árida llanura, tan blanca, que deslumbraba como un manto de nieve. El lago á la sazón parecía de lapislázuli; y en su punta meridional, á la parte del Yemen, distinguió Antipas lo que temía ver. Había diseminadas tiendas oscuras, hombres que, armados de lanzas, circulaban entre los caballos, y hogueras moribundas que brillaban como chispas al ras del suelo.

Eran las tropas del rey de los árabes, cuya hija había repudiado él para tomar á Herodías, casada con uno de sus hermanos, que vivía en Italia sin pretensiones al poder.

Antipas esperaba socorros de los romanos, y se consumía de inquietud, viendo que tardaba en aparecer Vitelio, gobernador de la Siria.

¿Lo habría hecho decaer Agripa de la gracia del Emperador? Su tercer hermano, Felipe, soberano de la Batanea, se armaba clandestinamente. Los judíos llevaban á mal sus costumbres idólatras, y todos los restantes su dominación; así que dudaba entre dos proyectos: aplacar á los árabes ó concluir una alianza con los parthos; y, so pretexto de celebrar su cumpleaños, había

convidado á un gran festín para aquel mismo día á los jefes de sus tropas, á los administradores de sus haciendas y á los principales de Galilea.

Escudriñó todos los caminos con mirada penetrante. Estaban desiertos. Por cima de su cabeza volaban las águilas ; á lo largo de la muralla dormían los soldados recostados en los muros ; en el palacio todo permanecía inmóvil.

De pronto hizo palidecer al Tetrarca una voz lejana que parecía salir de las profundidades de la tierra. Se inclinó para escuchar ; había cesado. Pero á poco volvió á oirse, y entonces, dando palmadas, gritó : « ¡Mannaei ! ¡Mannaei ! »

Apareció un hombre, desnudo de medio cuerpo arriba, como los amasadores de los baños. Era muy alto, viejo y seco. Sobre el muslo llevaba un cuchillo con vaina de bronce. El pelo, levantado por una peina, dejaba libre y despejada una frente espaciosa. Tenía bajos de color los soñolientos ojos ; en cambio, la dentadura relucía. Apenas posaba los dedos de los pies sobre las losas ; todo su cuerpo poseía la flexibilidad del mono, y su cara la impassibilidad de una momia.

—¿Dónde está?—preguntó el Tetrarca.

Mannaei respondió, señalando un sitio detrás de sí con el dedo pulgar :

—¡Allá siempre!

—¡Se me figuraba haberlo oído!

Y después de respirar con desahogo, Antipas se informó de Iaokanann, el mismo que los latinos llaman San Juan Bautista. ¿Se había vuelto á ver á aquellos dos hombres, que entraron por condescendencia en su calabozo el mes anterior, y se sabía desde entonces lo que fueron á hacer allí?

Mannaei contestó :

—Cruzaron con él palabras misteriosas, como los ladrones por la noche en las encrucijadas de los caminos. Luego se fueron hacia la Alta Galilea, anunciando que traerían una gran noticia.

Antipas bajó la cabeza, y exclamó después, con expresión de espanto:

—¡Guárdalo! ¡Guárdalo! ¡Y no dejes entrar á nadie! ¡Cierra bien la puerta! ¡Tapa el foso! ¡Es preciso que no se sospeche siquiera que vive!

Mannaei obraba con arreglo á esas órdenes, aun antes de recibirlas, porque Iaokanann era judío, y él execraba á los judíos, como todos los samaritanos.

Su templo de Garizim, designado por Moisés como centro de Israel, no existía desde el rey Hircán; y el de Jerusalén los ponía fuera de sí como un ultraje y una injusticia permanente. Mannaei había penetrado en él á fin de manchar su altar con huesos de muertos; á sus compañeros, menos diligentes, los decapitaron.

Él lo divisó por entre el hueco de dos colinas. El sol hacía resplandecer sus muros de mármol blanco y las planchas de oro de su techumbre. Era como una montaña luminosa, algo sobrehumano que todo lo anonadaba con su opulencia y su orgullo.

Entonces extendió los brazos hacia Sión, é irguiéndose, echando atrás la cabeza y apretando los puños, le lanzó un anatema, creyendo que las palabras tenían un poder efectivo.

Antipas escuchaba sin muestras de escandalizarse.

El samaritano añadió:

—Unas veces se revuelve, y quisiera huir; espera que vengan á salvarlo. Otras veces está tan quieto como un animal enfermo, ó anda en medio de las tinieblas, diciendo á cada paso; «¿Qué importa? ¡Para que suba él, es preciso que baje yo!»

Antipas y Mannaei se miraron. Pero el Tetrarca estaba cansado de reflexionar.

Todos aquellos montes que se alzaban en torno suyo á modo de grandes olas petrificadas, las negras simas que se abrían en los acantilados, la inmensidad del cielo azul, el brillo violento de la luz y la profundidad de los abismos turbaban su alma, invadida juntamente de una especie de desolación al espectáculo del desierto, que

figura en la confusión de sus terrenos anfiteatros y palacios derruidos. El viento llevaba con el olor del azufre como la exhalación de las ciudades malditas, sepultadas más abajo de la ribera que aprisiona las dormidas aguas. Esos signos de una cólera inmortal aterraban su pensamiento, y permanecía de codos sobre la balaustrada, con los ojos fijos y las sienes entre las manos. Alguien lo tocaba. Se volvió, y se encontró delante de Herodías.

Iba envuelta en una túnica de púrpura que le bajaba hasta las sandalias. Acabando de salir de su aposento precipitadamente, no llevaba pendientes ni collares; por un hombro le caía una de las negras trenzas, cuyo remate iba á perderse entre ambos senos; las narices, demasiado remangadas, palpitaban; iluminaba su semblante la alegría de un triunfo; y con voz enérgica, sacudiendo al Tetrarca, dijo:

—¡César nos quiere! ¡Agripa está preso!

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Lo sé!

Añadió:

—¡Es por haber hecho votos á favor de la sucesión de Cayo!

Viviendo de sus limosnas, había mendigado el título de rey, que ellos también ambicionaban. ¡Pero en el porvenir ya no habrá temores!—«¡Los calabozos de Tiberio se abren difícilmente, y no siempre está allí segura la vida!»

Antípas la comprendió; y, aunque era hermana de Agripa, le parecieron justificadas sus atroces intenciones. Esos asesinatos eran una consecuencia del estado de cosas, una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes se perdían de cuenta ya.

Pasando á exponer sus proyectos, habló Herodías de clientes comprados, de cartas sorprendidas, de espías distribuidos por todas partes; y añadió, además, cómo había conseguido seducir al delator Eutiques.—«¡No me costaba nada! ¿No he hecho más por ti?.... ¡Abandoné á mi hija!»

Después de su divorcio, dejó en Roma á esa niña, consolándose con la esperanza de tener otros hijos del Tetrarca. Jamás hablaba de ella. Antipas se preguntó á qué vendría aquel acceso de cariño.

Tendióse el *velarium*, y se trajeron amplios almohadones. Herodías se dejó caer, y lloraba, vuelta de espaldas. Luego se pasó la mano por los párpados, diciendo que no quería pensar en aquellas cosas, que se sentía feliz; y le recordó sus conversaciones allá, en el atrio, sus encuentros en los baños, sus paseos por la vía Sacra, y las tardes pasadas en las quintas entre el murmullo de los surtidores y bajo los arcos de follaje, delante de la campiña romana. Mirábalo entonces como en aquellas horas, rozándose con su pecho y deshaciéndose en caricias. Antipas la rechazó. ¡Estaba tan lejos al presente el amor que ella se esforzaba en reanimar! Y de ahí dimanaban todas sus desgracias, porque pronto se cumplirían doce años sin que cesase la guerra. Esa guerra había envejecido al Tetrarca. Sus hombros se encorvaban bajo la oscura toga de ribete morado; los blancos cabellos se le juntaban con la barba, y el sol, al través del lienzo, bañaba de luz su frente sombría. También la de Herodías tenía pliegues; y uno frente á otro, se contemplaban con semblante huraño.

Los caminos de la montaña empezaban á poblarse: aquí, boyeros aguijando bueyes; allí, niños tirando de asnos; en otra parte, palafraneros guiando caballos. Los que bajaban por las alturas de más allá de *Machærus* desaparecían detrás del castillo; otros subían por la quebrada de enfrente, y, una vez en la ciudad, descargaban en los patios. Eran los proveedores del Tetrarca y la servidumbre que precedía á los convidados.

Así las cosas, en el fondo de la terraza, hacia la izquierda, apareció un esenio, con túnica blanca, los pies descalzos y estoico continente. Mannaiei se precipitaba por la derecha blandiendo su cuchillo.

Herodías le gritó:

—¡Mátalo!

—¡Detente!—dijo el Tetrarca.

Mannaei se quedó inmóvil; el otro lo mismo.

Después se retiraron, retrocediendo cada uno por una escalera diferente, sin perderse de vista.

—Lo conozco (dijo Herodías). Se llama Fanuel, y trata de ver á Iaokanann, puesto que tú tienes la locura de conservarlo.

Antipas objetó que podía ser útil un día. Sus ataques á Jerusalén les ganaban el resto de los judíos.

—¡No! (replicó ella). ¡Aceptan todos los amos, sin ser capaces de crear una patria!

Y por lo tocante al que soliviantaba al pueblo con esperanzas acariciadas desde Nehemías, la política mejor era quitarlo de en medio.

No corría prisa, según el Tetrarca. ¡Iaokanann peligroso! ¡Vaya en gracia! Aparentaba reír.

—¡Cállate!—exclamó Herodías.

Y volvió á repetir su humillación un día que iba hacia Galaad á la recolección del bálsamo. Á orillas del río había gentes vistiéndose, y en un montículo de al lado hablaba un hombre. Llevaba una piel de camello alrededor de los riñones, y su cabeza parecía la de un león. «En cuanto me vió, escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas llameaban; su voz rugía; alzaba los brazos como para arrancar el trueno. ¡Imposible huir! Las ruedas de mi carro estaban llenas de arena hasta los ejes, y yo me alejaba poco á poco, abrigándome con el manto, helada por aquellas injurias que caían como lluvia tempestuosa.»

Iaokanann no le dejaba vivir. Cuando lo cogieron y ataron con cuerdas, los soldados tenían orden de traspasarlo, si resistía; pero él se mostró sumiso. Se echaron serpientes en su prisión; las serpientes murieron.

La ineficacia de esas asechanzas exasperaba á Herodías. Y, en resumen, ¿por qué su guerra contra ella? ¿Qué interés lo movía? Sus vociferaciones ante la muchedumbre se habían difundido, circulaban, las oía ella por doquier: llenaban el aire. No le hubiese faltado valor

para habérselas con legiones; pero aquella fuerza inasequible y más perniciosa que las espadas era para perder el juicio. Y recorría la terraza, pálida de cólera, sin hallar expresiones con qué traducir lo que la ahogaba.

Pensaba también en si el Tetrarca, cediendo á la opinión, llegaría acaso á repudiarla. ¡Entonces se habría perdido todo! Desde su niñez acariciaba el sueño de un gran imperio. Por realizarlo abandonó á su primer esposo, y se había unido á aquél, que temía la engañase.

—¡Buen apoyo me he echado al entrar en tu familia!

—¡Tan buena como la tuya!—repuso tranquilamente el Tetrarca.

Herodías sintió hervir en sus venas la sangre de los sacerdotes y reyes de su linaje.

—¡Pero si tu abuelo barría el templo de Ascalón! ¡Si los demás eran pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda tributaria de Judá desde el rey David! ¡Todos mis antepasados han metido en cintura á los tuyos! ¡El primero de los Makkabi os expulsó de Hebrón, é Hircán os obligó á circuncidaros!» Y, exhalando el menosprecio de la patricia por el plebeyo, el odio de Jacob contra Edom, le echó en cara su indiferencia á los ultrajes, su blandura con los fariseos que le hacían traición, su cobardía con el pueblo que la detestaba. «¡Eres lo mismo que él, confiésalo!, y echas de menos á la moza árabe que baila alrededor de las piedras. ¡Anda, vuélvete á vivir con ella á su tienda! ¡devora su pan cocido bajo cenizas! ¡besa sus mejillas azuladas, y olvídame!»

El Tetrarca no oía ya. Miraba el terrado de una casa, donde había una joven y una vieja que sostenía un quitasol con mango de caña, tan largo como las cañas de pescar. En medio del tapiz se veía abierta una gran cesta de viaje, por donde salía un hacinamiento confuso de cinturones, velos y dijes de orfebrería. La joven se inclinaba de cuando en cuando hacia todas esas cosas, y las sacudía al aire. Iba vestida como las romanas, ostentando rizada túnica, pelo con bellotas de esmeralda, y tirillas azules sujetando el pelo, que debía pesarle mucho,

porque de vez en cuando se llevaba la mano á él. El quitasol, balanceándose por cima de ella, medio la ocultaba á ratos. Antipas vislumbró dos ó tres veces su delicado cuello, el rabillo de uno de los ojos y el remate de una boca chiquita. Pero veía todo el tronco, desde las caderas hasta la nuca, inclinándose un instante para volver á erguirse con un movimiento elástico. Espiaba la reaparición de aquel movimiento, respirando intensamente, y despidiendo llamaradas por los ojos. Herodías lo observaba.

—¿Quién es?—le preguntó Antipas.

Respondió que no sabía, y se marchó, calmada de repente.

Bajo los pórticos esperaban al Tetrarca galileo, el maestro de las escrituras, el jefe de los pastos, el administrador de las salinas y un judío de Babilonia que mandaba su caballería. Todos lo saludaron con una aclamación, y á poco desapareció Antipas, dirigiéndose á las habitaciones interiores.

En la esquina de un pasadizo surgió Fanuel.

—¿Otra vez? ¿Vienes por Iaokanann sin duda?

—¡Y por ti! Tengo que participarte una cosa de importancia.

Y, sin separarse de Antipas, penetró tras él en un oscuro aposento.

Bajaba la luz por un enrejado que se extendía longitudinalmente debajo de la cornisa. Las paredes estaban pintadas de un color granate casi negro. En el fondo había un lecho de ébano con correas de cuero de buey. Encima relumbraba como el sol un escudo de oro.

Antipas atravesó toda la estancia, y se tendió en el lecho.

Fanuel estaba de pie. Alzó un brazo, y en actitud inspirada, habló así:

—El Altísimo envía á veces uno de sus hijos. Iaokanann es uno de ellos. Si lo oprimes, serás castigado.

—¡Él es el que me persigue! (exclamó Antipas.) Ha querido de mí una cosa imposible. Desde entonces me

desgarra. ¡Y no era yo duro al principio! Ha llegado á mandar salir de *Machærus* hombres que trastornan mis provincias. ¡Desgraciado de él! ¡Puesto que me ataca, me defiende!

—Sus cóleras son demasiado violentas (replicó Fanuel). Pero no importa. Hay que ponerlo en libertad.

—No se suelta á las fieras rabiosas,—dijo el Tetrarca. El esenio respondió:

—¡No tengas cuidado! Irá á visitar á los árabes, á los galos, á los escitas. Su obra debe extenderse hasta el fin de la tierra.

Antipas parecía absorto en una visión.

—¡Grande es su poder!.... ¡Á mi pesar, lo quiero!

—¡Entonces, que sea libre!

El Tetrarca movió la cabeza. Tenía miedo á Herodías, á Mannaï y á lo desconocido.

Fanuel trató de convencerlo, alegando, como garantía de sus planes, la sumisión de los esenios á los reyes. Se respetaba á esos hombres pobres, indomables por los tormentos, vestidos de lino, y que leían el porvenir en las estrellas.

Antipas se acordó de lo que le había dicho poco antes.

—¿Qué cosa importante es la que me anunciabas?

Sobrevino un negro con el cuerpo blanco de polvo. Jadeaba, y sólo pudo decir:

—¡Vitelio!

—¡Cómo! ¿Viene?

—Lo he visto. Estará aquí antes de tres horas.

Los cortinajes de los corredores se agitaron como á impulsos del viento. El palacio se pobló de rumores, de un alboroto de gentes que corrían, de muebles arrastrados, de vajillas de plata que rodaban; y desde lo alto de las torres clamoreaban las bocinas avisando á los esclavos dispersos.

II

Las murallas estaban cubiertas de inmenso gentío cuando Vitelio entró en el patio, apoyándose en el brazo de su intérprete. Iba seguido de una gran litera roja adornada de penachos y espejos, con la toga, la laticlavia y los borceguíes de cónsul, y rodeado de lictores.

Los lictores arrimaron á la puerta los doce haces de varas atadas por una correa, con su hacha en medio. En aquel punto todos se estremecieron ante la majestad del pueblo romano.

Paróse le litera que conducían ocho hombres, y salió del interior un adolescente panzudo, con la cara cuajada de granos, y los dedos de perlas. Le ofrecieron una copa llena de vino y aromas. Se la bebió, y pidió una segunda.

El Tetrarca se echó á los pies del Procónsul, sintiendo, decía, no haber sabido antes el honor que le reservaba con su presencia. De otra suerte hubiese dispuesto en los caminos cuanto era obligado para recibir á los Vitelios. Descendían éstos de la diosa Vitelia, y aun llevaba su nombre una vía que conducía desde el Janículo al mar. Eran innumerables en la familia las cuesturas y los consulados; y en cuanto á Lucio, su huésped entonces, había que tributarle gracias como vencedor de los clitos y padre de aquel joven Aulo, que parecía volver á sus dominios, puesto que el Oriente era la patria de los dioses. Esas hipérboles fueron expresadas en latín. Vitelio las aceptó impasiblemente.

Respondió que el gran Herodes bastaba para enaltecer á una nación. Los atenienses le habían dado la superintendencia de los juegos Olímpicos. Había construido

templos en honor de Augusto ; había sido paciente , ingenioso , terrible y fiel siempre á los Césares.

Por entre las columnas de capiteles de bronce avanzaba Herodías con aires de emperatriz , en medio de mujeres y de eunucos , que llevaban perfumes encendidos en bandejas de plata sobredorada.

El Procónsul dió tres pasos hacia ella.

Después de saludarla con una inclinación de cabeza :
—¡Qué felicidad (exclamó) que Agripa , el enemigo de Tiberio , no pueda hacer daño de aquí en adelante!

El Procónsul ignoraba el acontecimiento ; la mujer le pareció peligrosa ; y como Antipas jurase que no habría nada que él no hiciese por el Emperador , añadió Vitelio :
—¿Aun en detrimento de los demás?

El Procónsul había obtenido rehenes del rey de los parthos , y el Emperador no se curaba ya de tal cosa , porque Antipas , que estaba presente en la conferencia , se anticipó á enviar la noticia para hacerse valer. De ahí un odio profundo y las dilaciones en mandar auxilios.

El Tetrarca balbuceaba. Pero Aulo dijo riendo :

—Tranquilízate. ¡Te protejo yo!

El Procónsul fingió no oír. La fortuna del padre dependía de la degradación del hijo ; y aquella flor de los lodazales de Caprea le procuraba beneficios tan cuantiosos , que la rodeaba de atenciones , aunque no sin cierta desconfianza , porque era venenosa.

Se alzó un tumulto debajo de la puerta. Entraba una cáfila de mulas blancas , montadas por personajes con hábito sacerdotal. Eran saduceos y fariseos , que iban á la ciudadela , movidos de la misma ambición , pues los unos querían obtener la dignidad de sacrificadores , y los otros conservarla. Presentábanse con semblante sombrío , sobre todo los fariseos , enemigos de Roma y del Tetrarca. Los pliegues de las túnicas dificultaban sus movimientos en aquella confusión , y las tiaras se bamboleaban en su frente por encima de las tiras de pergamino cubiertas de inscripciones.

Casi al mismo tiempo llegaron soldados de la van-

:

guardia. Habían metido los escudos dentro de sacos para precaverlos del polvo; y detrás de ellos iba Marcelo, lugarteniente del Procónsul, con publicanos, que llevaban bajo los sobacos tablillas de madera.

Antipas nombró á los principales de su cortejo: Tolmai, Kanthera, Sehón, Ammonio de Alejandría, que le compraba asfalto, Naâmann, capitán de sus velites, y Iasim el babilonio.

Vitelio se había fijado en Mannaei.

—Y ese, ¿quién es?

El Tetrarca dió á entender con un ademán que era el verdugo.

Después presentó á los saduceos.

Jonatás, un hombrecillo de maneras desenvueltas, que hablaba griego, suplicó al Señor que los honrase con una visita á Jerusalén. Probablemente iría.

Eleazar, con su nariz corva y su luenga barba, reclamó para los fariseos el manto del gran sacerdote detentado en la torre Antonia por la autoridad civil.

Luego los galileos denunciaron á Poncio Pilatos. Por culpa de un loco que buscaba en una caverna próxima á Samaria los vasos de oro de David, había matado á varios habitantes; y todos hablaban á un tiempo, y Mannaei con más vehemencia que ninguno. Vitelio declaró que se castigaría á los criminales.

Frente á un pórtico donde los soldados colgaron sus escudos, estalló una tempestad de vociferaciones. Habiéndose desatado las fundas, se veía en el *umbo* la efigie de César. Era una idolatría para los judíos. Antipas los arengó, y Vitelio, instalado en elevado sitio sobre la columnata, se asombraba de sus furores. Razón había tenido Tiberio al desterrar cuatrocientos á Cerdeña. Pero en su país eran fuertes; así, que mandó retirar los escudos.

Entonces rodearon al Procónsul, implorando reparaciones de injusticias, privilegios, limosnas. Se estrujaban unos á otros, desgarrándose los vestidos; y los esclavos, para despejar, repartían palos á roso y velloso. Los más próximos á la puerta bajaron al sendero; otros, que su-

bían en tanto, tuvieron que refluir; cruzábanse dos corrientes en aquella masa de hombres, que oscilaba comprimida dentro del recinto de los muros.

Preguntó Vitelio por qué tanta gente. Antipas dijo la causa: el festín de su cumpleaños; y señaló á varios de sus servidores que, inclinados en las almenas, tiraban de inmensas canastas de viandas, frutas y legumbres, de antílopes y cigüeñas, de grandes peces de color azulado, de uvas, sandías y pirámides de granadas. Aulo no pudo contenerse. Se precipitó hacia las cocinas, arrastrado por aquella glotonería que debía asombrar al universo.

Al pasar junto á un sótano, divisó unas marmitas semejantes á corazas. Vitelio se acercó á verlas, y exigió que se le abriesen los cuartos subterráneos de la fortaleza.

Eran altas bóvedas abiertas en la peña viva, con pilares de trecho en trecho. El primer departamento contenía armaduras viejas; pero el segundo se hallaba atestado de picas, cuyas puntas surgían de un penacho de plumas. El tercero parecía tapizado de un enrejado de cañas: tal era la profusión de flechas colocadas perpendicularmente las unas á las otras. Cubrían las paredes del cuarto hojas de cimitarras. En medio del quinto se extendían filas de cascos que semejaban con sus cimeras un batallón de serpientes rojas. En el sexto no se veían más que aljabas, ni en el sétimo más que cnémides, ni en el octavo más que brazales; en los siguientes había horquillas, garfios, escalas, cordajes, hasta mástiles para las catapultas, ¡hasta cascabeles para el pretal de los dromedarios! Y conforme la montaña iba ensanchándose hacia su base, como toda ella estaba dividida interiormente á modo de colmena, por debajo de aquellos compartimientos venían otros más numerosos; todavía los había más profundos.

Vitelio, su intérprete Fineas, y Sissena, el jefe de los publicanos, los recorrían á la luz de las antorchas que llevaban tres eunucos.

Entre sombras se columbraban cosas horribles inventadas por los bárbaros : cachiporras guarnecidas de clavos, jabalinas que envenenaban las heridas, tenazas semejantes á mandíbulas de cocodrilos; en fin : el Tetrarca poseía en *Machærus* municiones de guerra para cuarenta mil hombres.

Las había acopiado en previsión de una alianza de sus enemigos. Pero el Procónsul podía creer ó decir que era para combatir á los romanos, y trataba de dar explicaciones.

No eran de él ; muchas servían para defenderse de los salteadores ; éstas hacían falta contra los árabes ; aquéllas habían pertenecido á su padre. Y, en vez de seguir detrás del Procónsul, iba delante rápidamente. Al pasar por cierto sitio, se arrimó al muro y se abrió de codos para ocultarlo con la toga ; pero por encima de su cabeza asomaba una puerta. Vitelio la vió, y quiso saber lo que encerraba.

No podía abrirla nadie más que el babilonio.

—¡Llama al babilonio!

Lo esperaron.

Su padre había ido desde las orillas del Eufrates á ofrecerse al gran Herodes con quinientos jinetes para defender las fronteras orientales. Después del reparto del reino, Iasim había quedado en casa de Filipo, y ahora servía á Antipas.

Se presentó con un arco al hombro y un látigo en la mano. Tenía torcidas las piernas, y las llevaba apretadamente ceñidas por cordones multicolores. La túnica sin mangas dejaba totalmente al descubierto los recios brazos ; un gorro de pieles sombreaba su semblante poblado de ensortijada barba.

Al pronto hizo como que no comprendía al intérprete ; pero Vitelio lanzó una mirada á Antipas, y el Tetrarca repitió inmediatamente la orden. Entonces Iasim aplicó las dos manos á la puerta, que resbaló por el muro.

Salió de las tinieblas una tufarada de aire caliente, y

vieron una bajada en forma de caracol. Siguiéndola, llegaron al umbral de una gruta, más espaciosa que los otros subterráneos.

En el fondo se abría una arcada mirando al precipicio que por aquella parte defendía la ciudadela. Una madre-selva adherida á la bóveda dejaba caer sus flores en plena luz. En el suelo murmuraba un arroyo.

Allí había cosa de un centenar quizá de caballos blancos comiendo cebada en una tabla dispuesta al nivel de su boca. Todos tenían la crín teñida de azul, calzados de esparto los cascos, y los pelos de entre las orejas ahuecados por delante á modo de peluca. Con la crecida cola se sacudían suavemente los corvejones. El Procónsul se quedó mudo de admiración.

Eran animales maravillosos, dotados de la flexibilidad de las serpientes y de la agilidad de las aves. Volaban tras la flecha del jinete, derribaban los hombres mordiéndoles el vientre, salvaban los obstáculos de las rocas, saltaban por cima de los abismos, y durante un día entero proseguían su frenético galope al través de las llanuras; una sola palabra los detenía. En cuanto entró Iasim, se fueron á él como corderos á la vista del pastor, y, alargando el pescuezo, lo miraban inquietamente con sus ojazos infantiles. Por costumbre sacó de su garganta un grito ronco, que los puso fuera de sí de alegría, y se encabritaban, hambrientos de espacio y ansiosos de correr.

Antipas, por temor de que Vitelio se los llevara, los había encerrado en aquel lugar, reservado para los animales en caso de sitio.

—La cuadra es mala (dijo el Procónsul), y te expones á perderlos. ¡Haz el inventario, Sissena!

El publicano sacó una tablilla de la cintura, contó los caballos y los inscribió.

Los agentes de las compañías fiscales corrompían á los gobernadores para saquear las provincias. Aquél husmeaba por todos lados con su hocico de garduña y sus ojos parpadeantes.

Por fin, subieron al patio.

En medio de las losas veíanse aquí y allí discos de bronce que tapaban las cisternas. Reparó en uno mayor que los otros y que no producía la misma sonoridad al pisarse. Fué golpeándolos todos alternativamente, y, pasado un instante, empezó á aullar, dando con el pie:

—¡Lo tengo! ¡lo tengo! ¡Aquí está el tesoro de Herodes!

Buscar esos tesoros era una locura de los romanos.

Juró el Tetrarca que no existían.

Pues ¿qué había allá abajo?

—¡Nada! Un hombre, un preso.

—¡Enséñalo!—dijo Vitelio.

El Tetrarca no obedeció; descubrirían su secreto los judíos. Su resistencia á abrir la tapa impacientaba al Procónsul.

—¡Hundidla!—gritó á los lictores.

Mannaei adivinó de qué se ocupaban. Al ver un hacha, creyó que iban á decapitar á Iaokanann; y al primer hachazo detuvo al lictor, metió una especie de gancho entre la tapa y las losas, y, contrayendo sus brazos flacos y larguiruchos, la levantó suavemente hasta que dió vuelta sobre sí. Todos admiraron las fuerzas de aquel viejo. Bajo esa tapa de madera, chapeada de bronce, se extendía una trampa del mismo tamaño. De una puñada se dobló en dos mitades. Entonces se descubrió un agujero, un enorme foso circuido por una escalera sin pasamano, y los que se asomaban al borde divisaron una silueta vaga y espantosa.

Tendido en el suelo había un ser humano entre una maraña de pelos, confundidos con los de la piel que le cubría la espalda. Se levantó. Tocaba con la frente una reja horizontal, y desaparecía por momentos en las profundidades de su antro.

Á la luz del sol, que caldeaba intesamente las losas, brillaban las puntas de las tiaras y los puños de las espadas; sobre el patio se veían girar palomas que volaban de los frisos. Era la hora en que Mannaei les echaba la

comida. Ahora estaba agachado delante del Tetrarca, que permanecía de pie junto á Vitelio. Por detrás formaban círculos los galileos, los sacerdotes y los soldados; todos callaban, aguardando ansiosamente lo que iba á suceder.

Subió del fondo un gran suspiro exhalado por una voz cavernosa.

Herodías lo oyó desde el extremo opuesto del patio. Subyugada por una especie de fascinación, atravesó la multitud, y se paró á escuchar, inclinando el cuerpo y apoyando una mano sobre el hombro de Mannaiei.

Se elevó la voz:

—¡Ay de vosotros, fariseos y saduceos, raza de víboras, odres hinchados, címbalos retumbantes!

«¡Ay de ti, pueblo! ¡Y ay de los traidores de Judá, de los borrachos de Efraim, de los que habitan el valle pingüe y se bambolean con los vapores del vino!

» Que se disipen como el agua que corre, como la boba que se derrite al andar, como el aborto de una mujer, que no ve el sol.

» Moab, tendrás que refugiarte en los cipreses como los pajarillos, y en las cavernas como los gervos. Las puertas de las fortalezas se romperán más pronto que cáscaras de nueces; se derrumbarán los muros; arderán las ciudades, y no se detendrá el azote del Eterno. ¡Revolverá vuestros miembros en vuestra sangre, como lana en tina de tintorero; os desgarrará como el rastrillo flamante, y desparramará las tajadas de vuestra carne por medio de los montes!»

¿De qué conquistador hablaba? ¿De Vitelio? Sólo los romanos podían consumir ese exterminio. Se oía lamentos: «¡Basta!, ¡basta!; ¡que acabe!»

Prosiguió más alto:

«¡Los niños se arrastrarán sobre cenizas al lado del cadáver de sus madres! ¡La gente irá de noche á buscarse el pan á través de los escombros, expuesta á tropezar con las espadas! ¡Los chacales se disputarán huesos en las plazas públicas, donde los viejos conversaban por las

tardes! ¡Tus vírgenes, tragándose las lágrimas, tocarán la cítara en los festines del extranjero, y tus más bravos hijos doblarán el espinazo desollado por cargas demasiado pesadas!»

El pueblo volvía á ver los días de su destierro y todas las catástrofes de su historia. Eran las palabras de los antiguos profetas. Iaokanann las disparaba unas tras otras, como porrazos.

Pero la voz se tornó dulce, armoniosa, melódica. Anunciaba una emancipación, resplandores celestes, el recién nacido con un brazo en la caverna del dragón, el oro en vez del barro, el desierto abriéndose como una rosa: «¡Lo que ahora vale sesenta kiccares no costará un óbolo; la gente se dormirá en los lagares con el vientre atiborrado! ¿Cuándo vendrás, ¡oh tú!, á quien yo espero? ¡Todos los pueblos se arrodillan de antemano, y tu dominación será eterna, Hijo de David!»

El Tetrarca se hizo atrás, ultrajado como por una amenaza, al anuncio de un Hijo de David.

Iaokanann lo denostó por su reinado («¡No hay más rey que el Eterno!») y por sus jardines, por sus estatuas, por sus muebles de marfil, como el impío Acab.

Antipas rompió el cordoncillo del sello colgado á su pecho, y lo tiró al foso, mandándole callarse.

La voz respondió:

—«¡Gritaré como un oso, como un asno salvaje, como una mujer de parto!

»Ya llevas el castigo en tu incesto. ¡Dios te aflige con la esterilidad del mulo!»

Se alzaron risas, semejantes al hervor de las olas.

Vitelio se empeñaba en permanecer. El intérprete, con tono impasible, repetía en la lengua de los romanos todas las injurias que en la suya rugía Iaokanann. El Tetrarca y Herodías tenían que soportarlas dos veces. Él estaba anhelante, y ella observaba atónita el fondo del pozo.

El hombre horrendo echó atrás la cabeza, y, agarrando los barrotes, pegó á ellos la cara, que parecía un

montón de maleza donde centelleaban dos carbones encendidos :

—« ¡Ah! ¡Eres tú, Jezabel!

» Le robaste el corazón con el crujido de tu calzado. Relinchabas como una yegua. ¡Hiciste la cama sobre los montes para cumplir tus sacrificios!

» El Señor te arrancará los zarcillos, los vestidos de púrpura, los velos de lino, los anillos de los brazos, las sortijas de los pies, las medias lunas de oro que tiemblan en tu frente, los espejos de plata, los abanicos de plumas de avestruz, los chapines de nácar que aumentan tu estatura, el orgullo de tus diamantes, los perfumes de tus cabellos, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu molicie ; y no habrá piedras bastantes para tirarlas á la adúltera! »

Herodías buscaba en torno suyo una defensa con la mirada. Los fariseos bajaban los ojos hipócritamente. Los saduceos volvían la cabeza, temiendo ofender al Procónsul. Antipas parecía desfallecer.

La voz crecía, se prolongaba con redobles dislacerantes, como el trueno, y repetida por el eco de la montaña, conmovía á *Machærus* con múltiples explosiones.

—« ¡Revuélcate en el polvo, hija de Babilonia! ¡Quítate el cinturón, desátate el calzado, remángate, pasa los ríos! ¡Se descubrirá tu vergüenza, se verá tu oprobio! ¡Los sollozos te romperán los dientes! ¡El Eterno execra la hediondez de tus crímenes! ¡Maldita, maldita! ¡Revienta como una perra! »

Se cerró la trampa ; bajó la tapa. Mannaei quería estrangular á Iaokanann.

Herodías desapareció. Los fariseos estaban escandalizados. Antipas se justificaba en medio de ellos.

—Es verdad (replicó Eleazar) que hay que casarse con la mujer del hermano, pero Herodías no era viuda, y además tenía una hija, lo cual es una abominación.

—¡Error! ¡error! (objetó el saduceo Jonatás.) La Ley condena esos matrimonios, sin proscribirlos en absoluto.

—¡No importa! La gente es muy injusta conmigo

(decía Antipas), porque, en fin, Absalón se acostó con las mujeres de su padre, Judá con su nuera, Ammón con su hermana, y Lot con sus hijas.

En aquel momento reapareció Aulo, que acababa de dormir. Cuando se enteró del caso, se declaró á favor del Tetrarca. No había que pararse en semejantes tontorías; y se reía mucho de las censuras de los sacerdotes y de la cólera de Iaokanann.

Herodías, que estaba en medio de la escalinata, se volvió hacia él.

—¡No haces bien, señor mío! Ese hombre manda al pueblo que niegue el impuesto.

—¿Es verdad? (preguntó inmediatamente el publicano.)

Las respuestas fueron generalmente afirmativas. El Tetrarca las reforzaba.

Vitelio pensó que el preso podía escaparse; y, como la conducta de Antipas le parecía dudosa, puso centinelas en las puertas, á lo largo de los muros y en el patio.

Después se fué á su aposento, acompañado por las diputaciones de los sacerdotes.

Todos exponían sus quejas, sin abordar la cuestión del privilegio de los sacrificios; todos lo asediaban. Los despidió.

Al abandonarlo Jonatás, vió á Antipas en una almena hablando con un hombre de cabellera larga y blanco ropaje, un esenio; y sintió haberlo defendido.

Una reflexión consolaba al Tetrarca. Iaokanann no dependía ya de él; se encargaban de su persona los romanos. ¡Qué alivio! Fanuel se paseaba entonces por el camino de ronda.

Lo llamó, y, señalando á los soldados:

—¡Son los más fuertes! (dijo.) ¡No puedo libertarlo! ¡no es culpa mía!

El patio estaba vacío. Los esclavos reposaban. Sobre el fondo encendido del cielo que inflamaba el horizonte destacábanse sombríamente los menores objetos perpendiculares. Antipas distinguió las salinas al otro extremo

del mar Muerto, y no veía ya las tiendas de los árabes. ¿Se habían marchado, según eso? Subía la luna, y se serenaba su corazón.

Fanuel, abrumado, permanecía con la barba inclinada sobre el pecho. Al cabo de un instante reveló lo que tenía que decir.

Desde el principio del mes estudiaba el cielo antes de apuntar el alba, encontrándose en el cénit la constelación de Perseo. Agalah apenas se descubría; Algol brillaba menos; Mira Cœti había desaparecido; por todo lo cual auguraba la muerte de un hombre importante en *Machærus* aquella misma noche.

¿Quién? Vitelio tenía sobrada custodia. No se ejecutaría á Iaokanann. «¡Entonces soy yo!»—pensó el Tetrarca.

¿Acaso volverían los árabes? ¡El Procónsul descubriría sus relaciones con los parthos! Los sacerdotes iban escoltados por sicarios de Jerusalén, que ocultaban puñales bajo sus vestiduras; y el Tetrarca no dudaba de la ciencia de Fanuel.

Lo asaltó la idea de recurrir á Herodías. La odiaba; pero ella le infundiría aliento; y aún no estaban rotos todos los lazos del hechizo que en otro tiempo sufrió.

Al entrar en su Cámara, se desprendía humo de cinamomo de una cuenca de pórfido, y se veían dispersos por la habitación polvos, unguentos, telas que parecían nubes y bordados más ligeros que plumas.

No habló de la predicción de Fanuel, ni de su miedo á los judíos y á los árabes; Herodías lo hubiera tachado de cobarde. Sólo habló de los romanos; Vitelio no le había confiado nada de sus proyectos militares. En su sentir, era amigo de Cayo, con quien estaba en relaciones Agripa; y lo desterrarían, ó quizá lo degollarían.

Herodías procuró tranquilizarlo con desdeñosa indulgencia, y acabó por sacar de su cofrecillo una medalla rara con la efigie de Tiberio. Aquello bastaba

para hacer palidecer á los lictores y disipar las acusaciones.

Antipas, conmovido de gratitud, le preguntó cómo la poseía.

—Me la han dado,—respondió.

Por debajo de una cortina frontera salió un brazo desnudo, un brazo juvenil encantador, y como modelado en marfil por Policletes. Con graciosa torpeza tanteaba en el aire para alcanzar una túnica olvidada en un escabel arrimado á la pared.

Una vieja, levantando la cortina, introdujo la túnica silenciosamente.

El Tetrarca tuvo un recuerdo que no acertaba á precisar.

—¿Es tuya esa esclava?

—¿Qué te importa?—respondió Herodías.

III

Los convidados llenaban la sala del festín.

Era una sala de tres naves, como una basílica, separadas por columnas de madera de algumim con capiteles de bronce cubiertos de esculturas. Encima había dos galerías caladas, y en el fondo se destacaba una tercera de filigrana de oro, proyectándose en comba frente por frente de un arco enorme abierto en el extremo opuesto.

Sobre las mesas alineadas en toda la longitud de la nave ardían candelabros, que eran como arbustos encendidos entre las copas de barro pintado, los platos de bronce, los cubos de nieve y los racimos de uvas, pero esas luces rojizas iban desvaneciéndose progresivamente, á causa de la altura del techo, y brillaban en el espacio

puntos luminosos, á manera de estrellas, durante la noche, al través del remaje. Por el amplio hueco se veían lucir antorchas en las terrazas de las casas; porque Antipas agasajaba á sus amigos, á su pueblo, y á cuantos se habían presentado.

Por todas partes circulaban con bandejas esclavos ágiles como perros y calzados con sandalias de fieltro.

La mesa proconsular ocupaba un estrado de tablas de sicomoro debajo de la tribuna dorada. Cerraban ese espacio, formando una especie de pabellón, tapices de Babilonia.

En tres lechos de marfil,—uno á la cabecera, y dos á los lados,—se hallaban Vitelio, su hijo y Antipas, quedando el Procónsul cerca de la puerta, á la izquierda, Aulo á la derecha, y el Tetrarca en medio.

Llevaba el último pesado manto negro, cuya trama desaparecía bajo aplicaciones de color, afeite en los pómulos, la barba en forma de abanico, y el cabello empolvado de azul, y ceñido por una diadema de pedrerías. Vitelio conservaba su tahalí terciado sobre una toga de lino. Aulo, vestido de seda violeta, tachonado de plata, se había hecho atar las mangas por detrás. Peinaba tirabuzones escalonados, y en su pecho, rollizo y blanco como el de una mujer, centelleaba un collar de zafiros. Tenía junto á sí, sentado en una estera, con las piernas cruzadas, un niño muy guapo, que no cesaba de sonreír. Lo había visto en las cocinas, y ya no podía pasarse sin él; y, como le costaba mucho retener su nombre caldeo, lo llamaba simplemente «el asiático». Á veces se echaba en el triclinio, y sus pies descalzos dominaban la concurrencia.

Hacia esa parte estaban los sacerdotes y los oficiales de Antipas habitantes de Jerusalén, y los hombres principales de las ciudades griegas. Debajo del Procónsul se hallaban: Marcelo con los publicanos, varios amigos del Tetrarca, los personajes de Kana, Ptolemaida y Jericó, y después, revueltos unos con otros, montañeses del Líbano, los soldados viejos de Herodes, doce tracios, un

galo, dos germanos, cazadores de gacelas, pastores de Idumea, el sultán de Palmira, y marinos de Asiongaber. Todos tenían delante una pasta blanda para limpiarse los dedos, y alargando los brazos á manera de cuellos de buitre, tomaban aceitunas, alfónsigos y almendras. Los semblantes, coronados de flores, irradiaban de alegría.

Los fariseos habían rechazado las coronas como adorno indecoroso de los romanos, y se estremecieron cuando los rociaron de gálbano é incienso, composición reservada para los usos del Templo.

Aulo se restregó el sobaco, y Antipas le prometió todo un cargamento, con tres banastas de ese verdadero bálsamo, que hizo á Cleópatra codiciar la Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberiades, que acababa de llegar, se colocó detrás de él para comunicarle sucesos extraordinarios; pero el Tetrarca tenía dividida toda su atención entre el Procónsul y lo que se decía en las mesas inmediatas.

Hablábase en ellas de Iaokanann y de los hombres de su especie; Simón de Gittoi lavaba los pecados con fuego. Cierta Jesús....

—El peor de todos (exclamó Eleazar). ¡Un charlatán infame!

Detrás del Tetrarca se levantó un hombre, pálido como el ribete de su clámide. Bajando del estrado, interpeló á los fariseos:

—¡Mentira! ¡Jesús hace milagros!

Antipas deseaba verlos.

—Debías haberlo traído. ¡Refiérenos alguno!

Entonces contó el hombre que, teniendo él, Jacob, una hija enferma, había ido á Cafarnaum para suplicar al Maestro que tuviese á bien curarla. El Maestro respondió: «Vuélvete á tu casa. ¡Está curada!» Y la encontró en el umbral. Se había levantado del lecho cuando el gnomon del palacio señalaba la tercera hora, el momento mismo en que él se avistaba con Jesús.

Indudablemente (objetaron los fariseos), existían prácticas y hierbas poderosas. Allí mismo, en *Machærus*, se encontraba á veces el baaras que hacía invulnerable á la gente; pero curar á uno sin verlo ni tocarlo era una cosa imposible, á menos que Jesús no se sirviese de los demonios.

Y los amigos de Antipas, los principales de Galilea, repitieron, moviendo la cabeza:

—Los demonios, evidentemente.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, callaba en actitud digna y serena.

Se le excitaba á hablar: «¡Justifica su poder!»

Encorvóse de espaldas, é insinuó en voz baja, lentamente, como asustado de sí mismo:

—Pero, ¿no sabéis que es el Mesías?

Todos los sacerdotes se miraron, y Vitelio pidió la explicación de la palabra. Su intérprete tardó un minuto antes de responder.

Llamaban así á un libertador que les traería el goce de todos los bienes y la dominación de todos los pueblos. Algunos sostenían que había que esperar dos. El primero sería vencido por Gog y Magog, demonios del Norte; pero el otro exterminaría al príncipe del Mal; y lo esperaban á todas horas desde hacía siglos.

Puestos de acuerdo los sacerdotes, tomó la palabra Eleazar.

Por el pronto, el Mesías sería hijo de David, no de un carpintero. Además, confirmaría la Ley; aquel nazareno la atacaba. Y otra razón más poderosa: debía precederlo la venida de Elías.

Jacob replicó:

—¡Pero si Elías ha venido!

—¡Elías! ¡Elías!—repitió la multitud hasta el último extremo de la sala.

Todos veían en imaginación un viejo bajo una nube de cuervos, un altar encendido por el rayo, pontífices idólatras arrojados á los torrentes, y las mujeres de las tribunas pensaban en la viuda de Sarepta.

Jacob se desgañitaba repitiendo que lo conocía. ¡Lo había visto! ¡Y el pueblo también!

—¿Su nombre?

Entonces gritó con todas sus fuerzas :

—¡Iaokanann!

Antipas cayó como herido en pleno pecho. Los saduceos se abalanzaron á Jacob. Eleazar peroraba, pugnando por hacerse oír.

Cuando se restableció el silencio, se terció el manto, y empezó á interrogar como un juez.

—Puesto que el profeta murió....

Fué interrumpido por murmullos. Creíase que Elías había desaparecido simplemente.

Airado contra la multitud, prosiguió su interrogatorio :

—¿Piensas tú que ha resucitado?

—¿Por qué no?—dijo Jacob.

Los saduceos se encogieron de hombros ; Jonatás, arqueando los ojuelos, se esforzaba en reír como un bufón. Nada más sandio que la pretensión del cuerpo á la vida eterna ; y dirigiéndose al Procónsul, declamó este verso de un poeta contemporáneo :

« Nec crescit, nec post mortem durare videtur ».

Pero en este punto hallábase Aulo medio caído al borde del triclinio con la frente bañada en sudor, con la cara verdinegra, y clavándose los puños en el estómago.

Los saduceos fingieron afectarse extraordinariamente (al siguiente día les fué concedida la dignidad de sacrificadores) ; Antipas aparentaba desesperarse ; Vitelio permanecía impasible ; á pesar de sus mortales congojas, porque la pérdida del hijo era la pérdida de su fortuna.

Aulo, apenas había acabado de vomitar, quiso empezar á comer de nuevo.

—¡Que me den raspaduras de mármol, exquisito de

Naxos, agua de mar, cualquier cosa! ¿Y si tomase un baño?

Masculló nieve, y después de vacilar entre un tarro de Commagena y un plato de tordos, se decidió por calabazas en miel. El «asiático» lo contemplaba atentamente, porque aquellas tragaderas denotaban un ser prodigioso ó de una raza superior.

Se sirvieron riñones de toro, lirones, ruiseñores y picadillos en hojas de parra. Los sacerdotes en tanto discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón el Platónico, los tildaba de estúpidos, dirigiéndose á griegos que se burlaban de los oráculos. Marcelo y Jacob se habían unido. El primero hablaba al segundo de la satisfacción que sentía con el bautismo de Mitra, y Jacob lo exhortaba á seguir á Jesús. Los vinos de palma y de tamarisco, los de Safet y de Byblos, corrían de las ánforas á las cráteras, de las cráteras á las copas, y de las copas á las gargantas; charlaba todo el mundo; los corazones se abandonaban á la expansión. Iasim, aunque judío, no disimulaba ya su adoración de los planetas. Un comerciante de Afaka tenía con la boca abierta á unos nómadas, puntualizándoles las maravillas del templo de Hierápolis; y los oyentes preguntaban cuánto costaría la peregrinación. Otros aferraban á su religión natal. Un germano casi ciego cantaba un himno celebrando aquel promontorio de Escandinavia donde aparecen los dioses, circundados de rayos sus semblantes; y los de Siquem no comieron tórtolas por respeto á la paloma de Azima.

Varios conversaban de pie en medio del salón, y el vaho de los alientos, junto con el humo de los candela-bros, interponía una niebla en el aire. Pasó Fanuel arri-mado á las paredes. Acababa de volver á estudiar el fir-mamento; pero no se acercaba al Tetrarca por temor á las manchas de aceite, que para los esenios eran una gran mancilla.

Retumbaron golpes á la puerta del palacio.

Ahora se sabía que allí estaba detenido Iaokanann. Por el sendero trepaban hombres con antorchas; en la

:

quebrada hormigueaba una masa negra, que de vez en cuando aullaba :

—« ¡Iaokanann! ¡Iaokanann!»

—¡Todo lo descompone! (dijo Jonatás.)

—¡No habrá más dinero, si continúa! (añadieron los fariseos.)

Y todo se volvían recriminaciones :

—¡Protégenos!

—¡Acábese con él!

—¡Desamparas la religión!

—¡Impío como los Herodes!

—¡Más sois vosotros! (respondió Antipas). ¡Mi padre fué el que edificó vuestro templo!

Entonces los fariseos, los hijos de los proscritos, los partidarios de los Matathías, acusaron al Tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían cráneos puntiagudos, barbas de erizo, manos flojas y perversas, ó caras chatas, ojazos redondos, trazas de mastines. Como una docena, escribas y criados de los sacerdotes, mantenidos con el desecho de los holocaustos, se precipitaron hasta el pie del estrado, y amenazaban con cuchillos á Antipas, que los arengaba, al par que los saduceos procuraban defenderlo, aunque débilmente. Vió á Mannaei y le hizo señas de que se retirase, toda vez que Vitelio daba á entender con su actitud que no quería mezclarse en aquellas cosas.

Los fariseos, que seguían en sus triclinios, se pusieron furiosos como demonios, y rompieron los platos que tenían delante. Se les había servido el manjar favorito de Mecenas, onagro, una carne inmunda.

Aulo gastó bromas con ellos á propósito de la cabeza de burro, que, según se decía, honraban, y profirió otros sarcasmos sobre su antipatía por el cerdo. Debía ser porque ese animalucho les mató su Baco, y á ellos les gustaba desmedidamente el vino por haberse descubierto en el templo una viña de oro.

Los sacerdotes no comprendían sus palabras. Fineas, galileo de nacimiento, se negó á traducirlas. Entonces no

tuvo límites la cólera del adolescente, máxime al notar que «el asiático», sobrecogido de miedo, había desaparecido; y hasta de la comida hubo de maldecir: le disgustaba lo vulgar de los manjares, porque no se presentaban con el suficiente disfraz y aderezo. Se calmó al ver colas de ovejas sirias, que son como rollos de grasa.

Á Vitelio le parecía odioso el carácter de los judíos. Su dios podía ser perfectamente Molok, algunas de cuyos altares había encontrado en el trayecto; y acudieron á su memoria los sacrificios de niños con la historia del hombre á quien misteriosamente engordaban. Su corazón de latino se revolvía contra aquella intolerancia, contra aquel furor iconoclasta, contra aquellos aspavientos cerriles. El Procónsul quería marcharse. Aulo se opuso.

Con la ropa caída hasta las caderas estaba tumbado detrás de un montón de vituallas, demasiado ahito para arramblar con ellas, pero resuelto á no abandonarlas un minuto.

La exaltación del pueblo crecía; se abandonaba á proyectos de independenciam; recordaba la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados: Antígono, Craso, Varo....

—¡Miserables!—gritó el Procónsul, porque entendía el siríaco, y si usaba de intérprete, era sólo á fin de tomarse tiempo para responder.

Antipas sacó presuroso la medalla del Emperador, y, mirándolo trémulo, la presentaba por la faz de la imagen.

Abriéronse de repente las hojas de la tribuna de oro; y al resplandor de los cirios, entre esclavas y guirnaldas de anémona, apareció Herodías, tocada con mitra asiria sujeta por una babera; sus cabellos caían en espirales sobre un piplo escarlata partido á lo largo de las mangas. Su figura, entre los dos monstruos de piedra erguidos en la puerta, semejantes á los del tesoro de los Atridas, recordaba á Cibeles con sus leones. Con una pátera en la mano, exclamó desde la balaustrada que se elevaba sobre Antipas:

—¡Larga vida á César!

Vitelio, Antipas y los sacerdotes repitieron ese homenaje.

Pero en el mismo momento llegó del fondo de la estancia un murmullo de sorpresa y admiración. Acababa de entrar una joven.

Bajo el velo azulado que le tapaba el pecho y la cabeza, se distinguían los arcos de sus ojos, las calcedonias de sus orejas y la blancura de su cutis. Cubríale los hombros una prenda de seda tornasolada sujeta al talle por un cinturón de orfebrería. Llevaba calzones negros sembrados de mandrágoras, y unas chinelitas de plumón de colibrí que al compás de sus movimientos indolentes *chocleaban* en el suelo.

Una vez en el estrado, apartó el velo. Era Herodías como en los días de su juventud. Después empezó á bailar.

Cruzaba los pies alternativamente al compás de la flauta y de un par de crótalos. Los brazos alzados llamaban á alguien que siempre huía. Ella lo perseguía más ligera que una mariposa, como una Psiquis curiosa, como un alma vagabunda, que parecía pronta á volar.

Á los crótalos reemplazaron los fúnebres sonidos de la guingras. Á la esperanza había seguido el abatimiento. Las actitudes de la bailarina expresaban suspiros, y toda su persona tal languidez, que no se sabía si lloraba á algún dios ó si desfallecía al halago de sus caricias. Doblaba la cintura, entornando los párpados; el vientre ondulaba á imagen de las olas; temblaban los senos, y la cara permanecía inmóvil, mientras los pies no se daban punto de reposo.

Vitelio la comparó, á Mnester, el mímico. Aulo volvía á vomitar. El Tetrarca se embebía en un sueño, y ya no pensaba en Herodías. Creyó verla cerca de los saduceos. La visión se alejó.

No era una visión. Herodías había cuidado de aleccionar á su hija Salomé lejos de *Machærus*, en espera de que un día la amase el Tetrarca. Y era una buena idea: ¡los hechos lo patentizaban ahora!

Vinieron luego los transportes del amor que anhela saciarse. Bailó como las sacerdotisas de las Indias, como las nubias de las cataratas, como las vacantes de Lidia. Se doblaba en todos sentidos, como flor agitada por la tempestad. Saltaban los brillantes de sus orejas; la seda de la espalda deslumbraba con sus cambiantes visos; de sus brazos, de sus pies, de su ropaje, brotaban chispas invisibles que inflamaban á los hombres. Cantó un arpa; la multitud respondió con aclamaciones. Separando las piernas sin doblar las rodillas, se encorvó hasta el punto de rozar el suelo con la barba; y los nómadas, habituados á la abstinencia, los soldados de Roma duchos en libertinajes, los avaros publicanos, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos, dilatando las narices, palpitaban de concupiscencia.

Después giró frenéticamente alrededor de la mesa de Antipas, y Herodes, con voz entrecortada por sollozos de voluptuosidad, le decía: «¡Ven! ¡ven!» Ella giraba incesantemente; los tímpanos resonaban de modo que parecían á punto de estallar; la concurrencia aullaba. Pero el Tetrarca gritaba con más fuerza: «¡Ven! ¡ven! ¡Serás dueña de Cafarnaum! ¡de la llanura de Tiberiades! ¡de mis ciudadelas! ¡de la mitad de mi reino!»

Salomé plantó las manos en el suelo, alzó los pies, y en esa postura recorrió el estrado como un escarabajo enorme. Se paró de repente.

La nuca y las vértebras formaban un ángulo recto. Las caídas de color que le cubrían las piernas bajaban por los hombros como dos arcos iris, sirviendo de marco al rostro, que se alzaba como á un codo del suelo. Tenía pintados los labios, negrísimas las cejas, casi terrible la mirada, y salpicada la frente de gotillas que parecían un vapor difundido en mármol blanco.

No hablaba. Se miraban los dos.

Se oyó en la tribuna un chasquido de dedos. Subió la joven, volvió á aparecer en ella, y con algo de ceceo y tono infantil pronunció estas palabras:

—Quiero que me des en un plato la cabeza....—No se

acordaba del nombre, pero acabó sonriendo :—la cabeza de Iaokanann.

El Tetrarca se dejó caer anonadado.

Tenía empeñada su palabra, y aguardaba el pueblo. ¿Pero la muerte que se le había predicho, evitaría quizá la suya al recaer sobre otro? Si Iaokanann era realmente Elías, podría substraerse á ella ; si no, esa muerte dejaba de revestir importancia.

Mannaei estaba á su lado, y comprendió su intención.

Vitelio lo llamó para confiarle la consigna, puesto que había centinelas en el foso.

Fué un alivio. ¡De allí á un minuto todo habría concluído!

Pero Mannaei no se daba grandes trazas á despachar su faena.

Volvió trastornado.

Cuarenta años hacía que ejercía la función de verdugo. Él era el que había ahogado á Aristóbulo, estrangulado á Alejandro, quemado vivo á Matathías, decapitado á Zósimo, á Pappo, á José y á Antipater ; y ¡no se atrevía á matar á Iaokanann! Rechinaba los dientes, y le temblaba todo el cuerpo.

Había visto delante del foso al Ángel de los samaritanos, cubierto de ojos, y blandiendo una espada inmensa, roja y ondulante como una llama. Podían decirlo los soldados que llevaba de testigos.

Los soldados no habían visto nada, salvo un capitán judío que se precipitó sobre ellos, y que no existía ya.

El furor de Herodías se desbordó en un torrente de injurias canallescas y sangrientas. Se destrozó las uñas en la rejilla de la tribuna, y los dos leones esculpidos parecían morderse las espaldillas, y rugir como ella.

Antipas la imitó; los sacerdotes, los soldados, los fariseos, todos clamaban venganza, y los demás estaban poseídos de indignación viendo que se les retrasaba el espectáculo.

Mannaei salió al fin, tapándose la cara.

Á los convidados se les hacía el tiempo más largo todavía que la primera vez. Se aburrían.

De pronto repercutió en las galerías un ruido de pisadas. La impaciencia era intolerable.

Entró la cabeza. Mannaiei la tenía de los pelos, y estiraba el brazo, orgulloso de los aplausos de la muchedumbre.

Después de colocarla en un plato, la ofreció á Salomé.

La joven la subió presurosa á la tribuna; minutos después volvió á bajarla aquella vieja que Antipas divisó por la mañana en el terrado de una casa, y no hacía mucho, en el aposento de Herodías.

El Tetrarca retrocedía para no verla. Vitelio dirigió una mirada indiferente.

Mannaiei bajó del estrado, y la enseñó á los capitanes romanos y á todos los que comían en aquella parte.

La examinaron.

La aguda hoja del instrumento, incidiendo de arriba á abajo había cogido la mandíbula. Una convulsión estiraba la boca. La barba estaba salpicada de sangre, coagulada ya. La palidez de los párpados cerrados se asemejaba á la blancura de la cáscara del huevo. Los candelabros contiguos teñían el semblante con su reverberación.

Pasó la cabeza á la mesa de los sacerdotes. Un fariseo le dió vuelta, mirándola con curiosidad. Mannaiei volvió á colocarla derecha y la puso delante de Aulo, que despertó entonces. Las pupilas apagadas del mozo y las pupilas muertas que tenía delante, parecían decirse algo al través de las pestañas.

Acto continuo Mannaiei presentó la cabeza á Antipas. Corrieron lágrimas por las mejillas de Herodes.

Las luces se apagaban, salieron los convidados, y en el salón no quedó ya nadie más que Antipas, que, oprimiéndose las sienes, seguía mirando la cabeza cortada, mientras Fanuel, de pie y con los brazos abiertos, murmuraba oraciones en medio de la espaciosa nave.

En el momento de salir el sol, dos hombres, comisio-

nados de fecha atrás por Iaokanann, volvieron con la respuesta tanto tiempo esperada.

Faniel, á quien la confiaron, la oyó con arrobamiento.

Después les señaló el lúgubre objeto que yacía en la bandeja entre los restos del festín. Uno de los hombres dijo :

—¡Consuélate! ¡Ha bajado á anunciar el Cristo á los muertos!

Ahora comprendía el esenio estas palabras : «Para que él suba, es preciso que baje yo».

Y los tres, cogiendo la cabeza de Iaokanann, se marcharon hacia la parte de Galilea.

Como era muy pesada , la llevaban alternando.

GUSTAVO FLAUBERT.

DEL APÉNDICE AL INTERMEZZO



(TRADUCCIÓN DE TEODORO LLORENTE.)

Eterna y dulce memoria
Róbame sosiego y calma;
Recuerdo—¡dicha ilusoria!—
Que en breves días de gloria
Fuiste mía en cuerpo y alma.

—

Aún tu cuerpo palpitante,
Tan mórbido y arrogante,
Estrechara, de amor loco;
El alma... me importa poco;
Alma... tengo yo bastante.

—

Partirla quisiera, sí,
Y en abrazo sin igual
La mitad dártela á ti;
Y de cuerpo y alma, así,
Fuera el conjunto cabal.

ENRIQUE HEINE.

LIBROS

De *Currita Albornoz* al P. *Luis Coloma*.—Este precioso folleto crítico-satírico que la opinión pública y la prensa atribuyen unánimes á nuestro ilustre redactor D. Juan Valera, es objeto de las conversaciones de los círculos aristocráticos y literarios. Todo el mundo lo lee, se ríe y lo comenta discutiendo el fondo á veces, y poniendo en las nubes siempre el estilo castizo y el gracejo de su autor. — Se vende á una peseta en las principales librerías.

El P. Luis Coloma.—Biografía y estudio crítico, por Emilia Pardo Bazán. Este libro, primero de la Colección de Españoles Ilustres, ha llamado mucho la atención por los datos verdaderamente curiosos que la parte biográfica contiene, y que eran hasta ahora generalmente desconocidos. Es interesante saber los pasos dados en el camino de la vida por quien antes de llegar á Jesuíta ejemplar y novelista ilustre ha sido alumno de la Escuela Naval, abogado, conspirador, asiduo concurrente á los salones aristocráticos, etc., etc.; y ha tenido, además, la desgracia de ser herido por una bala que le atravesó de parte á parte.

Lleva el libro de que hablamos retrato y autógrafo

del Padre, y otros grabados que ilustran varios pasajes de su vida.—Precio, dos pesetas.

En las riberas del Plata.—Descripción de los usos y costumbres de la República Argentina, hecha con mucho color y gracia por el viajero italiano F. Resasco y traducida con gran destreza en lengua castellana por Antonio Sánchez Pérez. Dos tomos lujosamente impresos y de instructiva y amena lectura, tan interesante para los españoles como para los mismos americanos, á quienes retrata el imitador de Amicis.

El pobre Villamuriel.—Interesante novela de nuestro compañero en la prensa y famoso autor de *¡Pobre España!* Volveremos á ocuparnos de ese libro con la extensión que merece.

Conquista del Perú, por Francisco de Xerez, y *Nuevo descubrimiento del gran Río de las Amazonas*, por Cristóbal de Acuña.—Primeros tomos de la colección de libros que tratan de América raros ó curiosos. Es de gran oportunidad la publicación de esta Biblioteca que tanto ha de contribuir á propagar los conocimientos históricos referentes al mundo que descubrió Colón.

La Nena.—El distinguido publicista Sr. García Ramón, que tan amenas crónicas de París publica en la Revista portorriqueña, ha dado á luz á esta interesante criatura, que es la mejor de sus obras, no sólo por lo correcto del estilo, cosa rara en quien reside fuera de la patria tantos años, sino por lo bien tramado de la intriga, que hace que se lean con verdadero placer las 450 páginas de apretados renglones de que el libro consta.

La anatomía artística, por Mathias Duval.—*La España Editorial* ha puesto á la venta este importantísimo

libro, indispensable á los artistas. Correctamente traducido, bien impreso é ilustrado con profusión, es una de las obras que con más placer recomendamos á nuestros lectores.

Caracteres contemporáneos, por Manuel Ossorio y Bernard.—Curioso librito, cuya lectura trae á la memoria el recuerdo de muchas personas de todos conocidas. No diremos que el autor haga retratos, ya que él con insistencia lo niega, pero, la verdad, lo parecen.

Almanaque histórico argentino.—El Sr. Monner y Sans, compilador de este Almanaque, es uno de los españoles que con más entusiasmo defienden en la prensa americana las glorias de la madre patria. En artículos y folletos recientes se ha ocupado con gran acierto de la novela y de la ciencia española, mereciendo los aplausos de cuantos seguimos el movimiento intelectual del otro lado del Atlántico.

De D. Enrique José Varona hemos recibido un volumen de *Artículos y Discursos*, que aún no hemos tenido tiempo de leer. Estudiaremos con detención el libro y le consagraremos mayor espacio.

Frailes y Clérigos.—Folleto de D. Wenceslao E. Retama, destinado á estudiar las cuestiones religiosas, políticas y sociales de nuestras posesiones del extremo Oriente.

Tartarín de Tarascón.—Versión castellana de esta renombrada novela de Alfonso Daudet. Edición Jubera, profusa y lujosamente ilustrada.

Juan Lanas.—Por José Nakens; libro escrito con el gracejo proverbial de su terrible autor.

INDICE

SECCIÓN ESPAÑOLA.

	Páginas.
<i>La antigua civilización de las islas Filipinas</i> , por F. R. Martínez Vigil.	5
<i>Poetas colombianos</i> , por A. Rubió y Lluch.....	16
<i>Adúltera</i> , poesía, por Miguel Plácido Peña.....	34
<i>Nuevas noticias del filósofo Olavide</i> , por V. Barrantes.....	39
<i>La España contemporánea según un reciente libro ruso</i> , por Ernesto Bark.....	64
<i>Conquista de Gibraltar</i> , por José de Guzmán el Bueno y Padilla...	75
<i>Puntuación</i> , poesía, por Vital Aza.....	85
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	89
<i>Revista económica</i> , por Un ex Ministro.....	113

SECCIÓN EXTRANJERA.

<i>Gustavo Flaubert</i> , por Emilio Zola.....	126
<i>Herodías</i> , por Gustavo Flaubert.....	184
<i>Del apéndice al Intermezzo</i> , por Enrique Heine.....	219
<i>Libros</i>	220
